

elipsis

Volumen 2 Antología de cuento

ANA LAURA BRAVO PÉREZ
JUAN CARLOS BUENROSTRO
ALEJANDRO CÁMEZ
ANDREA CAPETILLO CONTE
ÁNGEL GAMALIEL FIGÓN
GABRIEL HERNÁNDEZ
SUJAILA MIRANDA
JUMKO OGATA-AGUILAR
MARIANA RIESTRA
FELIPE SAAVEDRA

elipsis

Volumen 2 Antología de cuento



Copyright © British Council México
Lope de Vega 316
Col. Chapultepec Morales
C.P. 11560
Ciudad de México
México

<https://www.britishcouncil.org.mx/elipsis>

Copyright © Fundación Hay Festival de México
Cerro Mesontepec #75
Col. Colinas del Cimatario
C.P. 76090
Querétaro
México

www.hayfestival.org

Diseño y formación: donDani

Traducción de los textos al inglés:

Robin Myers: Andrea Capetillo, Juan Carlos Buenrostro,
Mariana Riestra, Sujaila Miranda

Andrew Adair: Alejandro Cámez, Ana Laura Bravo, Gabriel Hernández

Ellen Jones: Ana Laura Bravo Pérez, Ángel Gamaliel Figón,

Jumko Ogata-Aguilar, Felipe Saavedra

Impreso en México

elipsis

Volumen 2

Escriben

Ana Laura Bravo Pérez
Juan Carlos Buenrostro
Alejandro Cámez
Andrea Capetillo Conte
Ángel Gamaliel Figón
Gabriel Hernández
Sujaila Miranda
Jumko Ogata-Aguilar
Mariana Riestra
Felipe Saavedra

Editan

Roxana Aguilar
Irene Alvarado
Isis Hernández
Carmen Carrillo
Yosbeli Delgado
Luisa González
Valeria Guzmán
Daniela Marroquín
Omar Pablo
Jesús Toledo

Índice

Ana Laura Bravo Pérez / 11

Veneno para humanos

Juan Carlos Buenrostro García / 23

Cuando los alacranes cantan

Alejandro Cámez / 37

Lágrimas de flash

Andrea Capetillo Conte / 47

Caelum

Ángel Gamaliel Figón / 57

El aullido de los coyotes

Gabriel Hernández / 69

Nuestro reino

Sujaila Miranda / 81

Tranquila, mi niña

Jumko Ogata-Aguilar / 89

El camino de los crisantemos

Mariana Riestra / 97

Viaje en Metro

Felipe Saavedra / 105

Risa felina

Elipsis, pan y libro

¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica
que equivale a decir: «amor, amor».

FEDERICO GARCÍA LORCA

En uno de los discursos más célebres sobre los libros y la lectura, «Medio pan y un libro», Federico García Lorca afirma que siente mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que del hambriento. En una época como en la que vivimos, en la cual el acceso al saber se ha, falsamente, masificado y de cierta manera, envanecido, el texto del gran poeta se vuelve urgente de incontables maneras: hemos creído que sabemos porque descargamos información y la llevamos a todos lados en nuestros aparatos celulares, hemos creído que sabemos leer porque podemos teclear palabras clave en los buscadores de internet o bien, en los libros digitales; en suma, hemos confundido la portabilidad con la sensibilidad.

Por tal motivo, proyectos como Elipsis se vuelven urgentes y relevantes en un mundo fácil y rápido como el nuestro, en el cual la información se cataloga, pero no se lee, se taxonomiza pero no se siente. Con sede en el Hay Festival en la ciudad de Querétaro, y el apoyo entusiasta y profesional del British Council, además de editores y escritores, un grupo de jóvenes se reunió para entablar un diálogo estricto, pero al mismo tiempo amoroso con las palabras.

La posibilidad de ese diálogo ha dado un fruto, este libro que tienes en tus manos y que reúne sensibilidades, historias, textos que hablan de las preocupaciones de nuestro tiempo y la recuperación de nuestras historias. Si lo que habita en los libros que escribimos nombra y da apellidos en cierta manera a lo que somos, en este volumen hay una serie de relatos donde habita la discusión sobre el aborto, el desierto y las pandemias, la inteligencia artificial, lo áspero del mundo cotidiano y las distopías.

Cita Lorca que, cuando Dostoyevsky se encontraba prisionero en Siberia, le pedía a su familia solo una cosa: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!». De cierta manera esa sentencia del gran narrador ruso sigue vigente en un mundo dominado por una literatura comercial y utilitaria y en el cual solemos morir por la saturación de información.

Por ello, para no morir, necesitamos de historias honestas, que nos recuerden que el arte y la literatura son un estremecimiento, un raptó, acaso una tensión contenida en la que nos reflejamos. Cuando un lector toma un libro y sigue los avatares narrados en las páginas no se puede mentir así mismo. Así como nadie juega para perder, ningún lector lee para no creer en lo que ocurre en las páginas que tiene ante sí. Aquí están, pues, un puñado de historias para creer en ellas, para saber de ellas y saber de nosotros en ellas, para estremecernos, relatos revisados por profesionales, pero escritos, como dice el epígrafe de Lorca, con el amor que sólo se puede tener por las historias propias que nos envuelven, esa mirada que hace a los libros propios e indispensables. Esa mirada que vuelve a toda escritura un acto de amor.

ANTONIO RAMOS REVILLAS
Director
Editorial Universitaria UANL

Prólogo

Fui a Querétaro como invitada internacional del Hay Festival para participar en una serie de eventos literarios, pero el tiempo que pasé con el grupo de escritoras y escritores jóvenes del programa Elipsis, cuyos textos aparecen en esta brillante antología, se ha convertido en uno de los más duraderos recuerdos de mi breve estancia en México. En realidad nunca se sabe qué sucederá cuando entras en una habitación para impartir un taller de escritura. En el de Querétaro, adonde había llegado además tras un vuelo sumamente largo, no tenía idea de qué me encontraría. Me topé con un grupo de escritoras y escritores jóvenes muy comprometidos y talentosos, que tenían algo importante que decir, y con la pasión necesaria para soportar la ardua labor de la escritura. Poseer la combinación de estos tres elementos, aunado a contar con acceso a un programa de talleres de escritura y edición, como es el caso de Elipsis, es dinamita literaria pura.

Cuando comencé a escribir, uno de los principios que más necesitaba aprender era confiar en mí como escritora. Así que cuando tuve el inmenso privilegio de conocer a estos jóvenes, lo que más deseaba era alentarlos a que incorporaran un espíritu lúdico y libre al proceso de escritura, y que confiaran en su propia obra como si no fuera un asunto planeado y controlado, sino salvaje y libre. ¿Qué tanto puede transmitir una escritora cuando tiene una hora o dos para impartir un taller con jóvenes escritores? Evidentemente, no tendríamos tiempo de generar juntos un texto final, ¿o sí? Así que procuré al menos transmitirles un espíritu de

permissividad. Permissividad para escribir, para decir aquello que no se espera que digas, y que no habías planeado expresar. Quería enseñarles a improvisar, porque muy a menudo en las escuelas y universidades la escritura queda sepultada por la necesidad de enseñar técnica literaria, y por lo tanto se convierte en algo reglamentado y cuidadosamente manejado. Estamos tan acostumbrados a intentar escribir correctamente que a menudo dejamos de disfrutarlo y permitir que nos libere.

A menudo sucede que los escritores transmiten un aire modesto hasta que empiezan a generar frases. No fue sino cuando comenzamos a explorar algunos juegos de creatividad verbal, formas de generar palabras, y de apagar al editor interno y permitir el fluir de las ideas, que la habitación se electrizó. La ebullición era palpable. No había rastro alguno de miedo.

Este grupo excepcional ha sido elegido de todas partes de México para acudir a este programa, y su diversidad representa una parte del gran rango y alcance de la experiencia de la juventud mexicana. En mi calidad de visitante temporal, la impresión que me llevé de los textos embrionarios que compartieron ese día fue que mostraban un enorme compromiso con la creatividad y la escritura. Conforme comenzaron a plasmar por escrito sus ideas, con giros generativos y lúdicos, me sorprendió que varios de ellos produjeron textos que incluso en esa etapa tan temprana estuvieran listos para ser compartidos. Contaban ya desde entonces con una tremenda vitalidad, y cuando se me envió esta antología y tuve el gran honor de leerla, esa vitalidad fue de nuevo una de las primeras impresiones que me produjo su obra. A lo largo de estas páginas he encontrado cuentos maravillosamente originales, de gran belleza, tristeza, hilaridad y extraordinaria sabiduría. Es un gran placer ver a estas palabras emprendiendo el vuelo.

ALYS CONRAN

Ana Laura Bravo Pérez

Editada por
ROXANA AGUILAR

Ana Laura Bravo Pérez

Estudiante de literatura, cursa su último semestre en la Facultad de Lenguas y Letras de la UAQ. Participó como anfitriona en Hay Festival 2017, y como ponente en el Encuentro de Estudiantes de Zonas Fronterizas 2018, en la Universidad de Tarapacá. Además de la literatura, le apasiona la enseñanza y tiene experiencia como asesora para estudiantes con dificultades de aprendizaje. Ha vivido en diferentes ciudades de México y de Chile, donde ha participado activamente de la vida académica y cultural. Aficionada al cine, en especial al género documental, disfruta de incursionar en «la realidad» desde diferentes perspectivas. Junto con la narrativa, su género favorito es la crónica, en la cual la literatura se fusiona con el periodismo para brindar, más que una lectura, una experiencia.

Roxana Aguilar

Habitante de San Luis Potosí, capital. Más potosina que un nopal. Estudia el noveno semestre de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas. Desde pequeña ama la literatura, pero fue en la Universidad de Granada, España, donde encontró su pasión por la edición y el mundo editorial. Amante de la literatura infantil y juvenil, espera estudiar una maestría en Edición para poder publicar libros infantiles y crear una editorial mexicana especializada en LIJ.

Veneno para humanos

Para *ellos*, n^2+7 no estaba muerta, pero tampoco viva: en su lengua no hay conceptos para esta diferencia que, desde nuestra perspectiva humana, parece fundamental. n^2+7 no era más que un cúmulo de carbono que observaban, de vez en cuando, para obtener información. Y como si manipular su cuerpo hasta asesinarla no hubiera saciado su curiosidad, continuaron destruyéndola de a poco. No les dolía amputarle un brazo, perforar su cráneo o arrancarle un riñón, como si cortaran una flor para disecarla entre las páginas de un libro. A veces me preguntaba cuándo se detendrían.

Al encontrarla desarmada sobre esa fría mesa metálica, me costó reconocerla. Un grito se había congelado en su rostro: sus ojos parecían escapar de sus órbitas y algo tiraba de las comisuras de su boca, estirando sus labios en una curva infeliz. Casi imposible confundirla con la n^2+7 que había conocido: su columna tensa, como una cuerda de violín, altiva y con los ojos fruncidos porque no se acostumbraba a la iluminación artificial. Parecía experimentar un estado de enojo permanente, ¿o acaso yo confundía el rencor con la nostalgia?

¿Ella me habría reconocido? ¿Podría haberme distinguido entre las demás ratas de laboratorio? Es cierto que coincidí con n^2+7 en más de una ocasión, pero no conversamos. Nunca habría sabido quién era si no la hubieran matado. Ahora, al pensar en ella mientras miro las estrellas, la imprecisión de mi memoria combina sus últimos días a bordo con los

recuerdos que imaginé sobre su vida en la Tierra: esa historia que el Terrorista me contó cuando lo ayudé a liberarla...

Poco antes de que n^2+7 se borrara de los pasillos, *ellos* dieron a conocer su más reciente invento. Se trataba de un lector mental con el que pretendían recuperar expresiones mínimas del pasado mediante un complejo proceso para materializar objetos. Instalaron una tarima baja en la Zona de Alimentación, que también fungía como auditorio, y al centro se sentó el primer participante del experimento: un pelirrojo serio que solía comer con la vista clavada en su tableta de lectura, evitando relacionarse con el mundo real. *Ellos* rodearon su cabeza con un aro metálico que cubría sus ojos, ciñéndolo a sus sienes con dos piezas similares a tornillos, una a cada lado de su frente pálida.

No me fijé dónde estaba sentada n^2+7 , pero intento completar mi recuerdo y la imagino sobre el asiento, con las piernas en flor de loto y su expresión de aburrimiento, deseando que acaben pronto para irse a dibujar en secreto, o quizá para seguir deambulando, como si estuviera perdida, en busca de una salida. Entendí su claustrofobia demasiado tarde: no hay prisión más interminable que la del espacio. Cuando elegí abordar creí que estaba escapando, ¿de la guerra?, ¿de nuestro planeta agonizante? Tal vez del miedo.

Cuando accionaron el mecanismo, cinco puntos de luz se iluminaron alrededor de la cabeza del participante: primero en blanco, luego en amarillo y finalmente en rojo. Del aro emanaba una vibración que se diluía en el aire. Entonces el pelirrojo comenzó a gritar y todas las miradas, incluso la de n^2+7 , le pertenecieron por completo durante diez segundos.

En mi mente, el recuerdo de ese grito me remite a otro, aún más distante, que nunca escuché. Pienso en un reloj como los de antes, que intenta avanzar y más bien retrocede: sus manecillas giran, trazan un círculo con sus pasos, orbitan como satélites con las manos entrelazadas... Los recuerdos

que hice de n^2+7 se entrelazan con el pasado difuso que compartimos. Ahí, un grupo de niños canta entre risas y grititos reprimidos, con la angustia picante de que n^2+7 (quien todavía no se llama así) se moverá, dará un paso cuando menos lo esperen y elegirá a uno para competir por su lugar en la ronda. El suspenso cautiva su atención, ralentiza sus pasos como animales cuando se adivinan acechados. Sus corazones los empujan para hacerlos avanzar de nuevo. Giran a la derecha. Fuerzan su diminuto engranaje.

En cuanto n^2+7 corre, los gritos estallan, chispean en el aire como bengalas. El elegido corre lo más rápido que sus piernas esqueléticas le permiten. Inadmisibles perder contra la niña calva. Sus compañeros le gritan que no deje que le gane, pero llega segundo. La calva se incorpora triunfal al círculo de niños. Empieza a sentirse parte del juego hasta que el niño a su izquierda se niega a tomarle la mano para cerrar el círculo: «Qué asco tocarte, me puedes enfermar».

Los demás niños se ríen, incluso los famélicos y el que usa una máscara para respirar. La niña calva resopla y se acerca a su agresor. Quiere lastimarlo, sentirlo en un puñetazo, pero no logra liberar su mano derecha. Voltea y descubre a la niña que la retiene, cuyos ojos asustados parecen pedirle que no lo haga; que su papá ya hizo de todo para evitar que los echaran del campamento por conflictiva; que, por esta ocasión, se aguante. Pero la niña calva es rabia y nudillos sangrantes, y no sabe perdonar. Con una fuerza desproporcional a su edad y a su alimentación precaria, n^2+7 arrastra a la niña a su derecha y, en un puño a dos manos, golpea la mejilla del niño que se burló de ella, derribándolo. La niña que intentó detenerla cae al suelo por el mismo impulso. Aprieta su mano contra su pecho y llora a gritos: por un error de cálculo la niña calva le ha roto los dedos...

El del pelirrojo fue un grito parecido. Uno que parecía ahogarse en el estrépito de sus sollozos, uno que ya no su-

plicaba auxilio, sino que el dolor se detuviera. Pero el reloj avanzó y él no pudo liberar sus manos del mango metálico en el que las introdujeron al iniciar el experimento. El participante gritó y se retorció, pero no pudo defenderse. Los demás observamos mientras lágrimas escarlatas teñían su rostro. Nos habíamos acostumbrado al espectáculo de nuestra fragilidad. Como cuando encontré el cuerpo de n^2+7 colgando del techo, sostenida por cables que atravesaban sus muñecas; o cuando descubrí una cuenca vacía en su rostro, o una abertura en su abdomen que revelaba sus intestinos. Cada vez dolía menos, o cada vez creía entenderlo mejor.

En su lengua no existe vocabulario para expresar dolor. Para *ellos*, lo más cercano al sufrimiento humano es la molestia de no poder recordar algo que se ha olvidado. Cuando esto ocurre con uno de *ellos*, el individuo se aísla en silencio hasta encontrar su pensamiento perdido; si no lo logra, recurre a medicamentos y otras terapias para sanar lo que consideran una rotura en su mente. Durante mi tiempo a bordo, este padecimiento ha ido y venido con la misma frecuencia que un resfriado entre una comunidad terrícola: fastidioso, pero cotidiano.

Si n^2+7 hubiera querido contarles su vida, habría sido un desafío de traducción. ¿Cómo transmitirles lo que sintió cuando la desterraron junto con su padre enfermo? ¿Cómo definir el desamparo sin las palabras que faltan en su vocabulario? Porque cualquier terrestre sabe que vivir fuera de un campamento después de la guerra era exponerse, no sólo a la inclemencia de un clima alterado por la radiación, sino también a la violencia de los otros desarraigados: esas sombras que los acechaban entre los árboles y los helechos, y que al caer la noche se hacían visibles como fantasmas. Eran reales esas armas y esos cuerpos que dejaron caer su peso sobre n^2+7 , que la lastimaron, que no cedieron a sus golpes

de niña. ¿Cuántos años terrestres tendría esa mañana en la que, al despertar, descubrió que la pesadilla era cierta?

Con su padre herido a rastras, y la mitad de su cuerpo destrozado, la niña calva acopió la fuerza que le quedaba para encontrar agua y no terminar de morir. Nunca sintió más sed en su vida. De alguna forma se aferró al desierto de su boca para no ahogarse en la crueldad que había anegado sus entrañas. En ese momento quería sentirse sedienta, rozar su paladar con su lengua, descubrirlo seco y así olvidar todo lo demás. No obstante, en cuanto escuchó el murmurar de un riachuelo, dejó de contenerse. Las lágrimas nuevas limpiaron las huellas del llanto nocturno. Se inclinó hacia el agua y dio de beber a su padre; luego, n^2+7 bebió, enjuagó su rostro y llenó la cantimplora que no les habían robado. Creyó que su padre se había quedado dormido, pero cuando quiso reanudar la marcha, él ya no despertó...

En ninguno de los idiomas que conozco existe una palabra para describir ese punto en el que, después de haber sufrido tanto, no se puede experimentar más aflicción. Las lágrimas se agotan y el corazón desfallece, pero continúa palpitando, como un reloj que desconoce el final del tiempo. Tal vez por eso n^2+7 prefirió no contar nada. Se rehusó a que ellos le enseñaran su lengua: el silencio era la forma de su venganza. Ya nunca escucharemos el sonido silbante que, dicen, caracterizaba al habla de la región donde n^2+7 habitó en la Tierra.

También los siguientes siete participantes del lector mental murieron sin que el experimento diera resultados. Al igual que el pelirrojo, el cerebro se les fundió en la cabeza y sangraron por la nariz y los oídos antes de que los ojos les explotaran. Ése era el final.

Amontonaban sus cuerpos en el suelo del laboratorio, les abrían el cráneo y recolectaban en frascos la plasta rojiza

a la que quedaba reducida su masa encefálica. Procedían a abrir sus cuerpos y los fragmentaban de diversas maneras, como si buscaran en su interior la razón de que su invento continuara fallando. Cuando se descomponían demasiado y se hinchaban, los expulsaban en una cápsula de deshechos sin funerales ni despedidas. La ironía del universo es que, a pesar de ser infinito, no guarda suficiente espacio para la tumba de seres tan insignificantes.

n^2+7 debió de morir en el transcurso de las pruebas fallidas. Expiró atada a una cama mientras *ellos* atravesaban su cuerpo con objetos metálicos y dejaban que su sangre goteara en el suelo. Pocos notaron su ausencia.

Tiempo después de su muerte, llegué al laboratorio y descubrí a un hombre tratando de levantar a n^2+7 . No era pesada, pero tenía las piernas clavadas a la mesa y él intentaba arrancarla. Le dije que de ese modo la rompería. Volteó hacia mí sobresaltado. El temor congestionó su rostro, así que demoré unos segundos en reconocerlo. Con la voz temblorosa, me suplicó que lo ayudara...

Aunque *ellos* parecían incapaces de percibir el hedor a miedo y carne quemada que nos invadía desde que comenzaron a apilar los cuerpos, su gesto de repulsión fue idéntico al nuestro cuando descubrieron el primer rastro de color que vimos desde el abordaje. En una pared de la Zona de Alimentación encontraron un pequeño dibujo de flores y mariposas. Nos miramos consternados. La pregunta ni siquiera era quién, sino cómo podría haberlo hecho: no habíamos visto un lápiz desde la Tierra, mucho menos una paleta de colores... La pintura debió de extinguirse, junto con la civilización, en cuanto estalló la guerra. Pero estaba frente a nosotros: eso de lo que sólo guardaban memoria los archivos históricos.

Ellos lo rechazaron de inmediato. Lo interpretaron como un acto de rebelión. En lo personal, me hizo sentir vulne-

rable, como si quien pudiera hacer algo así fuera capaz de adivinar mis pensamientos. Era un miedo diferente al de ser aniquilado; quizá un miedo como el amor, eso que en otro tiempo provocó los absurdos más grandes de nuestra raza: una equivocación peligrosa.

El Terrorista volvió a atacar antes de que los resultados de laboratorio comprobaran que la pintura no se componía de ningún elemento terrestre. Exceptuando la sangre humana, el resto era materia espacial: muestras tomadas de distintos planetas explorados durante el trayecto que solían almacenarse en la Zona de Memoria, y que habían sido robadas.

Nos obligaron a vaciar los dormitorios y a desvestirnos. Inspeccionaron nuestras escasas posesiones sin éxito: depósitos menstruales, una piedra lunar, trozos de tela que pudieron ser ropa terrestre, un libro de papel (espécimen rarísimo, confiscado para análisis posterior), un clip y un diente. Revisaron nuestros cuerpos con un detector de materia espacial y descubrieron que un chino se había guardado un chip con información confidencial en el ombligo. Sin averiguaciones, lo fusilaron al instante, en la misma Zona de Alimentación donde nos habían congregado.

Al día siguiente, el Terrorista dibujó la cara del chino en el espacio donde se interceptaban los pasillos principales. Nunca lo vimos sonreír así mientras vivió entre nosotros, pero su retrato alegre provocó que algunos se conmocionaran y estuvieran indispuestos el resto de la jornada. Los dibujos continuaron: más flores, más aves y otros animales que se habían extinguido antes de que ninguno de nosotros naciera en la Tierra. Nos sentíamos acosados, como si el Terrorista tratara de penetrar una caja fuerte escondida en nuestro interior...

En mis recuerdos imaginarios, la niña calva se refugia de la lluvia ácida entre las raíces monstruosas de los árboles de la selva radioactiva. Usa el abrigo de su padre como

cobija: es lo bastante grande para cubrirla entera. Se hace un ovillo y deja que su llanto se confunda con la lluvia hasta que se duerme. Sueña con su casa, con las manos suaves de su madre, con su cabello.... Y cada despertar es más difícil. Tiene hambre. Tampoco existe una palabra para eso en la lengua de *ellos*. Lo más parecido es la expresión que usan para llamarnos a la Zona de Alimentación: mantenimiento corporal. No distinguen los sabores y sus comidas se basan en la acumulación de nutrientes y energía, jamás en antojos ni en glotonería.

La niña calva sigue a las ardillas y a los pájaros para procurarse semillas y raíces comestibles, a veces algunos insectos: no la satisfacen. Se arriesga por un poco de pan que roba de un grupo de cazadores distraídos. Termina vomitando su botín: demasiada comida para un cuerpo tan débil. Sueña con su madre extendiéndole una manzana fresca para desayunar y cuando abre los ojos todavía percibe el sabor a manzana en su boca, pero sólo el hambre es de verdad. Después de muchos días al límite, una mañana no logra ponerse de pie....

Un hombre trataba de levantar a n^2+7 cuando llegué al laboratorio esa mañana (o lo que sería una mañana, pues a bordo no existen los amaneceres). Había visto su cara antes, en la Zona de Alimentación y en los pasillos: un australiano con sangre sudamericana y ojos rasgados. Le pregunto qué se propone y dice que sólo quiere asegurarse de que n^2+7 descanse en paz. Contesto que de todas maneras ya está muerta, y no puede sentir nada, entonces se quiebra en llanto.

—No merece esto... —Señala los clavos en sus piernas y el pequeño laboratorio donde estábamos. Corto su discurso porque siento pasos acercarse. Lo conduzco a la bodega de utensilios y le pido que espere. *Ellos* entran. Ocupan sus lugares y manipulan el cuerpo de n^2+7 . Colocan su espalda vertical, sostenida por un par de cables que atraviesan sus

axilas y salen por sus hombros hacia el techo; las piernas extendidas hacia el frente, todavía clavadas en la mesa; su ojo restante abierto.

Ajustan el lector mental en torno a su cabeza calva y las luces se encienden blancas. Una mujer negra, que conoce una lengua hermana a la de n^2+7 , entra seguida de uno de *ellos*. La hacen sentarse junto al cadáver y los demás observamos con la espalda contra la pared. La mujer pronuncia una palabra que también suena como un silbido. Los puntos parpadean. Ella repite la palabra y el lector comienza a girar...

La niña calva despierta incapaz de mover su cuerpo y, de pronto, varios pares de manos tibias la levantan por la espalda y la llevan como si flotara en el viento. n^2+7 , quien todavía no se llama así, piensa que ya no tiene nada que perder. Se deja arrullar por sus captores y, al despertar, se encuentra en una cueva con dibujos en las paredes... Le llenan la boca de miel y semillas. Ojos curiosos la miran parpadeantes, como estrellas en la penumbra. Una antorcha los ilumina a medias. Mientras le cambian la ropa, alguien solloza al descubrir las marcas en su pequeño cuerpo. Limpian sus heridas. La cobijan y le susurran, en esa lengua silbante que silenciará el olvido, que puede quedarse con ellos...

Casa, es lo que repite la mujer al lado de n^2+7 . *Casa*, el Terrorista me lo traducirá después. El lector gira. Hace clic. Las luces se iluminan amarillas y, al fin, tras ocho intentos fallidos, verdes. Una mancha, como humo negro, aparece en el aire, a la altura de su cabeza. Espesa, se condensa, se tiñe de naranja y luego de rojo. Tiene la forma y tamaño de un puño cerrado. Gira, cobra nitidez, se solidifica: la primera manzana se materializa a miles de años luz de la Tierra. *Ellos* se preguntan qué significa. La llaman flor, la llaman fruto, nutriente y eclipse rojo, sin poder asirla con sus palabras. La expresión de sus rostros dice lo que se niegan a aceptar: hay cosas que no se pueden entender con la razón.

Cuando se marchan, el otro pasajero y yo liberamos a n^2+7 . Su rostro está intacto, pero de su ojo restante brota una lágrima casi seca. Él la toma en sus brazos y yo lo sigo hasta el puerto de desechos. Coloca su pequeño cuerpo en la escotilla y saca una caja metálica de su traje: colores. Con sus dedos pinta líneas, puntos y patrones sobre la piel de n^2+7 . Quiero saber por qué lo hace y responde que ella le enseñó a hacer que otros vean lo que hay en su cabeza. Le pregunto si funciona como el lector mental y él dice que no, pero que, si quiero, también puedo aprender.

Imagino las manos de n^2+7 llenas de pigmentos y a ella palpando las paredes; descubriendo siluetas, huellas, pétalos. Pequeñas plantas y animales brotan de sus dedos, juegan en las sombras, iluminan la cueva. Son el polvo de las rocas radioactivas: el milagro colateral de la guerra.

Al terminar de dibujar, el Terrorista abre la escotilla y deja que el cuerpo de n^2+7 se vaya. Flota en la oscuridad y sólo sus colores se distinguen hasta que se aleja demasiado. Cuando su espíritu ya no puede escucharnos, el Terrorista me cuenta, con palabras humanas, el relato de esa niña que apenas escapó de la guerra. Me dice cómo, cuando agotó su fuerza, un grupo de sobrevivientes subterráneos la encontró. Le enseñaron cosas que la humanidad había olvidado. Creyó que había encontrado su hogar, hasta que un día, al recolectar comida, tropezó con esta nave oculta en la selva.

Juan Carlos Buenrostro García

Editado por
IRENE ALVARADO

Juan Carlos Buenrostro García

Estudiante de Ciencias del Arte y Gestión Cultural por parte de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). Dos veces ganador del Concurso Nacional de Crítica de Arte UAA en sus ediciones 2017, por el ensayo «Sobre el cuerpo velado»; y en 2018, por el escrito «El dolor y la gloria». Ambos textos fueron publicados en *La Jornada Aguascalientes*. Finalista en el concurso Miguel León Portilla Artes de México en colaboración con la UNAM por el texto «Flechas de peste». Ha impartido talleres de introducción a la apreciación artística en FeNaL 2016, FeNaL 2018, y Feria Universitaria UAA 2017. Ha sido conferencista en El Amanecer del Arte UAA, en 2018, así como en FeNaL 2018 y FeNaL 2019. Aparte de ello, se ha desempeñado como ponente en distintos coloquios y encuentros, destacando su participación en el II Coloquio Estudiantil de Cultura y Arte, 2018, por parte de la Universidad de Guanajuato; en el 1er. Festival Nextia, en donde fue elegido mejor ponente, en 2019; y en el 1er. Coloquio de Estudiantes en Antropología e Historia de la Religión, en 2019, por parte de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es colaborador en el proyecto de conservación preventiva y restauración por el Instituto Cultural de Aguascalientes (ICA) desde septiembre 2017.

Irene Alvarado

Irene Alvarado tiene 27 años. Es originaria de Cuautla, Morelos. Actualmente estudia su último semestre en la carrera de Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Fue ganadora del primer lugar en el Concurso Nacional de Cuento Las Lunas de Octubre 2018. Ha publicado un cuento y varias ilustraciones en la revista electrónica *Metáforas al aire*. Le gusta escribir, la edición, la traducción y el diseño editorial.

Cuando los alacranes cantan

Monedas que caen, el sonido del cierre de su cremallera abriéndose, escucho la cadencia proveniente de su caja torácica, es casi musical. Está tan agitado como yo, lo sé por el constante golpeteo de su ritmo cardiaco y por la erección que descubro al terminar de bajar sus pantalones. Al deslizar su camisa, alcanzo a ver un tatuaje en el interior de su antebrazo, un escorpión a la manera de un grabado, una xilografía antigua. Me golpean un par de recuerdos. Para mi mala suerte, me asalta la imagen de la historia que me contó mi tía cuando tenía nueve. Según ella, los alacranes cantan como grillos para engañarlos y después comérselos. Nunca le creí del todo, y tuve menos motivos después de una discusión el día de mi cumpleaños hace dos años.

La visita de mi pareja de entonces, miradas de desconcierto, un par de gritos, aullidos ahogados, palabras que nos demostraron su odio, cuchillos hechos con su lengua, confianza y maneras de decepcionarme. No hay necesidad de contar lo que pasó después. Uno termina por acostumbrarse a las formas de ser de la familia, aunque la familia nunca se acostumbre a las mías. Es una pena, mi tía y yo éramos grandes amigos, o al menos eso pensaba. Quizá nunca fuimos tan cercanos. Las necesidades de cariño crean círculos constantes de autoengaño. Mentimos para convivir, para aprender a querer, incluso mentimos para aprender a sanar y dejar ir. Desde la guerra entre consanguíneos, siento el peso de las falsedades de la boca de mi tía, aunque sus gestos sean sonrisas y pestañeos coquetos al decirlas.

La vida sería más fácil si un día no regresara, que la cara que cuelgan con orgullo de fariseo desapareciera de los retratos de la casa de mi abuela. La vida cumplió su capricho, también el mío. Mañana debo de tomar un avión. Viajo lejos, a la prefectura de Akita, Japón, lo más apartado de ellos, lo más cerca para aprender *Butoh*. No debería de estar aquí ahora, sintiendo la presión de su pecho, pero él insistió en tomar algo en su departamento, mentiría si dijera que no presentía que iba acabar en su cuarto. Su nombre se me escapa, no me hace falta y yo creo que no extrañará el mío. Su mirada tenaz, la charla que tuvimos al acabar la presentación de bailes de la posguerra en el Oriente, olía a perfume de pomelo con incienso, ahora huele a mi sudor y a nuestra saliva seca.

Hizo comentarios sobre el *Butoh*, la fotografía de la posguerra, algún esteta y una pintora del barroco, por eso me interesó. Ambos tenemos debilidades en común, la pintura y la danza son dos de ellas. Es petulante porque se sabe atractivo, afirmación que comparto. Es calvo, tiene la nariz aguileña, piel morena y su rostro es definido por una barba poblada. Creería que posee rastros de algún pariente beduino, pero su acento suena igual al mío. Guarda cierto aire de prepotencia en la forma en la que habla. De sus labios salieron discursos sobre sus estudios en algo de la cultura. Qué irónica es la memoria, no me acuerdo cómo se llama, pero sí recuerdo qué hace cuando no está tratando de convencer a muchachos de acompañarlo por un vino blanco. Usualmente me desagradaría, pero me autoengaño de nuevo y terminamos tomando en copas vacías. Nunca hubo nada que beber.

La coreografía del deseo nos lleva a su recámara. Su cuarto es pequeño, pero bien decorado, está pintado en gris, posee luces tenues y cuelgan un par de cuadros que no alcanzo a reconocer. Me llama la atención la impresión de la pintura sobre su cabecera. Me imagino que procede de la escuela *caravaggista*, no estoy seguro.

—¿De quién es?

—Es de Gentilleschi, *Yael y Sísara*.

La veo de reajo, ahora estoy concentrado en los pequeños círculos que dibuja con su lengua sobre las aureolas rosadas de mi torso. Huele mi boca y lame mi axila, me toma con fuerza y me gira. Deshace mi ropa interior y me empuja sobre el colchón, es un poco brusco. Me volteó belicoso e hizo que mi espalda embonara con la cama. Desnudos los dos pensaba que estaríamos en una situación de igualdad, pero me siento pequeño a su lado. Se mueve y queda al filo de mis pies, examino la escena y mi mirada encaja con la suya. Me acecha como un demonio, como un mal sueño. Se dedica a explorar con sus dedos la cartografía de mi cuerpo, presiona en lugares que no debía y usa la fuerza en medidas dolorosas.

No es paciente, parece que ataca y espera que haga cosas que no quiero. Dice que le gusta dominar, pero de todas las cárceles que vivo, no voy a ser un cautivo de un desconocido. Me consume en mordidas y besos mal ejecutados. Sube hacia mi cara, recorriendo los kilómetros de mis piernas a mis ojos. Me percató que ni siquiera estoy erecto. Interrumpe mis pensamientos, espera que me meta su verga en la boca. No suplica, no pregunta, ordena.

Por inercia, obedezco. ¿Por qué lo hago? Está sobre mi pecho, sentado en sus rodillas, es grotesca la presión ejercida contra mí. Lagrimeo un poco y siento como si se me dislocara la mandíbula, afortunadamente no fue una costilla, un miedo antiguo que tengo. Vi de cerca, un año atrás, lo peligroso del trauma. Un compañero realizó malamente un salto, cayó sobre su costado en vez de terminar de pie. Su propio peso le rompió el costillar derecho en una presentación final, los huesos le terminaron por atravesar el pulmón. Recuerdo sus jadeos intermitentes hasta que perdió el conocimiento.

De pronto, me sacan de mis recuerdos, regreso al presente, siento la presión de su mano. Acaricia mi cara y giro

mis ojos en aguas hacia los suyos, son negros, tiránicos, no guardan ninguna compasión. Mi mirada susurra un «para», la de él grita «no». Somos enemigos y no me había dado cuenta. Ardemos, pero no en placer, al menos no en el mío. Mi cuerpo deja de pertenecerme, lo entregué consciente y ahora me arrepiento.

Sigue su faena mientras derrumba mi garganta, quema y me consumo en dolor. Basta, decido que es suficiente. Reúno todas mis fuerzas e intento hacerlo a un lado, me rindo después de uno o dos intentos. Es un toro y yo un jacinto. Asfixia, arcadas involuntarias, un péndulo que se agita proporcionalmente más rápido al pasar el tiempo, el sabor a carbón y por fin termina. El minotauro se acuesta a mi lado, me acaricia con sus pezuñas y viaja del abdomen hasta mi perineo. Antes de que continúe el caos, me levanto, tomo mi pantalón, calzo mis pies, acomodo la camisa y recojo mis monedas.

—¿Te vas?—escupe como si no supiera lo que ha hecho.

Balbuceo algo, me duelen demasiado las muelas y los oídos para expresarme con coherencia. Saco mi celular, no tiene batería, significa que voy a tener que tomar un taxi. Se viste rápido, dice que me acompaña. Respondo que no, pero reitera hasta el cansancio. Me imagino que empieza a ser consciente de sus acciones y quiere remediar algo. Ahora da igual. Bajamos la escalera que conduce de su cuarto al comedor. A un lado de la puerta principal, hay un reloj, creo que es la una de la mañana y algo, a su lado hay una fotografía en blanco y negro. La conozco muy bien, *Kamaitachi #2* de Hosoe. Habló de ella un par de horas antes, la imagen de Hijikata encima de una mujer desconocida mientras contiene un grito.

Volteo hacia él. Mira la puerta un par de segundos más de lo que se haría habitualmente, sus ojos ven la perilla con duda. Después de titubear, se dirige decidido a mí. Me toma del brazo y extiende un billete de cien pesos. ¿Qué se supone

que haga con cien pesos? Me saca de su hogar, lo último que veo de él es el alacrán de su brazo. La idea sobre querer remediar algo se evanece en mi mente, sorprendido no estoy. Así como es petulante, es un cobarde. Imagino que le aterra que nos encuentren juntos, que mi boca diga cosas de más, que lo obligue a explicar mi estado. Temores sin fundamento, no tengo más fuerzas. Sólo quiero llegar a casa y dormir.

No conozco bien esta zona de la ciudad, creo que por aquí vive mi tía. Hace mucho que no la visito, ni siquiera recuerdo el nombre de su calle, ni cómo llegar a ella. No creo que esté más seguro en su casa que aquí afuera. Sé que hay una avenida principal más adelante, fue la ruta que seguimos del teatro hasta acá, si camino unos minutos no me será difícil encontrar un auto. La calle está vacía, iluminada por unos cuantos faroles y la luz proveniente del cuarto que recién abandoné. El viento es fuerte, casi tan bravo como mi respiración, veo las copas de los árboles moverse mientras me dispongo a encontrar un taxi.

Camino una cuadra, quizá dos, cuando me percató que hay alguien que me está siguiendo. A lo mejor también está perdido intentando encontrar el bulevar. Pensé en acercarme a él y preguntarle si sabía cómo llegar al norte de la ciudad. Sigo en pie, torturado por el dolor de la mandíbula, tiemblo un poco mientras me froto con mis brazos. Está helando y el desconocido que se acerca no ayuda mucho a que mantenga la calma. Pronto, los pasos detrás de mi espalda comienzan a multiplicarse. No son muchos, pero los siento como si fueran mil. Acelero, llevando casi al trote mis pies, aunque es imposible ser más rápido que el tropel de mis perseguidores. Comienzo a escuchar las palabras de mi cumpleaños, las mismas pronunciadas por mi familia aquella vez. Ellos hacen melodías con el crujir del viento, mi respiración y el cantar de los grillos. Pronto, la voz principal resuena y mi peor pensamiento se vuelve realidad.

—¿A dónde?—pregunta una voz pesada, un relámpago—. Si te vimos con el otro. Estábamos emocionados y a lo mejor y salían los dos.

Apresuro el paso pero corro con pies de plomo. La longitud de la calle se vuelve eterna; juegan conmigo, me dan espacio para correr. Les deleita ser tiranos, por eso estiran mi sufrimiento lo más que pueden. Jamás podría sacarles ni una cabeza de ventaja, pero lo intento. Siento su rabia acercarse, me encuentro entre Caribdis y Escila. Al llegar a al cruce entre una calle horizontal y una vertical, pasa un auto, un Chevy blanco un tanto viejo, me parece familiar. Abro los brazos y exclamo un grito. El carro no se detiene, acelera hasta que sus luces se extinguen junto con mis alaridos de ayuda.

¿Seré el único en la calle que escucha a estos monstruos venir tras de mí? Entra una nueva voz a la polifonía de mis miedos. Siento un golpe seco que impacta en mi oído, ahora un zumbido interno acompaña el concierto de los grillos y la furia del aire. Me tambaleo, por la falta de equilibrio termino por caer en el pavimento. Una vez en el suelo, me abren los labios e introducen unas llaves acostadas. No entendía el motivo hasta que vi una lluvia de puños asirse contra mí. El objeto termina por desgarrar la piel interior de mi boca. Pienso que a lo mejor este patíbulo fue planeado. Es mi conclusión para explicar por qué mis verdugos compar-ten modos.

La lógica de su odio no se detiene. Un líquido negro con sabor a hierro brota de mis heridas, corre hasta volverse carmesí. El cauce alcanza mis ojos, mi visión se hace borrosa y a tientas comienzo a gatear. Se me ha privado de la posibilidad de ver a mis sayones. Ya no sé lo que es arriba o lo que es abajo. Aun así, intentó escapar de los seres que existen a mi alrededor. ¿Serán cinco o serán mil? A lo mejor son siete y es dios hablando a través de las circunstancias. Si es así, la furia de Yahvé se muestra como lo solía hacer en el

antiguo testamento, sin misericordia y sin compasión. Decido rendirme después de recibir un puntapié en el costillar. Comienzo a jadear, intentando robar un poco de aire. Pierdo el último aliento que tenía, *pneuma* de vida que se escapa. Me giro sobre mi espalda, siento el frío del concreto, entretanto el alumbrado se desenfoca hasta que es consumido por la noche. El ruido se detuvo, el aire ya no bramó y los grillos dejaron de cantar.

*

Al despertar, me dolía la espalda. Sentía un tremendo cansancio, pero me encontraba en la obligación de llegar al aeropuerto para el tan esperado viaje. Ese había sido el trato. Después de la noche que pasé, tenía todo el derecho de excusarme en no querer moverme. Tomé mis cosas como pude, arreglé un poco mi cabello y me dispuse a encontrar el camino. No me tomó tanto hacerlo, aún tenía un poco de sueño, pero nada que el pasar del día no remediara. Fue sorprendente cuando toqué la puerta y nadie respondió. Eran las cinco de la mañana, se suponía que a esa hora ya debería estar despierto y con las maletas listas. Volví a tocar una, tres, cinco, siete veces y no tuve respuesta.

Algo no estaba bien, Bernardo no era así. Nunca había faltado en la noche y si lo hacía, yo era la primera a la que le avisaba. No conocía a alguien de su edad que fuera tan ordenado y puntual como él. El día anterior había tenido una reunión con mis hermanos y mi mamá que se extendió hasta tarde. Cuando llegué a casa, imaginé que ya estaba dormido. Sabía cuán importante era para él el viaje a Japón. Después de abrir su cuarto con las llaves que guardaba en la alacena, una manía de él por cerrar la puerta con seguro, me di cuenta de que nunca llegó. Me senté un momento en su cama perfectamente tendida, aspiré su perfume de flores de jacinto

con miel impregnado en el cuarto, y mil ideas se empezaron a formar en mi cabeza. Ninguna de ellas era buena.

Tomé el celular y empecé a marcarle. Después de mil intentos y escuchar a la maldita operadora decirme que el número estaba fuera del área de servicio, desistí. Decidí hacerle una llamada a alguno de sus amigos, pero no sabía quiénes eran. ¿A quién podría contactar? Se me ocurrió revisar los hospitales más cercanos, pero no tenía idea si sería conveniente moverme yo sola todo el día. Para mi suerte, el carro se había descompuesto la semana pasada. Miré otra vez la pantalla del móvil, habían pasado cuarenta minutos desde que me desperté, pero sentía que el tiempo pasaba más lento de lo habitual.

Pensé en esperar media hora y llamar a Gabriela, ojalá que no esté muy cansada por ayer. Podía marcarle y me imaginé que no tendría problema con acompañarme a buscar a Bernardo. Después de todo, aunque no se llevaran bien, era su sobrino. Bajé a la cocina, preparé un poco de café y lo serví en la primera taza que encontré. Temblé por la incertidumbre, nunca había pasado por una situación similar. Busqué mis cigarrillos para tranquilizarme, no estaban en el cajón donde siempre los dejaba. A Bernardo no le gustaba que fumara, como se dedicaba a la danza, le molestaba que le hiciera eso a mi cuerpo. Ora son los hijos los que regañan a una. Después de una vida fumando, me resultaba imposible dejarlo. Di un pequeño sorbo y recordé que guardé los cigarrillos en la estantería izquierda a un lado de la licuadora. Sólo habían pasado diez minutos, no podía soportarlo más.

Busqué el número de mi hermana en el celular mientras encendía un cigarrillo. Tomé otro poco de café, entre tanto escuché el pitido intermitente de la llamada. Gabriela no contestó a la primera, ni a la segunda. No fue hasta el tercer intento que escuché una voz adormecida.

—¿Bueno? ¿Lore, todo bien? ¿Qué hora es?

—Gaby, perdón que te llame a esta hora —dije conteniendo un par de sollozos—, pero pasó algo y necesito que vengas a la casa.

Media hora después, la recibí en la cocina. Imaginé que sabía que algo no estaba bien. Ella vivía casi del otro lado de la ciudad, hacia el sur, pero no tardó tanto en llegar.

—¿No se supone que tendrías que estar en el aeropuerto acompañando al niño? —dijo mientras se acomodaba en el asiento alto de la cocina.

—No lo encuentro, Gaby. No sé dónde está. Le marqué y le marqué y no me contes...

—Ay, por el amor de Dios, Lore —dijo interrumpiéndome—. Seguramente se fue con alguien y no te avisó. No tarda en llegar. ¿Qué hora es? ¿Ves? apenas son las seis y cuarto. Seguro llega ahorita. Ya ves cómo es.

—A ver, explícame cómo se supone que es —mencioné alzando un poco la voz.

—Ya sabes, los que son como él, luego son un poco promiscuos —empezó a discurrir girando los dedos en círculos—. Vas a ver que en menos de veinte minutos lo vas a recibir campante llegando por esa puerta. Yo que tú, ni me angustiaba.

Después de su comentario, me empecé a preguntar si había sido buena idea haberle marcado a Gaby, pero era a la que más confianza le tenía. Mi mamá no tenía carro y no me atrevía a molestar a mis otros hermanos. No me imaginé que diría eso. Sus palabras se sintieron como cuchillos.

—Gabriela, es que no lo entiendes, es el viaje a Japón, lo estuvo esperando por meses. Él ni siquiera llegó ayer —empecé a gritar mientras movía mis manos erráticamente, quemándome un poco en la mano derecha con la ceniza del cigarro.

—¿Ves? Seguro que se fue con alguien y se le hizo tarde. El muy cabroncito sigue dormido, se le apagó el celular y por

sus cosas va a perder el capricho del viaje. Lorena, necesito que te tranquilices y me le bajas a la voz.

—Gabriela, es que Bernardo no es así.

—Claro que es así, nomás que tú no te das cuenta, Lore. Le solapas todos sus antojos ¿O no te acuerdas lo de hace seis, siete años en el cumpleaños? Nomás lo digo y me enojo. Eso de llegar a la casa de mi madre con un hombre. Qué ganas me dieron de quitar los cuadros donde estamos juntos. Fui su amiga e hizo eso. Te digo, no me sorprende que no esté. Ya no llores. Pero si a ti te hace sentir más tranquila, dime, ¿qué hago? —dijo Gabriela mientras ponía su mano en la frente, con una mueca de decepción.

—Acompáñame a checar si está en algún hospital, y ya si no, vamos al Ministerio Público, por favor... —titubeé con un hilillo de voz que rozó casi el llanto.

Después de veinte minutos discutiendo sobre el mismo tema, Gabriela aceptó a regañadientes. Decía que sí y luego lo negaba. En su duda, yo sentía mucho desprecio. No sé si a mí o mi niño. En ese pequeño lapso, donde ella gritaba y yo suplicaba, entendí por qué Bernardo nunca regresó a la casa de mi madre, también supe por qué tampoco tuvo ánimos de cruzarse con mi hermana. Durante esos veinte minutos, me sentí la mujer más sola del mundo.

Aún me encontraba en pijama, tenía que cambiarme. Le dejé servida una taza de café y un par de galletas. Saqué el primer pants que encontré, me puse unos tenis viejos y busqué una liga para amarrarme el cabello. Mientras me cepillaba me puse a pensar qué pasaría si Bernardo no regresaba. Muchas veces lo habíamos platicado, y yo siempre le decía que si algo le pasaba, yo... Él, confiado, sólo me acariciaba la mejilla y me decía que la vida siempre sigue. Pero él no entendía porque no es madre, y para una madre, perder un hijo es morir con él. La vida no sigue si él ya no está.

Me miré unos segundos al espejo. Vi unas grandes ojeras azules y un par de pelillos salidos del chongo que me hice. Me sentía agitada y con una gran presión en el pecho. Abrí el cajón donde guardaba los pasadores, saqué otra cajetilla de cigarros y bajé. Encontré a Gabriela como la había dejado. Sentada, tomando a pequeños sorbos de la taza de café junto a la mía. Ella se veía diferente, la sentía rara. Me di cuenta que éramos extrañas con una vida en común. No sé cómo pudo responder de esa forma, al fin y al cabo, somos familia. No quise decir nada más. Le mencioné que estaba lista, dejó la taza en el fregadero y dio media vuelta hacia la salida.

Inspeccioné que no olvidara nada, enjuagué un par de lágrimas, abrí y salimos juntas por la puerta por donde se supondría que entraría Bernardo. Prendí otro cigarrillo, eran las seis con cincuenta minutos. La calle estaba en casi total silencio, ni siquiera cantaban los grillos, sólo distinguía nuestros pasos. Hice una lista mental de los hospitales cercanos y el Ministerio que nos quedara menos alejado. Gabriela tomó sus llaves, direccionó el control, y abrió el Chevy blanco y viejo que había utilizado desde hace años. Tiré un poco de ceniza del cigarro recién prendido por la ventanilla en tanto me acomodaba en el asiento. Miré por última vez la puerta, el auto comenzó a avanzar, nos fuimos.

Alejandro Cámez

Editado por
ISIS HERNÁNDEZ

Alejandro Cámez

Alejandro Cámez nació el 4 de mayo de 1999 en Ottawa, Canadá, pero está nacionalizado como mexicano. Creció en uno de los puertos más grandes de México: Manzanillo. Es estudiante de Arte Teatral en la Facultad de Artes Escénicas de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Tiene una gran pasión por las letras, el cine y el teatro, y aspira a poder desenvolverse en estas tres áreas para dominarlas y hacer proyectos de difusión cultural y apreciación artística dirigidos a los más pequeños, para así poder crear conciencia acerca de lo divertidas que pueden ser y la importancia que tienen dichas actividades.

Isis Hernández

Cursa el quinto semestre en la licenciatura de Letras Hispánicas. Ha recibido numerosos reconocimientos académicos por su dedicación y responsabilidad. En una familia con dos arquitectos y dos ingenieros decidió seguir su pasión por la lengua y la literatura. Quiere ayudar a quienes nos sueltan pedacitos de su alma a través de libros, por eso eligió la edición.

Lágrimas de flash

Ella permanece inmóvil, observa la escena que su dueño quiere retratar. Él mira a través de ella y se enamora del paisaje. Ella, a través de él, descubre lo que son los atardeceres y cómo a veces éstos pintan los cielos de colores extraños.

Voltea a donde él quiera que voltee. Ven un árbol y luego unos patos. Una banca al lado de una flor. Una nube soplando las hojas que bailan en el piso. Crean juntos un nuevo mundo que solamente existe para ellos, sin saber que lo comparten.

Suena muy cursi, como si hubiéramos empezado a escribir la historia de amor más perfecta de la vida. Nada más falta que de repente decidan casarse, viajen por el mundo, vean muchísimos paisajes bellos juntos, se peleen, decidan tener un hijo para arreglar el problema y vivan en una especie de matrimonio idealmente forzado por el resto de sus vidas.

Pero en esta historia eso no puede suceder aún, porque ella no es humana. Ni siquiera es animal. Los enamorados contemplan las mismas vistas, sienten el mismo aire, se tocan delicadamente y se acompañan en un acto tremendamente pasional y voyerista todos los días. Pero ella no es humana.

Ellos no hacen el amor, pero lo sienten todas las tardes inundadas de tiempo libre, luz y espejos. Todo mundo sabe que se pertenecen, que se complementan. Que ella es el aire que él respira. Pero ella no es humana.

Tampoco es un robot, exactamente. Muchos se ofenderían si dijéramos que ella es un juguete. Definitivamente no

es un fantasma, pero conoce a muchos de ellos y hacen pijamadas juntos de vez en cuando.

Ella tampoco es un pisapapeles, ni un auto convertible de lujo. Ella no es una moneda ni tampoco un libro. Mucho menos una pelota. Ella vino al mundo a lo mismo que todos los seres humanos: a chismear y meterse en lo que no le importa. Pero ella no es humana.

Ella llora por su botón de *record* que permanece intacto porque su dueño odia la calidad con la que graba video, aunque él ame el cine. Ella no es humana. Ella es una cámara.

Entre flashazos y desenfokes ella siente las manos del fotógrafo, equivalente a estar en el cielo. Cuando él la alza, siente que vuela. Que recorren los mares juntos y encuentran miles de cosas que vale la pena retratar.

En las noches, en el polvoso, mugroso librero cucarachiento que alberga más moscas muertas que libros, ella duerme y ve la luna a través de la pequeña ventana del cuarto de su dueño. Él le roba su atención durante unos momentos mientras ella platica con la luna.

Se ve tan bello bañado en la luz de la oscura noche, como un ángel resplandeciente. Cuántas ganas tiene de tomarle una foto y quedársela sólo para ella... pero él se daría cuenta, y no tiene intenciones de asustarlo.

Ella se vuelve a concentrar en su muda plática con la luna. Ella le pide, le ruega, le suplica que hechice la realidad en la que viven y haga que él se enamore de ella.

—Yo ya sabía que los fotógrafos estaban locos —le contestó la luna en brillo, sin palabras—, pero creo que los de tu especie, camarita, están más chiflados aún. Jamás voy a entender a los artistas.

La cámara llora en flashazos sutiles que su amado no percibe por estar en el quinto sueño. Encandila con su tristeza a la luna. Con sus ganas de amor. Con sus ganas de ser amada,

amada de la manera en la que ella quiere ser amada y no de la manera en que es amada en este preciso momento.

La luna, enfadada y consternada por tantas lágrimas, se acerca un poco más a la sucia casa donde descansa la cámara en pena para intentar tranquilizarla.

—No, no, no. No llores. No seas ridícula. Enamorarte de un humano no es una buena idea. En lo absoluto. ¿Te cuento algo? Te entiendo. Créeme que te entiendo perfectamente. Déjame te cuento... Cuando yo era un poco más joven, me enamoré igual que tú. Igual de perdida e ilógicamente. 20 de julio de 1969... ¡sí, aún recuerdo la primera vez que lo vi! Nunca había tenido un humano tan cerca. Viajó hasta acá, al cráter que tengo debajo del ombligo, ¡nada más para conocerme! Llegó en una extraña navecita a saludarme y se bajó, me miró de una manera en la que nunca me habían mirado antes. Era tan diferente a todos los humanos que había visto. No se parecía en nada al tuyo. Él se veía... de otra era. Tenía cabeza de burbuja, estaba inflado como un planeta enano y se paseaba lentamente por cada rincón de mi alma, conociéndome, explorándome. Jamás me había sentido tan querida en mi vida.

La luna pestañeó y de aquellos cráteres brotaron recuerdos de aquel 20 de julio del 69 donde ella conoció el amor.

—Me enamoré inmediatamente, quería estar con él toda mi vida. Quería que me crecieran dos brazos de queso enormes y unos labios de basura espacial para poder abrazarlo y besarlo como lo hacen los humanos en la televisión y así darle una auténtica prueba de la intensidad de mi amor. ¿Pero qué crees? Era un patán. Un mentiroso como el resto de los hombres. Él no tenía tantas ganas de conocerme. Él solamente quería venir a echarme la bandera de su país en la cara, tomarse un video y regresarse a la Tierra. Así son los humanos. Sólo piensan en ellos mismos y cómo engrande-

cerse ante los demás. No vale la pena sufrir por un animal que pertenece a una especie tan descaradamente egoísta.

Furiosa y amargada por el recuerdo, la luna prendió un cigarro. Inundó el planeta de neblina y el calentamiento global empezó a sudar. El fotógrafo tosió sin despertarse. ¿La cámara? Sólo volvió a llorar más, en flashazos otra vez, mientras repasaba las fotos que había tomado con aquel hombre del que estaba tan profundamente enamorada.

Era evidente que estaba vuelta loca por él. No podía hacer nada al respecto. Ella no quería nada más que poder ponerse un vestido, un poco de sombra debajo del lente, pegarse unas pestañas muy enchinadas arriba del botón de encendido y ser la cámara más guapa de todo el mundo.

Pero es que, aunque se disfrazara de bonita él no se fijaría en ella, porque ella no era humana. Era bella, sí, pero era una cámara.

Tanta lloriqueada fotográfica hizo que la luna le tuviera un poco de compasión. La cámara se veía verdaderamente enamorada. Bueno, parecía que sufría, pero para ella estar enamorada era sinónimo de sufrir.

Humanos y objetos. Humanos y satélites. Humanos y astros. Humanos y polaroids. Humanos y colores.

Ellas soñaban con un amor de esos de humanos y humanos.

La luna desafió las leyes de la ciencia y dio vueltas y vueltas. Giró rápido hasta soltar chispas y bañar el orden de la realidad con polvos de luna. Todo cambió.

El destino había girado con ella. En cuanto amaneciera, la vida sería diferente. Si bien eso pasa todos los días al amanecer —el cambio de las cosas—, cuando la luna decide girar y escupir polvos los cambios suelen ser más radicales de lo normal. Me lo dijo un científico. Lo juro.

El fotógrafo se dio cuenta de esto cuando al despertar se percató de que la cámara sobre el librero había desaparecido.

Ahora, frente a él, estaba una extraña y casi mística mujer con los ojos muy abiertos, observándolo sin parpadear.

No parecía evitar parpadear, simplemente parecía que no sabía cómo hacerlo. Sus ojos, casi completamente negros, estaban clavados en él, proyectando la mirada más bella y agobiante que él hubiera visto jamás. Ella tenía una fragancia de polvo, vejez y desodorante.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—El espejo que te refleja sin tener que mostrarle tu rostro.

Tras su poética frase, el fotógrafo se dijo que esto era un suceso extremadamente ilógico, confuso y probablemente peligroso, así que decidió llamar a la policía para que se llevaran a aquella mujer de los ojos pelones a algún lugar para gente loca o algo por el estilo.

Llorando y observando la vida pasar, la cámara humana se quedó completamente sola en una celda más descuidada que aquel librero en el que reposaba para ver a su amado todas las noches.

Ahora veía prisioneros. Delincuentes. No entendía por qué no le creían.

Ella estaba ahí por invadir propiedad privada. ¡Pero no le creían que eso era mentira! Ella ya vivía con aquel fotógrafo. Él simplemente no conocía a su versión humana.

Hay amores que simplemente no pueden ser. A veces uno nace cámara y se enamora de un humano. Todo indica que ese amor es imposible e incluso irreverente... pero ahí va uno a darle vueltas a la luna y a terminar en la cárcel por accidente.

Pobre cámara. Tan argüendera y solitaria. ¿Qué sabía ella de lo desastroso que podría ser decirle no a un no que te dicta el universo?

Y así, humana ella al fin, llora ahora todas las noches muchas lágrimas de flash por un hombre desgraciado, como ése que ilusionó a la luna aquel 20 de julio de 1969.

Ella ya no dormía. Ningún otro reo lo hacía. Todos sabían que cuando daban las nueve con quince se acercaba el momento en el que empezaría a llorar.

No hacía ruido. Su llanto era silencioso, pero imposible de ignorar. Toda la madrugada llovían flashazos de sus lágrimas. A veces la luz no cesaba.

El flash dejaba de parpadear y sus ojos se convertían en tristes lámparas incandescentes de energía proporcionada por un corazón roto.

Un corazón roto que brillaba por dolor. Por abandono. Por no tener un amor de esos de humanos y humanos.

—De seguro ya compró otra cámara —le dijo a Robotina, su compañera de celda que fue detenida por robar una tienda de piezas electrónicas. En su declaración juró por su vida que la razón de su crimen fue que había sido poseída por el espíritu de Robotina y que necesitaba una pieza nueva para su pulmón. Desde ese día, ella no sale de su papel. Piensa que la ayudará a salir antes del penal.

Ella ya sabía que Robotina no era la verdadera Robotina, la de la caricatura vieja que le gustaba mucho al amor de su vida. Tardó en darse cuenta. La verdad es que al principio sí le creía, hasta que un día una de las oficiales le dijo que estaba loca. Que era mentira.

Pero no le quedaba de otra. Robotina era la única persona que le creía que ella en verdad era una cámara, así que no tenía otra opción más que conformarse con su amistad.

Robotina no dejaba de decirle la misma cosa que llevaba diciéndole desde hace varias semanas.

—Estás muy loquita, camarita.

La cámara vuelve a sufrir en la noche de flash en flash, hasta que llega el día en el que, al fin, termina su condena. Ella vuelva a ser libre en una noche de octubre y se encuentra a solas con la calle y la luna.

La luna se queda en silencio, quizás se siente culpable de haber hecho que metieran a la pobre cámara a la cárcel. Humana aún, sin saber a dónde ir, derrama un último pequeño flash a las afueras del penal.

Ese pequeño, efímero flash alumbró algo a lo lejos. Algo que la cautivó. Algo misterioso.

No alcanzó a distinguir qué era, pero parecía ser algo bello. No entendía la forma del objeto, pero veía la belleza en su silueta. No alcanzó a percibir su color, pero sabía que era algo vibrante. Algo que la atrapaba.

Algo que no se ve todos los días. Algo que vale la pena perseguir.

Así que, valiente, dejando atrás la jaula en donde la encerraron por perseguir un amor que simplemente no le correspondía, se convierte la humana en cámara para atreverse a hacer lo que nunca había hecho: enamorarse de algo sin cambiar nada de ella.

De flash en flash, pero esta vez sin lágrimas, empieza a descubrir un misterio llamado amor. Le toma una foto y lo contempla en silencio, tratando de explicarlo a pesar de su forma rara.

Andrea Capetillo Conte

Editada por
CARMEN CARRILLO

Andrea Capetillo

Estudió guionismo en Georgetown University (2015). Fue voluntaria y fotógrafa en el Calgary Fringe Festival 2018, donde recibió el Westey and Marley Award for Outstanding Volunteer. Desde el 2016 tiene un blog en inglés donde publica sus cuentos cortos y poemas. Es amante del terror, el misterio y la ciencia ficción. Actualmente está estudiando un diplomado en Creación Literaria.

Carmen Carrillo

Estudiante de quinto semestre de Letras Hispánicas. Entusiasta por aprender sobre el proceso editorial y su relación con el ropaje del pensamiento y sus múltiples formas de ser comunicado, como es la palabra escrita.

Caelum

La muerte es una epidemia sin esperanza de cura. Hace unos años el promedio de vida era de ochenta o noventa años, hoy en día llegar a los cuarenta es algo que pocos pueden celebrar. Mi padre siempre hablaba sobre cómo habían cambiado los tiempos. Cuando él era pequeño podía salir de su casa sin armas, disfrutar del aire fresco porque no olía a muerte y nunca tenían que matar a las personas que amaban para salvarse o salvarlos.

Todo empezó con un virus al que no se le dio la atención que merecía. En las noticias, redes sociales y aplicaciones, los infectados pasaron desapercibidos. Poco a poco, las personas en diferentes partes del mundo comenzaron a sangrar por los ojos, tener convulsiones y luego morir... o al menos eso era lo que pensábamos cuando todo comenzó. En el momento en que las diferentes redes comenzaron a alertarnos, ya era demasiado tarde. El miedo había invadido cada rincón del planeta. Nadie quería sufrir las consecuencias del virus, no podíamos confiar en nadie.

De acuerdo a los doctores, teníamos que estar alerta a los siguientes síntomas: primero, dolores de cabeza que van y vienen como la marea; estornudos, tos y ardor en la garganta. Después comienza una mezcla de dolor muscular y de huesos, como si el cuerpo fuera cortado con un cuchillo pequeño y filoso. Esto puede provocar escalofríos incontrolables y a los pocos días, a veces después de unas horas, sangre comienza a salir del lagrimal. Al final, el cuerpo se convul-

siona hasta morir. Quienes despiertan no son humanos, ya no tienen recuerdos, pierden sus cuerdas vocales, sufren de misofonía y sólo tienen una misión, matar todo lo que esté a su alrededor. A ellos les llamamos Inmortales.

La primera vez que vi a morir a alguien infectado era pequeño y no comprendía qué estaba pasando. Mis recuerdos de ese día son confusos; llegué a la casa, mis papás estaban gritando o llorando... mi madre huía de mi padre... mi padre era un cazador buscando su presa... mi madre me abrazaba, me decía que nos íbamos a ir, de sus ojos caían cascadas de sangre... mi padre la aventó lejos de mí... mi madre convulsionándose en el piso... el sonido de los cuatro disparos que erizaron mi cuerpo... mi cuerpo moviéndose de un lado a otro para mostrar que no tuviera heridas... mi padre diciendo que fue un acto de misericordia mientras observaba el cuerpo inmóvil de mi madre.

Diez años después de matarla, mi padre contrajo el virus y terminó suicidándose. Lo último que me dijo fue que él no iba a dejar que el virus lo controlara. Solo e intranquilo, caminé por la ciudad una última vez antes de unirme a ellos. Las nubes eran tan grises y densas que la luz del sol no podía pasar. Las calles me abrigaban en su calor, mientras lentamente me asfixiaba el olor a putrefacción. Me detuve frente a un restaurante y, tras unos segundos de incertidumbre, entré. El lugar no era muy grande, había cinco mesas para tres personas cada una, el papel tapiz que decoraba las paredes era de una flor morada o tal vez era rosa, del lado derecho había una puerta hacia la cocina y del lado izquierdo estaba una vitrina con panes recién horneados. Fue entonces cuando la vi. Dentro de un mundo lleno de muerte ella era vida. Traía un vestido amarillo y caminó hacia mí con una sonrisa que nunca me habían dirigido. Me senté en una silla y olvidé la razón por la cual salí a caminar.

El sonido de un vaso de vidrio impactándose con el piso me regresó a la pesadilla en la que me encontraba. Estaba en el restaurante de Moira, rodeado de mesas sucias y pequeñas, sillas incómodas, paredes pintadas con grafiti y el papel tapiz rasgado. La primera vez que entré fue por el seductor olor a pan recién horneado, ahora sólo huele a metal y muerte. Observé el vaso de vidrio en el suelo y luego regresé la vista a Moira. El arma en mis manos temblaba al ritmo de mi corazón, mientras ella comenzaba a acercarse cada vez más rápido. Sin pensarlo dos veces le disparé.

El primer día Moira habló sobre cómo se quedó con el restaurante después del suicidio del dueño; ahí tenía un lugar donde vivir y en su tiempo libre se dedicaba a hornear, con la intención de cambiar el olor de la ciudad. Casi en susurros me contó sobre Caelum, una ciudad en donde nadie se ha infectado. Sus ojos se iluminaron al hablar sobre el lugar. Ahí las mujeres podían embarazarse sin complicaciones, vivían sin temor al virus y la muerte sólo llegaba por causas naturales. Una amiga le aseguró que había personas de casi sesenta años sin infección. No era la primera vez que yo escuchaba sobre un lugar libre del virus, ciudades que nos prometían vida, pero al final sólo eran mentiras. A pesar de la duda que me generaba creer en Caelum, algo en su tono de voz me provocó escalofríos, éstos se convirtieron en olas que buscaban mis oídos, susurrando una sola palabra. *Vejez*.

Esa noche no dormí, pensaba sin cesar en cosas que antes no tenían importancia. Primero intenté imaginar un lugar libre del virus y me fue imposible, luego pensé en la posibilidad de ser padre y reí, pero lo que no paraba de dar vueltas en mi cabeza eran las personas de casi sesenta años; mi cuerpo temblaba, una mezcla de temor, nervios y felicidad. Si Caelum era real, significaba que había una parte en el planeta donde no despertaban cada día con el temor de volverse parte del virus. En cuanto se ocultó el sol salí

del departamento y caminé en dirección al restaurante. No. Caminé en dirección a Moira. No. Caminé en dirección hacia un futuro sin Inmortales.

Más vasos caían al suelo mientras Moira trataba de llegar a mí, la bala sólo había rozado su brazo; se aventó y ambos peleamos por el arma, entre el forcejeo caímos al suelo, la pistola terminó a unos metros de nosotros. Mis pensamientos regresaban a la muerte de mi madre, el suicidio de mi padre. Pensé en el tiempo que pasé con Moira; hablamos sobre nuestro futuro, nuestro pasado, nuestros miedos. De un día a otro nos volvimos extraños, dos personas en una lucha por sobrevivir; olvidamos lo que habíamos vivido juntos, como si hubiera sido un sueño lejano. Nunca había sentido mi corazón latir tan rápido. Moira se levantó, yo tomé un vidrio y corrimos por el arma. Si no la mataba antes de que las convulsiones lo hicieran, iba a ser imposible que yo saliera con vida.

Durante dos años sólo iba al restaurante para planear nuestro viaje a Caelum. La determinación con la que hablaba sobre irnos de la ciudad me motivaba a seguir visitándola. Hablamos sobre lo que íbamos a hacer una vez que estuviéramos en la tierra prometida, en el tipo de vida que nos esperaba. A veces hacíamos dibujos de cómo nos veríamos con arrugas y reíamos. En algunas ocasiones, Moira hablaba sobre su sueño de convertirse en madre y tener entre sus manos a su bebé. Ella me preguntó una vez cuál era mi mayor temor, le dije que a nuestra edad luchábamos contra el reloj, tarde o temprano nos íbamos a contagiar.

Muchas veces, cuando iba a ver a Moira me enseñaba a hornear pan, me llevaba al pequeño jardín escondido detrás del restaurante donde plantaba algunos de los ingredientes que usaba. Me enseñó a diferenciar entre lo que se puede comer y lo que me puede matar. Repasamos tantas veces cómo huir, que recordaba cada paso mejor que a mis padres.

Cuando la desesperación me provocaba ataques de ansiedad, ella me calmaba. Me advertía que no podíamos irnos aún, debíamos esperar a que el número de Inmortales afuera de la ciudad disminuyera. Todas las mañanas mi miedo por seguir en esta ciudad y volverme Inmortal crecía.

Cuando el virus se propagó, los científicos no estaban seguros de cómo se transmitía de persona a persona; primero pensaron que era por el aire, después aseguraron que era por la sangre o la saliva, volvieron a cambiar de opinión cinco veces más y después guardaron silencio. Nunca pudieron fabricar una cura, muchos gobiernos debatían su origen, se culpaban entre ellos en lugar de buscar una solución. Millones de personas murieron a causa del virus mientras ellos entraban en guerras. Poco a poco cada país cerró sus fronteras y mataba a cualquier ser vivo que cometiera el error de acercarse a ellas. Dejaron de existir acuerdos entre naciones, la única regla que existía era la sobrevivencia del más fuerte. Sin ver un mejor futuro para la raza humana, las personas sanas comenzaron a suicidarse, preferían morir a contraer el virus.

La mañana de la partida hacia Caelum empaqué sólo dos cambios de ropa, de esta forma dejaba suficiente espacio en la mochila para guardar comida. Nuestro viaje era de más de treinta días y sólo podíamos viajar de noche mientras los Inmortales dormían. A pesar de estar consciente sobre los obstáculos que nos esperaban en el viaje, mi mente ya se encontraba en el paraíso que Moira me había prometido. No podía esperar a despertar todas las mañanas sin temor a contraer el virus. Caminé cuidadosamente hacia el restaurante. Al entrar, una pequeña parte de mí notó la ausencia del olor a pan recién horneado, pero mi cabeza lo ignoró porque estaba imaginando la vida que me esperaba.

La vi con la cabeza gacha, temblando, sentada en la mesa cerca de la vitrina vacía de pan. Di un paso hacia ella, alzó la vista en mi dirección y vi las cascadas malditas caer de

sus ojos. Quedé congelado mientras ella hablaba, pero sus palabras eran mudas para mis oídos. Se levantó de la silla despacio y, por instinto, saqué la pistola. Moira gritaba enfurecida, decía que aún podíamos tener una vida juntos, sin ella yo no podría llegar hasta nuestro paraíso, la necesitaba, me amaba. Me perdí en pensamientos y ella comenzó a voltear las mesas, tirando los vasos de vidrio.

Corrí lo más rápido que había corrido en mi vida, pero Moira llegó primero a la pistola. En cuanto la tomó, le encajó el vidrio en la pierna izquierda. Dejó caer el arma y mis manos pudieron recuperarla. Comenzó a llorar más sangre, decía que seguramente a dónde íbamos tendrían una cura, pero ambos sabíamos que nunca nos dejarían entrar y asumirían que yo también portaba el virus. El único antídoto que teníamos era matar a los infectados. El revolver en mis manos me hizo una pregunta: *¿tú o ella?*

La noche anterior casi no hablé, la sentía distante, se veía cansada. Mi conciencia me decía que ella sabía que yo planeaba irme lo antes posible, estaba listo para enfrentarme al viaje solo. Ignoraba lo que en realidad estaba pasando, ella ya estaba infectada y sabía que nunca iba a ver Caelum con sus propios ojos. Antes de irme, me abrazó y dijo las palabras que llevaba años esperando, *ya es hora*. Dejé de respirar, no cuestioné por qué nos íbamos ahora, ese momento estaba por volver realidad todas las promesas que me había hecho. No había nada entre nosotros y Caelum... eso fue lo que creí.

Moira se encontraba sentada en el piso sucio del restaurante, el lugar que hasta hace unas horas era nuestro santuario. Había removido el vidrio que le clavé en la pierna e intentaba detener el sangrado con sus manos. Nunca antes había visto tanta sangre manar de una persona. El mundo estaba fracturado, moría poco a poco y nos mataba en el proceso. Nos forzaba a tomar decisiones que en otros tiempos nos hubieran provocado náuseas. Pensé en seguir el ejemplo

de mi padre y apuntar la pistola hacia mí, pero vi el dibujo que Moira había trazado de mi cara con arrugas. Una lágrima rodó por mi mejilla. El revolver apuntaba hacia su cabeza, sus ojos no podían esconder el temor que sentía, intentó arrastrarse hacia la puerta. Le disparé.

Sin soltar el arma, metí comida en la mochila y esperé el velo negro que llega al esconderse la luz. Tomé el dibujo que hizo Moira y salí del restaurante. Sin mirar atrás caminé en dirección hacia mi nueva vida en Caelum.

Ángel Gamaliel Figón

Editado por
YOSBELI DELGADO

Ángel Gamaliel Figón

Estudiante de quinto semestre de Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Se encuentra escribiendo una novela como becario de la primera generación del Centro de Creación Literaria de la UANL. Por ahora sólo (cree que) escribe narrativa, pero está interesado en más géneros. Hace poco se replanteó su vida al descubrir que su gata de un año era macho.

Yosbeli Delgado

Estudiante de la licenciatura en Lingüística y Literatura Hispánica en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Obtuvo una mención honorífica en el XII Concurso Nacional de Cuento Histórico (2015) de la Universidad Iberoamericana (CDMX) con el título «Los ramos de la Emperatriz». Su ensayo «La libertad de México o del diablo: la industrialización de la muerte y el resguardo de la memoria» fue publicado en la revista en línea *Página Salmón* (2019). La Literatura Medieval es su principal línea de investigación. Tiene gran interés en la edición y traducción de textos. Ha estudiado inglés, francés, alemán y náhuatl. En su tiempo libre disfruta aprender de la cultura oriental y de sus diversos alcances actuales.

El aullido de los coyotes

A Efraín, el monstruo rojinegro

I

Odalis pasa el cuchillo por el cuello del conejo, sobresaltado unos segundos agónicos y después muerto en sus piernas. «*Nunca olvide la oración, chica*», resuena en su cabeza. En voz alta, recita las palabras antiguas aprendidas de memoria, con el cadáver en el regazo, mientras sus dedos viajan por la suavidad del collar de plumas azules y del pelaje.

En el rincón del cuarto, golpea el pedernal con la piedra y salpica al montón de leña apilada. «*El fuego a mano, chica. ¿Me escuchó? Nada de electricidad ni esas cosas. A ma-no*». Las últimas frases se le escurren como un eco de arena. Cuando la madera alcanza el rojo vivo, pone el pequeño cadáver y termina la oración. Poco a poco, la casa del desierto se llena de un olor a pollo asado que la hace sentir acompañada.

Mira el humo escapando tranquilo hacia el cielo. Hace viento. Arriba, de cuando en cuando, las nubes cubren a la luna inmensa. Lo único que le gusta del desierto es lo claro que se ven las estrellas. Y en alguna parte de ese estampado azul, frío como las láminas, debe estar Alicia. Acá abajo sólo este aullido de coyotes, este aullido que no se detiene nunca, y choca y golpea la casa como si quisiera llevársela. Mezclado con el grito de los grillos, como si la noche se repitiera, empalmada en sus ruidos y ella en su monotonía: mirar la

pantalla del celular y esperar la llamada, el fuego, el cuchillo afilado, el sacrificio de un conejo el domingo... el aullido de los coyotes por las noches. Los coyotes rumoreando y merodeando alrededor de la casa como lo hacían las camionetas de los señores, ansiosos de carne tierna y joven. Ese sonido de motores salvajes que a Alicia también le asustaba cuando pasaba azaroso un automóvil por la autopista y entonces pensaba que venían por ella.

Le entran ganas de cerrar de un manotazo la ventana, pero tiene que dejar al humo subir al cielo, donde imagina a Alicia, impasible, mirándola desde la cabina espacial.

II

Todavía recuerda bien su voz con el acento que le hacía gracia pero que nunca supo de dónde era. Era una voz grave que estaba hecha para reír y burlarse de los demás. Recuerda y vuelve a sentir la suavidad de sus pechos, porque se escondía ahí y se quedaba dormida, entre la voz suave y los senos cómodos que arrullaban. Se sentía dueña de ellos por verlos con la tranquilidad que da una cama perfumada y recién tendida, sin la maldad del actor gringo que grababa en la casa.

—Tranquila, chiqui, tranquila —le decía una noche—. Mire: ¿sabe usted por qué lloran esos coyotes? Es fácil, Oda, muy fácil. Por lo mismo que poníamos música a todo volumen cuando los señores venían por nosotras. Por la misma razón que tu mai' nos gritaba duro cuando no nos movíamos para salir con ellos. Sentían... miedo, ya sabe. Todos lo sienten en algún momento. ¿Y qué hacemos? Fingimos, decimos mentiras. ¿Sí? Para hacernos las duras, para sobrevivir. Hasta los coyotes mienten cuando aúllan... Tranquila.

Bajo el calor abrasante de esas palabras, Odalis entrecerraba los ojos. Se acuerda bien, cuando su respiración ya

era profunda y Alicia la puso con cuidado en el sillón y se metió al cuarto antiguo de su madre. Ahí la esperaba el actor. Pero esa vez, cuando ella fingía estar dormida, el hombre salió. Ella sintió los pasos lentos, pesados, que avanzaban pero cuando estaban cerca se detenían. Después una mano que se recargaba en sus muslos y subía, pausada y densa. Odalis entonces apretaba los párpados.

—¿Actorazo? —escuchó la voz de Alicia y la mano de pronto dejaba de tocarla—. ¿Encontraste la cámara?

—*Oh, right* —decía la voz cercana—. La *camera*.

Pasos alejándose. Portazo.

III

La puerta se mueve como si alguien llamase, pero desde el patio techado y bardeado en lámina nadie puede tocar. Odalis piensa que tal vez es el señor que le deja la comida por lástima, aunque ya no le paguen. Pero es otra cosa; tampoco pueden ser los conejos, porque no son tan bruscos. Escucha un quejido que se desvanece. Ladrones, tal vez ladrones. Escarban. Unas pezuñas contra la lámina raspando y raspando.

—¿Ho-hola? —dice apenas.

Mira el celular rosa. Desea escuchar el timbre de la llamada. La musiquita de violines y pianos del juego de carreras en el que Odalis se distraía cuando su madre llenaba la casa de muchachas embriagadas por el olor a espray y perfume dulce. El barullo y el «*¡ya llegaron las trocas!*». Las muchachas saliendo en fila y entre todas ellas, Alicia, interesándose en Odalis, en el juego de carreras; semanas después Alicia diciéndole que su madre murió. Choque automovilístico. Dos muertos. Pérdida total. Alicia sentada en el sillón, seria, con las manos en los muslos. Las demás muchachas habían sido repartidas,

ella tuvo suerte; no la encontraron; ahora la están buscando; les debe dinero. Durante varios años ella yendo todos los fines de semana a jugar, comer y sacrificar animales.

Los conejos en la sala levantan las orejas, atentos a esas heridas a la tierra; uno corre a esconderse cuando golpean la lámina. Luego el quejido y otro animal huyendo. Sola en medio de la sala, alcanza a distinguir el otro ruido; ruidos revueltos de animales y el masticar de la carne tierna. Pone una silla contra la puerta, hace un esfuerzo por arrastrarla y cae cansada. No sabe si es por el miedo o el cansancio, pero cierra los ojos, apretando los párpados. Sus manos tiemblan y en esa oscuridad apachurrada, ve a los coyotes, con las bocas espumeantes y los ojos rojos y temblorosos. Por momentos siente el golpeteo detrás de ella, que después se va apagando. Se siente de piedra, pegada a la silla y entre sueños, escucha borroso algo que le aterra: pasos humanos, de zapatos, contra la tierra del patio.

IV

—¿Aló? ¿Chica? No la escucho, ¡prenda el micrófono! Vamos, chica. Que no le dé pena. Eso, eso es, ya se escucha el silencio de esa maldita casa. —Ríe—. ¿Cómo está? *Hey, Willy, Willy Lust, say hello al teléfono. Say hello!*, ahg, el hombre está ocupado. ¿Puede creer que conoce mi tierra? Bueno, nada más el nombre. Algún viejo militar de su familia estuvo allá. Ah, mi compañero de trabajo —dice Alicia y ríe—. Ojalá tuviera cámara para mostrarle la cabina de grabación... bueno, la única cabina. Pero imagínela; una vista al espacio donde sólo podemos ver la Tierra, dos camas como literas, unos barrotes que nos separan de la bodega que guarda el alimento... En fin, ¿cómo ha estado, Odo? ¿Ha estado haciendo los sacrificios? Más le vale que lo haga, niña, porque si no...

—Sí, sí lo hago. Pe-pero pasó algo feo... muy feo.

—¿Algo feo? No ha limpiado, ¿verdad, niña? Hasta allá huele lo sucio que está la casa. ¿¡Se imagina!?! Desde el espacio se huele la suciedad.

—Ya voy a limpiar, perdón, Ali. Pero no era eso...

—¿Entonces? En fin, niña. Tengo mucho estrés como para preocuparme. Siento fuerte el encierro y este ruido que hace la cabina es insoportable —dice y suspira.

—Perdón —contesta sin lograr escuchar el ruido molesto.

—*Anyways*, ¿qué fue lo feo?

—Se me murieron casi todos los conejos, Ali. Ya no sé qué hacer. Si se me acaban, ¿qué voy a...

—¿Tiene a alguna embarazada? —interrumpe.

—Sí...

—¡Pues bueno! ¡Ahí está, chica! —dice, mientras el eco del grito le da, por un momento, una voz doble—. Pero mire, quería decirle cómo se ve la luna. Me hace olvidarme de este encierro.

V

El sonido del aerosol le recuerda aquellos tiempos. Ahora es el protector solar en espray que Alicia se rociaba cuando salía a pasear con los señores que ella decía la protegían. Se acomodaba el cabello, los lentes oscuros, le preguntaba cómo se veía, luego se acercaba para tomar el collar de plumas y le daba la bendición.

La coneja se había asustado la primera vez que escuchó el ruido de la lata, pero ahora se queda quieta.

—Vamos, vas a salir... —dice Odalis al conejo—. Conejito, tienes que salir... niña mala. ¿Cómo? ¿Que no quieres? ¿No quieres salir con nosotros? Anda, niña, ponte tus zapatos y sal. ¿A dónde vas? Dime, anda, dime, ¿por qué has roto

mis cámaras? ¡Y encima con el cuchillo de los sacrificios! ¡Yo, que te invito a salir! —El conejo se sacude el líquido del protector solar y da unos saltos lejos de Odalis. Ella se pone de pie, toma otro conejo y murmura—: ¿No nos acompañas? ¡Mala, mala, mala! ¿Qué crees que te haría tu madre? Te pondría a trabajar como a mí me ponía, ¡claro, Oda! Claro que lo haría. Sólo servirías para eso.

Entonces mira con una mueca al conejo regañado y acaricia al otro que tiene en brazos.

—Vámonos, amorcito, al cine, a Estados Unidos, esta niña no quiere ir con nosotros... ¿Qu-qué?, ¿qué? ¿Cómo me dijiste? ¿Que él te hace qué? ¿Él? No diga tonterías, chica envidiosa.

En la casa no se escucha otro ruido más que la voz fingida de Odalis que simula un acento que nunca supo imitar. Sus sonidos se bifurcan con descuido, su voz y la de Alicia.

—¡Pues yo iré al espacio! Me agarraron los de esa compañía gringa. ¿Y tú? Tú también eres una puta, querida. ¿Cómo que es mentira? ¡Allá estoy, carajo!

Suelta al conejo y comienza a sentir la garganta tiesa, como amarrada y arremangada en sí misma.

—¿Y ahora, por qué tan respondona, chica? —dice mientras se acerca al conejo lleno de aerosol, su reflejo—. Ven, mi pequeña puta, ven. ¿Dices que Alicia no te cuida? ¿Yo? ¡Pero si yo soy Alicia!

El conejo se rasca y sacude el líquido que apelmaza su pelaje, sin ver a Odalis acercándose y poniendo sus manos delgadas sobre él.

—Déjame abrazarte.

Las manos llegan al cuello del animal y aprieta, aprieta fuerte. El conejo se sacude, le raspa las muñecas con sus patas traseras, sus uñas luchando contra la carne tierna. Odalis sigue apretando y el aire del conejo se escapa. Una línea de sangre escurre por sus antebrazos. Poco a poco, los jaloneos

se desvanecen, derritiéndose como el protector solar en el calor de las palmas de las manos.

—Maldita... —dice, y ahora siente el picor de sus lágrimas en las espinillas de sus cachetes—. Maldita Alicia, maldita, maldita.

VI

Esa noche no puede dormir. El viento le trae con más fuerza el aullido de los coyotes que chocan con la ventana y se meten a la casa. Arriba, el techo de lámina se mueve. Los conejos sobrevivientes duermen, unos hechos bola entre sus pies y otro a lo lejos. Por un momento piensa que esos tres animales son lo único que le queda en el mundo. Han estado con ella todo este tiempo, en las noches largas y en los vientos fuertes... Roxana, Ramón y Regina, nadie más, ni Alicia; sólo ellos.

«Ni se te ocurra ponerles nombre, chica, que les vas a tomar cariño».

Las tres erres, los tres blancos, idénticos pero diferentes. Roxana, otra vez embarazada, siguiéndola a donde camine en la casa; Ramón que únicamente duerme sobre su almohada roja; y Regina, la más tímida, levanta la cabeza y busca los ojos saltones de Odalis, que también la observa pero le asusta, porque la siente como compañía humana.

Entonces suena la musiquita del teléfono, se enciende y el cuarto se ilumina un poco. Odalis toma la cobija con cuidado, la mueve lentamente para no despertar a los conejos. El timbre continúa como el grito desesperado de una orquesta donde todos los miembros recuerdan, desesperados, las tardes de los domingos, sentados con sus Alicias que festejan y gritan cuando ganan por primera vez en el juego de carreras: «¡el sacrificio del mosquito me ayudó!». Una orquesta triste

que usa sus violines para aventar sus gritos desgarrados al aire, que golpea sus tambores con coraje y los escupe al cielo tratando de romperlo.

Llamada perdida. Vuelve a sonar. Así hasta por diez minutos; no es normal que Alicia insista tanto, piensa Odalis. Antes tenía que correr a contestar porque si tardaba un poco, sabía que le colgaría, entonces ella tenía que esperar una semana o dos para recibir otra llamada. Otras veces sólo colgaba, sin avisar ni decir nada antes.

—¿Hola?

—¡Niña! Gracias al gran espíritu... —dice una voz quebrada y escurrida, susurrando—. ¿Cómo está? Bueno, bueno... Necesito que me ayude, por favor. No sé en qué me metí, Dios mío. Ya no sé cómo calmarlos; no les gusto más a esos perros. Discúlpeme. Se supone que ya fueron a matarles unos animales para asustarla... Me lo dijo. No, no, no. No pude avisarle, me vigilan. Perdona todo esto... perdona.

—¿Qué-qué pasa, Ali? ¿Estás...?

—¡Escúcheme! —levanta la voz, pero vuelve a susurrar—. Escúcheme... necesito que haga dos cosas. ¿Cuántos animales le quedan?

—Me quedan tres, Ali. Pero no...

—Dios mío... mátelos a todos, como sabe hacerlo.

—¡No! ¡No los voy a matar!

—¿Cómo no? Chica, escúcheme, necesito que me ayude. Sólo son tres; ha matado más. ¿Sí? Haga eso, por favor, no le estoy preguntando.

—¿Pero por qué? ¿Por qué, por qué?

—Haga eso y no pregunte, no hable de más. El sacrificio va a ayudar. Ahora necesito que coja lo que crea que tiene valor y lo deje afuera, a un costado de la casa, donde antes llegaban las camionetas. ¿Me entiende? Todo lo de valor.

—No, Ali. Allá no te pueden hacer nada, tú sabes que no te pueden hacer nada.

—¿Allá? —le pregunta mientras una pequeña risa se le escapa—. Sólo haga eso, chica. Tengo miedo, mucho miedo. ¿Quería escuchar eso?

—No... Pero estás lejos de ellos, muy lejos, Ali.

—Ay, niña. ¿Usted cree que una persona como yo podría ir al espacio? Mire, chica...

—¡No! ¡No voy a hacerles nada!

—Chica, escúcheme...

—No, no, no. ¡Tú estás allá!, no pueden hacerte nada...

—Sólo haga eso, por favor, no discuta; hágalo.

—¡Cállate! ¡Maldita Alicia! ¡Te maldigo! —grita Odalis, sorprendida de sí misma, y asustada, cuelga el teléfono.

El silencio vuelve a la casa. Se seca el sudor que escurre por su cara, a pesar del frío nocturno del desierto. Las mejillas le arden. El celular vuelve a sonar. Ella en la cocina, a oscuras, toma el cuchillo de los sacrificios, camina hacia la ventana y ve el cielo estrellado, gigantesco y aplastante. Ya no puede imaginar a nadie allá arriba; desde hace tiempo que no lo hace. El cielo es ahora sólo un monstruo azul de mil ojos que la mantiene encerrada. La mano le tiembla cuando se vuelve a los conejos y uno de ellos la mira, fijamente, mientras los violines y los tambores se destazan vivos detrás de ella. Suelta el cuchillo.

Vuelve a la calidez de sus fieles compañeros, a la cama. La música sigue sonando durante otras dos horas de recuerdos gastados. Cuando se detiene, un silencio pesado vuelve a la casa, entonces Odalis aprieta los párpados, la dureza en su garganta se derrite mientras suelta un gemido largo y seco que la sacude y hace que sus uñas mordidas se aferren a las cobijas viejas.

Gabriel Hernández

Editado por
LUISA GONZÁLEZ

Gabriel Hernández

Desde pequeño he tenido como objetivo desarrollarme en el mundo de la escritura; siendo específico, me encantaría desarrollar obras teatrales, cuentos, novelas, junto con guiones para cortos y largometrajes. Con respecto a mi trabajo, escribo relatos cortos ocasionalmente, a la par de gozar de diversos temas y géneros.

Recientemente ejercí como voluntario en la Feria Universitaria del Libro de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Además, formo parte de un taller de cine llamado «Cinemaphilos», impartido por la Facultad de Filosofía y Letras, donde realizamos análisis filosóficos de las obras proyectadas. Por el momento no cuento con distinciones de programas o instituciones que promocionen la escritura y lectura, siendo este, el programa Elipsis, el primero.

Luisa González

Estudiante dedicada. Cursa el tercer semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas. Ávida lectora. Desde pequeña le entretenía hacer correcciones en los libros. Tiene un largo camino que recorrer antes de convertirse en editora profesional.

Nuestro reino

Antonio contemplaba una oscuridad fría que abrazaba las paredes de la habitación. Su mente estaba frágil y confundida. No le era posible borrar la imagen de aquella niña que desfallecía lentamente en los brazos de la madre mientras un charco rojo se dibujaba en el suelo. Su cama lo incitaba a dormir en ella, como si le prometiera que la culpa y la vergüenza ya no estarían ahí al despertar. Eran las tres de la madrugada cuando vio por última vez el reloj en la pared. Después de eso, no estaba seguro de la hora. Sólo contemplaba el techo cuando otro recuerdo —ahora de su hermano— vino a su mente. Héctor era un etnógrafo becado quien se encontraba en Tabasco realizando un importante trabajo sobre la comunidad chol; un hombre conocido en el pueblo por oponerse a la violencia de su alguna vez amigo Don Sergio y por ser una de las personas más nobles en haber habitado dicho lugar. Héctor siempre le contaba a un Antonio niño historias de naciones que lograban vencer la pobreza y la injusticia; le hablaba de revoluciones lideradas por valientes hombres cuyos nombres ocasionaban que los ojos de los pueblos se llenaran de luz y sus almas de esperanza; de cómo tiempo atrás los reyes gobernaban sus reinos con justicia y paz. La comunicación entre hermanos había cesado abruptamente por decisión de Antonio; era incapaz de escuchar la voz o leer las letras de quien fuese tan buen mentor. Sabía que había fallado en el momento en el que aceptó formar parte de su «nueva familia». Para evitar la decepción del hermano, optó

por sacarlo de su vida y esperar que su recuerdo se desvaneciese, pero con los recientes acontecimientos, resultaba imposible. Recordó aquel día que partió y sus últimas palabras:

—Toño, sé que las cosas no están muy bien aquí. Me duele dejarte en este lugar aún con tanto que enseñarte, pero confío en que te resistirás a la tentación. Recuerda a los grandes héroes revolucionarios... recuerda a los reyes que brindaban paz a sus reinos.

Antonio cerró los ojos y pensó durante largo tiempo en las palabras de Héctor. Entonces unas palabras —como susurros— escaparon de sus labios: «Perdóname». Después, el sueño lo invadió y se dejó vencer. Por desgracia, el nuevo día no disiparía lo que le atormentaba.

Era tarde y las sombras comenzaban a consumir las calles. Antonio pasaba el tiempo en casa de Alexis. El anfitrión, quien estaba cercano a los veinticinco años, fumaba marihuana mientras miraba televisión.

Hacía ya tres veranos que habían sido seducidos por el cártel como polillas por la luz: Alexis atraído por lujos y dinero, mientras que Antonio, por pertenecer. La presencia de dicha organización era absoluta en cada ciudad y poblado de la región, liderados por lugartenientes; Don Sergio en este caso.

El motivo de la visita era el remordimiento. Alexis era un viejo conocido de los hermanos, pero desde lo ocurrido, Antonio no sentía comodidad alguna con él. Aun así, prefería su compañía a encontrarse solo con sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer de tu vida entonces, pendejo? Lo que pasó fue un accidente. Sí, es algo triste, pero la gente sabe que no debe salir cuando hay trifulca. No fue nuestra culpa, y estoy seguro de que mantenerte en el negocio no sólo te dará más feria, sino que así podríamos seguir cuidándonos las espaldas —dijo Alexis y se soltó a risas. Su propio comentario le pareció demasiado gracioso: los efectos de la marihuana

estaban en marcha. Antonio no dejaba de inspeccionar la habitación de Alexis: *posters* de grupos musicales desprendiéndose de la pared, ventanas rotas cubiertas por sábanas sucias e impregnadas del olor a mota; junto a la cama era posible ver un pequeño armario con una puerta rota que dejaba a la vista rifles de asalto y una bolsa con droga. Era evidente que las drogas habían desplazado a los lujos.

—Cabrón, es que lo que hicimos no tiene perdón, ¿por qué soy el único que entiende? —Sus lágrimas mostraban desesperación—. Además, mira, tanta feria tienes y estás en este jodido lugar. ¡A la chingada con el pinche dinero! ¡Y a la chingada con Don Sergio! ¡Héctor me dijo que me alejara de él no sé cuántas veces y me valió verga!

—Es lo que hay, compadre. Sé que las cosas se ponen feas a veces, pero, la verdad, a mí me encanta vivir así. Las cosas están con madre en el pueblo; no entiendo por qué ahora te quejas por una vida perdida. Sabes bien que tarde o temprano pasa.

—Me quejo porque tengo miedo. Ayer sentía que moría con ella. —Y continuó, frustrado—: Las cosas están del carajo, *wey*: o trabajas en la pinche fábrica del Sr. Rubén o te metes al cártel. Me cae que estamos de la fregada y nadie hace algo al respecto. Es verdad, la chamba que la fábrica ha traído a la gente no está mal; pero qué estupidez que su pinche dueño le compre armas a Estados Unidos para luego venderlas a la mañana; ¡esas mismas armas que usamos! Ese viejo no ayuda a que las cosas mejoren, solamente mantiene igual o peor la situación. —Volteó a ver el piso mientras temblaba de coraje.

—Ya, ya, cálmate, *wey*. Al chile, eres el único que piensa eso. —Alexis lanzó una carcajada—. Ya deja de ver esas cosas que a nadie le importan. —Y ahora pensativo, dijo—: Es curioso, pero también por eso Don Checo te quiere, porque piensas diferente a los demás. Cree que tienes mucho de tu

carnal, y se lo recuerdas mucho de cuando los dos jugaban de morrillos.

—Alexis..., comprende: tenemos los pecados hasta el cuello, como ese hombre. El infeliz envenenó el pueblo y, la verdad, el Sr. Rubén ni me cae del todo..., como que algo se guarda.

—Esos hombres que no te caen del todo ponen dinero en los bolsillos de casi toda la gente —le respondió Alexis entre risas—. Y yo no puedo andar hablando mal de mi patrón. Que Dios lo proteja, que cuando se nos vaya, ahora sí que quién sabe qué cabrón nos va a tocar. —Hablaba de él como de un santo. Y después de soltar esa declaración, volvió su mirada difusa a la televisión.

La mirada de Antonio se mantuvo perdida por un instante y soltó declaraciones a nadie:

—Por fin entiendo dónde estamos. Supongo que el día en que este lugar sea mejor está bastante lejos... o tal vez nunca llegue. —Su expresión decayó por completo—. Ya me voy —dijo mientras se levantaba pesadamente.

Alexis reía por lo bajo mientras Antonio caminaba a la salida, pero lo detuvo para recordarle algo cuando apenas abría la puerta:

—No olvides ir mañana a la hacienda de Don Sergio; le presentaré a dos chavos que me traje de Sonora. Después hará una fiesta chingona para agradecer nuestra lealtad.

Antonio lo miró y vio al perro faldero en que se había convertido su amigo. Sólo dijo muy serio:

—Iré para que me deje salir. Sé que lo hará por Héctor, por haber sido amigo suyo.

Salió sin despedirse y tomó rumbo a su departamento.

Caminaba bajo el cielo oscuro, el cual presumía tranquilidad, pero el suelo no tenía tal lujo. Ahora veía muestras de un pueblo lastimado que plasmaba su realidad trágica: grafitis

pintados por miembros del cártel para marcar sus territorios, espectaculares exagerados que mostraban publicidad de la fábrica de autopartes del Sr. Rubén, charcos con agua sucia en las calles no pavimentadas, algunos perros sarnosos peleando por los huesos sobrantes de las carnes asadas —que terminaban en conflicto cuando el alcohol superaba a la razón—, hasta niños descalzos y en trapos que jugaban a ser narcos con armas de juguete. Cuando se detuvo en la hacienda de Don Sergio, tomó un poco de tiempo para admirar amargamente los detalles de la propiedad. El terreno y su fachada eran todo lo contrario a lo que mostraban los alrededores. Después, siguió su camino mientras el silencio lo acompañaba.

A pocas calles de su departamento se detuvo un instante para observar más de su alrededor, entonces alguien le gritó:

—¿Qué estás mirando, pinche metiche? —Era un hombre que se había percatado de la mirada fría que Antonio dirigía a la fachada de su casa. Al verlo, era posible darse una idea de la clase de gente que habitaba tan abatido pueblo. El hombre era bastante obeso y parecía alguien a quien resultaba fácil provocar. Disfrutaba de un partido de fútbol en la televisión junto a sus amigos mientras bebían cervezas y fumaban tabacos.

—Nada... solamente admiro nuestro reino.

Al escuchar esto, el hombre volteó la mirada hacia sus amigos; todos dibujaron una mueca confundida en sus rostros para después lanzar una carcajada grotesca.

—Qué huerco tan pendejo, dice puras chingaderas —les dijo. Se volvió y le bufó—: Mejor lárgate antes de que te parta tu madre.

Antonio siguió caminando y habló consigo mismo:

«No sé qué hacer», decía mientras se frotaba la cara. El pueblo estaba dañado de tantos años en la mierda. Lo sofocó

una urgente necesidad de huir muy lejos. Largarse y no volver a tan horrible vida. Finalmente llegó a su departamento; no tardó en dormirse.

Cuando despertó al día siguiente, sólo pensaba en hablar con Don Sergio. Y en la niña junto a su madre. A su tiempo, se alistó y partió a la reunión. Cuando hubo llegado a la hacienda, fue recibido por el mismo Don Sergio, que se mostraba alegre:

—¡Hijo de la chingada! —gritó eufóricamente mientras lo apretujaba de manera brusca contra su barriga—: sabía que vendrías, ya me preguntaba onde andabas.

Antonio solamente miraba en silencio al capo gordo y ostentoso.

—Quiero hablar con usted, Don Sergio. Lo que quiero decirle es importante.

Cuando Antonio hubo compartido su petición, una expresión socarrona se marcó en el rostro del hombre.

—No, muchacho, no me importa quién seas; aquí, cuando se entra, no se sale sin que yo lo quiera primero. Sea vivo o muerto, yo lo decido.

—Por favor, se lo estoy rogando.

—Ya te lo dije, mijo. Ahora, no se te ocurra hacer alguna pendejada. Ve a divertirte como el resto de la gente y, si se te ocurre hacer alguna chingadera, por respeto a tu hermano —se acercó a su oído y prosiguió en tono burlón—, te mataré, pero muy rápido. No a cualquiera le doy ese honor. —Entonces se alejó para saludar a otros de sus invitados. Tales palabras se clavaron en su mente. Alexis logró mirar la escena y, cuando ésta terminó, se acercó acompañado de dos sujetos para animarlo:

—¡Ése es mi pinche gallo! Mírenlo, cabrones —les decía a los sonorenses mientras se acercaban a Antonio—. Mira, éstos son Víctor y Mario; son los *weyes* que te mencioné ayer.

—Eran apenas dos muchachos, incluso más jóvenes que él. Saludó a ambos con una sonrisa forzada.

La fiesta no parecía barata: música norteña en vivo, cerveza de la mejor calidad, mujeres en vestidos escotados que llegaban hasta los muslos. No importaba cuál fuese tu posición en la pirámide del cártel —al menos no importaba hoy—, pues ese día, el patrón trataba a todos por igual. Durante un par de horas el festejo continuó, pero la euforia y la ebriedad habían llegado a tal punto que ninguno de los presentes podía anticipar lo que deparaba la tarde...

Resulta que el Sr. Rubén había sido detenido hacía meses bajo cargo de tráfico ilegal de armas por la Marina y, para mejorar su condena, había acordado aportar información para atrapar a un pez más gordo que él: Don Sergio. En un principio la operación había sido apenas un esbozo, pero con la entrada del Sr. Rubén, una mejor alternativa tocaba a la puerta del plan de captura del lugarteniente; el dueño de la fábrica revelaría el evento en la hacienda como el momento oportuno. Con dicha declaración, el cuerpo de Marina llevaría a cabo los preparativos: un escuadrón de quince marinos arribaría para llevar a cabo el arresto, preparados para abrir fuego si era necesario. Finalmente, llegó el día de la operación: la movilización del escuadrón resultó inmediata. Un «halcón» mandaba el mensaje, pero ya era muy tarde: los narcos en la fiesta apenas habían tomado sus armas cuando los uniformados habían entrado al lugar. Lo que seguiría a tan súbita situación sería un enfrentamiento que mancharía de sangre la lujosa fachada de la estructura. Los marinos perseguían a los ineptos narcos que muy apenas lograban defenderse. Eran cerca de cuarenta y cinco invitados en la fiesta, pero quince marinos resultaban ser suficientes para equilibrar la balanza. Por no haberse expuesto a tal estado de ebriedad, Antonio había logrado ocultarse dentro de uno de los muchos closets de la casa principal. Sólo le quedaba esperar.

Parecía que todo había terminado. Los guardias que cuidaban del portón y tres uniformados yacían sin vida en el suelo con los dedos tiesos aún en los gatillos. El piso de la casa principal de la hacienda estaba tapizado de rojo con destellos dorados. Al parecer los disparos fueron necesarios después de todo. No había señal de sobrevivientes. Antonio salió de su escondite atento a cualquier otro atacante —el resto de los marinos se encontraba investigando la hacienda—. Se sorprendió de ver a Don Sergio bajo la mesa del comedor: había sido acribillado. Su cuerpo había sido deformado y su ropa ya no valía lo que había costado. A su lado había dos marinos sin vida. Al parecer el capo no había aceptado la muerte sin defenderse.

—Así que ya estás muerto —dijo Antonio mientras una pequeña sonrisa aparecía en su rostro y una mirada burlona en sus ojos. De pronto, escuchó un ruido cercano, así que decidió tomar una pistola del piso que contenía aún algunas balas en el cartucho.

—¡Estoy armado, cabrón! —se escuchaba con voz quebradiza desde la cocina ubicada en la parte trasera de la casa. Era la voz de Alexis. Después de ver que no quedaba posibilidad para Don Sergio de sobrevivir al enfrentamiento, éste lo había abandonado para esconderse.

—No dispires, soy Antonio. —Se acercó lentamente para ver qué pasaba en el fondo de la cocina. Alexis yacía en una pequeña bodega de comida, recargado contra la pared, debajo de varias repisas llenas de condimentos con una herida de bala en el estómago. Estaba acompañado por los dos jóvenes de Sonora cuyas vidas escapaban de sus cuerpos con cada aliento, al lado de los sacos con arroz y frijol. Habían tomado toallas de cocina de una de las repisas para intentar detener las hemorragias; uno había sido herido en el pecho y el otro en el cuello. De no recibir atención médica pronto, los tres morirían.

—Me alegra un chingo verte, compadre. —Comenzó a sonreír mientras señalaba su herida—. Necesito checarme esto, que duele de la chingada.

Antonio los miró en silencio y con seriedad. Había llegado una revelación a su mente.

—Alexis..., mira, no quisiera hacerte esto, pero todo rastro de aquello que ha dañado al pueblo debe olvidarse. Por el bien de todos...

Alexis mostró entonces una mirada ingenua mientras Antonio comenzaba a apuntarle con el arma:

—¿Qué chingados estás haciendo? Deja de apuntarme, pendejo. —Entonces, le fue posible ver la verdad reflejada en los ojos de Antonio. Logró agarrar el revolver Colt que había tomado del cinturón de un muerto y también le apuntó. La tensión cubrió entonces la pequeña sección de la casa—. No puedes hacer esto, cabrón. Te conozco a ti y a tu carnal desde que éramos niños. ¡Carajo, somos amigos!

—Este reino... merece un mejor rey. Quizás yo pueda... sé que mi hermano lo querría. —No dirigía tales palabras hacia Alexis; hablaba consigo mismo, como si se encontrara en un profundo trance, como si estuviese convenciéndose de algo.

Entonces, apretando con fuerza los dientes, disparó a Alexis en la cabeza, no sin que éste respondiese acertándole en el abdomen. Antonio lanzó un grito a causa del dolor, se tambaleó, pero logró mantenerse de pie. Se llevó la mano a la herida y cuando recobró el equilibrio, disparó a quemarropa a los otros dos muchachos que carecían de fuerza suficiente para lograr defenderse. Después de aquello, un absoluto silencio cubrió la cocina.

Mientras abandonaba con trabajo la hacienda dejó en el suelo un rastro rojo, que combinaba con los que marinos y sicarios habían dibujado. Cada paso dado era también un

paso de su alma fuera de su cuerpo. Pensó en Héctor; pensó en todo lo que su hermano le había enseñado.

—Parece que mi reinado será muy corto, Héctor —dijo con una sonrisa burlona. Las palabras salían como murmulos que el ruidoso viento raptaba—. Gracias, hermano... —Se desplomó en el patio y, antes de cerrar los ojos y dejar que el pesado sueño le venciera para siempre, logró ver de nuevo cómo se dibujaba un charco rojo, pero en esta ocasión ningún inocente estaba sobre él. Mientras tanto, el resto de los uniformados veían al hombre caer y morir lentamente. «Uno menos», pensaron.

La sangre regaba el césped, el calor de la tierra quemaba su piel muerta, las moscas se paraban en la pálida frente después de volar alrededor su cuerpo. El cielo, de un hermoso tono rojizo, estaba manchado por aves carroñeras que —en cualquier momento— se darían un festín con la carne de un rey muerto.

Quedaba un trono vacío que habría de ser ocupado en poco tiempo.

Sujaila Miranda

Editada por
VALERIA GUZMÁN

Sujaila Miranda

Escritora feminista, trabaja en la Unidad de Género de Cultura UNAM. Dirigió y produjo el primer tutorial del *Protocolo para casos de violencia de género* de la misma universidad. Autora del cuento «Ojos de avellana» publicado en el suplemento cultural de la revista *Siempre!*

Valeria Guzmán

Estudia la maestría en Letras Españolas en la UNAM. Cuenta con distintos diplomados, seminarios y cursos de edición. Ha trabajado en el departamento de publicaciones del CISAN-UNAM, Editorial Jus, Editorial Tintable, Editorial Artes de México y actualmente lo hace en el departamento de Publicaciones del IIBI-UNAM. Es cofundadora de la agencia de servicios editoriales Ahuehuete. En 2019, ganó el Premio de Poesía Joven de la UNAM.

Tranquila, mi niña

Nomás le di un sorbo al menjurje ese que me trajo y luego luego me dieron ganas de vomitar. Yo no sabía qué era, pero tuve mal rollo desde que lo vi entrar con él. Me lo dio hasta con cuidado, como si estuviera extendiéndome el mismo santo grial con agua bendita. «Tómalo todo, ¿eh? ¿Me lo prometes? Orita vengo, voy a sacar una chambita con el Chepo y regreso». ¡Pero, cómo crees que me lo iba a tomar todo! Si tan sólo con acercarme eso a la boca el olor que soltaba era insoportable, y fíjate que sí le di un traguito, ¿eh? Pero n'ombre, sabía horrible, era algo espeso, espeso, como un licuado de cosas verdes, esos que a veces tomamos cuando hacemos dieta y le echamos hartos nopales y apios, pero este no era verde, tenía otro tono, oscuro, muy oscuro, casi negro; no se veía ni olía como los que nos tomamos pa la dieta, pa ser flacas y vernos bien diosas. Al principio me dio mala espina, pero luego pensé que cómo creía que él iba a darme algo malo, menos orita, en mi condición, por eso imaginé que era algo parecido a estos licuados verdes, te digo, algo así bien saludable, ya sabes, bien *healthy*, para que me pusiera más fuerte o algo así y cuando se fue intenté tomarlo, era amarguísimo, me revolvió todo por dentro, nunca había probado algo así. Enseguida supe qué era y sus palabras sonaron fuertes, muy fuertes en mi cabeza: «tómalo todo». Me recosté un rato, un ratito nomás, apenas como un minuto y me entraron los nervios de que llegara y viera que no me lo había tomado y me obligara a hacer-

lo. El sabor asqueroso me había dejado con náuseas, pero pensé «Debo ser fuerte, muy fuerte» y en ese momento me entraron esas fuerzas de quién sabe dónde y pude pararme, agarré la porquería esa y salí al patio donde está la coladera para echarlo por ahí. Lo tiré todo, todito, la coladera fue la que se lo tragó completo y olía horrible, pobre coladerita; después le eché agua para que la peste medio desapareciera y él no se diera cuenta de nada. Luego llegó y me preguntó si había tomado lo que me trajo, le dije que sí sonriendo porque estaba orgullosa, casi contenta de haber ganado esa vez, ¿sabes? Él se me quedó mirando fijo, con curiosidad, y volteó a ver mi vientre. Le dije que estaba bien aunque me sentía mareada y me volví a acostar. Ganar esa batalla, la primera de muchas, me hizo dormir tranquila. Como sea, te digo que esa vez la tuve fácil, fue como para principiantes; la buena batalla, la dura, dura, se me vino al siguiente fin de semana, él estuvo enojado desde ese día que me trajo el licuado amargo y estuvo al pendiente de cómo me sentía, me preguntaba si me dolía el estómago, si ya había ido al baño y cosas así. Como vio que no me pasó nada le empezó a entrar el nervio, pero el nervio atascado, loco, enfurecido y seguramente fue entonces cuando se le ocurrió lo de la clínica. Te juro que la vida no te prepara para estas mamadas, para estas guerras tan cabronas que quién sabe cómo es que una sobrevive. Te digo, el siguiente fin de semana me dijo que íbamos a ir con el doctor para checar cómo iba todo. Fuimos a una clínica que estaba bien lejos, nos tardamos más de una hora en coche para llegar y cuando llegamos una enfermera me vio y me revisó, así en corto, sin darme algún formulario para llenar ni nada, me dijo que me quitara la ropa y me pusiera una bata para que el doctor pudiera verme mejor; se me hizo rarísimo, pero claro, una es chamaca pendeja y se queda callada. Mientras me cambiaba me preguntó cuántos años tenía, «Quince, ¿por?». «Te ves más chiquita,

estás muy flaquita». Y sí, veme, sigo bien flaca, por eso aún nadie se ha dado cuenta de lo que me pasa, gracias a Dios. Bueno, te digo, entonces me dio un vaso de esos de papel en forma de conito y una pastilla, yo no entendí para qué tenía que tomar algo, si se suponía que solamente era una revisión, pero otra vez me quedé callada ya sabes, la costumbre de las morras de estarnos chitón. Me tragué las pastillas y como a los dos minutos me sentí con muchísimo sueño, mis ojos se me cerraban y yo les decía, quédense abiertos, estense abiertos, ¡despiertos! Hagan paro, ojitos. Porque de ahí ya todo me empezó a dar mal rollo otra vez, como el día del menjurje amargo, pero con una sensación mucho más feíta, porque además tenía miedo y lo que más me preocupaba era quedarme dormida y que hicieran conmigo lo que quisieran. No, no, él estuvo ahí junto a mí todo el tiempo, pero no me hablaba y luego entró un doctor y me pidió que me recostara y yo no quise y le gritaba: «¡Antonio, sácame de aquí que me siento mal!». Pero él solamente me decía «Tranquila, tranquila mi niña», y me levantó por la cintura y me recostó en una camilla blanca con manchas cafés, con la tela como oxidada. Él seguía platicando con el doctor ese, que me tocaba con sus manos frías mi pobre vientre aplastado todavía, y yo no entendía nada de lo que decían porque cuando hablaban me daban la espalda y hablaban de dinero y de riesgos, como si se tratara de una pinche apuesta, una puta tanda. Y luego dijeron la palabra, la palabra que hizo que me despertara en chinga, aún con esa droga que me dieron: abortar. «Sí, aún está a buen tiempo para abortar». Y en ese momento grité con todas mis fuerzas, esas fuerzas que te digo que quién sabe de dónde vienen en estas batallas culeras y me sacudí las manos del doctor y Antonio me las sujetó y me dijo que me estuviera tranquila, que todo iba a salir bien, y le grité a ese pendejo que era un asesino y que no iba a dejar que me quitara a mi bebé, que era

mío nada más si él no lo quería. Y con esas fuerzas mágicas me solté de sus manos grandotas y él seguía intentando someterme, pero yo me le escurría como espaguetti y entonces le agarré la cara y con todas, todas mis fuerzas le arañé la jeta a ese hijo de la chingada y le saqué sangre, la sangre que él quería sacarme a chorros de entre las piernas en esa clínica, o la sangre que me había dejado de salir desde hacía más de tres meses por ese mismo agujero que el cabrón había estrenado. Y después de un rato, que a mí me parecieron horas, horas te digo, de luchar bajo el sol en el desierto, el doctor se hartó y dijo que no iban a poder atenderme. La enfermera entró y me ayudó a levantarme y a vestirme. Ya vestidita, me salí como rayo de ese infierno clandestino. Cuando veníamos en el coche, él estaba llorando con la cara toda arañada, y me decía «Perdón, perdóname...». Yo ya ni le respondía, estaba exhausta, pero igual que el día del menjurje, me sentía orgullosa, orgullosísima porque había ganado otra vez, porque había defendido a mi bebé con garras, como una leona. Pero ahora sí estaba encabronadísima porque ¿sabes qué es lo que más me dio coraje? Que ese maldito me puso trampas para que abortara y seguro que ni pensó lo que pasaría conmigo después, ¿qué tal si sí me hubiera tomado el menjurje ése y me agarraba el chorro de sangre al otro día en la escuela y todos se daban cuenta? ¿O si llegaba la policía a esa clínica pinchurriente mientras me sacaban la vida que traigo en la panza? Seguro que eso ni se le atravesó por la mente. Él solamente quería deshacerse de lo que me está creciendo adentro y ya; si de paso se deshacía de mí, mejor, ¿verdad? Pinche ojete. No, no, a ese culero ya ni los guasaps le contesto, ya lo mandé a chingar a su madre. El otro día me fue a buscar afuera de la escuela, me rogaba y lloraba para que volviera con él, y como lo ignoré el pendejo se enojó y en la tarde me mandó un mensaje con un chingo de amenazas de que le va a contar a mis papás del embarazo.

Me vale madres, la neta, en algún momento se van a enterar mis jefes. Ya no importa, quién sabe qué vaya a pasar. Pero eso sí, de lo que sí estoy segura es de que con ese güey yo no salgo ni a la esquina.

Jumko Ogata-Aguilar

Editada por
DANIELA MARROQUÍN

Jumko Ogata-Aguilar

Actualmente cursa el noveno semestre de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Becaria de la cuarta generación (2018-2019) de la Cátedra Fernando Solana en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, sus temas de investigación giran en torno a raza, racismo, identidad y memoria en México, en torno a la afro descendencia y la inmigración japonesa a Veracruz a comienzos del siglo xx. Actualmente desarrolla su tesis de licenciatura alrededor de estas temáticas y colabora en proyectos de investigación y difusión a través del uso de tecnologías digitales de información en el Centro de Investigaciones Tropicales de la Universidad Veracruzana.

Daniela Marroquín

Interesada en los procesos editoriales, así como en la investigación. Prepara una tesis dentro del área de lingüística. Ha colaborado como editora en diversas publicaciones de divulgación científica y cultural de la Facultad de Medicina en la UANL. Actualmente cursa el quinto semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

El camino de los crisantemos

Ya no sabíamos nada de mi papá, mientras veía a mi mamá irse marchitando de tristeza y desilusión. Todas las noches se sentaba ante la máquina de coser, una luz tenue apenas alumbraba sus dedos endurecidos por los años de trabajo, y unos lagrimones rodaban por sus mejillas. Cuando estaba crecido el río se alcanzaba a oír el tren que avisaba su llegada a Papaloapan con un silbido nostálgico que habría de grabarse en mi memoria para siempre. Aquel llamado sacaba a mi mamá de su concentración, detenía brevemente la máquina y en voz baja suspiraba:

—Ay ingrato, te lo llevaste y ya nunca lo trajiste...

Cuando yo era muy niña tu abuelo se fue a Tabasco, a administrar una hacienda cacaotera porque ya no había trabajo en el pueblo.

Al principio le iba bien, cada mes mandaba dinero y víveres con un paisano, que iba y venía desde allá en su carreta. Traía unos quesos enormes, del tamaño de mi cabeza, y varios metros de tela para que mi mamá nos hiciera vestidos a mis hermanas y a mí.

Pasaron algunos meses y lentamente dejaron de llegar todos esos regalos... y el dinero también.

Me dolía tanto verla llorando por él que le prometí que yo se lo iba a traer, que ya no iba a tener que sufrir por mi papá. Mi mamá creía que él se había regresado a Japón, su tierra, y reía tristemente por la imposibilidad de mi promesa:

—Ay hija, está tan lejos... qué vas a traer a tu papá...

—Se lo prometo mamá, voy a ir por él, cuando sea grande voy a ir por él.

Así pasó el tiempo, cada año crecía más y pensaba en cumplir la promesa que le hice a mi mamá. Sabía que el rancho estaba en Huimanguillo, así que iría allá a preguntar por él a ver si alguien lo conocía y si realmente se había regresado a su país.

Cuando cumplí dieciséis decidí ir a buscarlo. Mis hermanos me dieron dinero para el pasaje, y antes de irme mi mamá me dio la bendición y me dijo:

—Ten mucho cuidado, aquí te esperamos. Que Dios te acompañe, hija.

Salí en tren hacia Isla, donde mi tío Ramón. Nunca había salido del pueblo, pero no sentía miedo de lo que me pudiera pasar. Siempre había tenido a mis hermanos mayores atrás, cuidándome y regañándome por todo, pero esta vez, yendo a buscar a mi papá, era libre. Lo iba a encontrar yo.

Mi tío me recibió en la estación y me abrazó con cariño:

—¡Qué gusto verte, hija! Ya me contaron que quieres ir a buscar a Mariano, le voy a decir a tu primo Genaro que te acompañe, él va a estar desocupado cuando termine su entrenamiento.

Genaro era jugador de beisbol en un equipo muy famoso en Coatzacoalcos, así que lo acompañé a su temporada de entrenamiento. Todo el equipo se estaba hospedando en un hotel muy bonito, en el centro, pero mi primo me dijo que no me podía quedar con ellos porque eran puros hombres:

—Mira, ya hablé con mi novia y me dijo que te puedes quedar con ella. Vas a ver, se van a llevar muy bien, cuando acabe el entrenamiento ya nos vamos tú y yo.

¡Quince días me quedé con la familia de la muchacha! ¿Tú crees? Qué pena me dio...Ni me acuerdo del nombre de la novia, pero fue muy amable conmigo y siempre la acompañaba a ver a Genaro cuando tenían tiempo libre después de

entrenar. Él nos llevaba a caminar a las dos, y hasta me presentó a compañeros suyos del equipo, pero no quise hablar mucho con ninguno, pensando en lo que me había dicho mi mamá. Pero bueno, efectivamente, cuando terminó el entrenamiento nos encaminamos para Tabasco, y yo veía cada vez más cerca el encuentro con mi papá.

Tomamos el tren para Huimanguillo, llegamos en una mañana húmeda y calurosa. Me recordaba un poco al pueblo, porque también estaba a la orilla de un río y hacía el mismo calor sofocante a las ocho de la mañana. Preguntamos dónde estaba la tienda principal y mientras caminábamos por la calle me iba fijando con mucha atención en toda la gente que pasaba. Tenía la sensación de que encontraría a mi papá en cualquier esquina, y sentía cómo se me aceleraba el corazón sólo de imaginarlo. Empecé a sudar frío, frío... ¿Qué haría cuando lo encontráramos? No sabía, pero tenía la certeza de que tenía que llevarlo conmigo a como diera lugar.

Entramos a la tienda y me acerqué al señor que despachaba. Empecé a describirle a mi papá, preguntando si lo conocía y si seguía viviendo ahí.

—Ah, sí, el rancho del japonés.

No lo conocían como Mariano, ni como Jimpei. Para ellos era «el Japonés» y ya. Me dijeron que ahí compraba sus víveres, y que el rancho en el que vivía estaba de aquel lado del río, se llamaba La Otra Banda... que en un par de horas llegábamos.

Caminamos en silencio hasta la orilla del río a esperar a que nos cruzara una lancha, y me senté a ver el movimiento de la corriente. Imaginaba que aquí también se crecía el río y que llegaban los sonidos de muy lejos, que los murmullos que flotaban sobre el agua viajaban igual que la gente, así como se unen y se separan los ríos y el mar. Casi podía escuchar la voz de mi mamá llegar hasta mí:

—Ay ingrato, te lo llevaste y ya nunca lo trajiste...

La lancha no tardó, y y llegamos enseguida de aquel lado. Esperamos a que pasara algún tipo de transporte para allá, pero nunca pasó nadie, así que nos tuvimos que meter a la selva por un camino sin pavimentar que nos llevaría al rancho. Aunque no encontramos gente, íbamos acompañados del cantar de los pájaros y el sonido del viento bailando entre los árboles.

Caminamos como dos horas sobre ese camino, hasta que llegamos a una señal que indicaba una desviación hacia la derecha:

LA OTRA BANDA 1 KM

Subimos en la dirección que nos decía y al poco tiempo empecé a escuchar el trájín del quehacer diario. Gallinas y puercos merodeando por el pasto, niños gritando y unos perros peleando por sobras de comida.

Cuando llegamos a la casa, salió mi papá a recibirnos, extrañado por los desconocidos que lo visitaban.

—Sí, ¿diga?

Mi papá no me reconoció. ¡Mi propio padre no sabía que era su hija quien lo buscaba! Así que Genaro empezó a hablar.

—¡Tío Mariano! Soy Genaro, su sobrino, hijo de Raúl, ¿se acuerda?

—Ah... sí sí... ¿Y esta niña? ¿Ser de otro rancho?

—No tío, es su hija, Namiko. Tiene dieciséis años, lo vino a ver.

—¡Ah, niña! Pasen, pasen.

En la cocina había una mujer a quien yo no conocía, bañando a una niña de unos tres años en una batea, que me dirigió una mirada de desprecio cuando notó nuestra presencia. Empecé a fijarme en los demás niños que estaban en la casa y en cuanto vi sus ojos rasgados entendí que eran mis medios hermanos.

Mi papá decidió que nos quedaríamos a comer, y fue ahí donde por primera vez pude verlo con atención. Estaba muy flaco, como si casi no comiera, y tenía varias hebras grises en la cabellera negra que tenía cuando era muy chica. Había envejecido ya, y aun así tenía que mantener a siete hijos pequeños. Siete hijos, como los siete que quedamos esperándolo en el pueblo.

La mujer sirvió unas presas de pollo en la misma batea en la que acababa de bañar a su hija, y sentí un asco tremendo, por todo lo que podía ver en esa casa.

—Come niña, come.

—No, gracias papá. Vengo todavía muy mareada del viaje y no tengo hambre.

Sólo me tomé un pozol, para aguantar el camino de regreso, y fue cuando decidí decirle a mi papá por qué lo había ido a ver.

—Papá, vengo por usted, para que nos regresemos al pueblo. Mi mamá lo extraña mucho y le prometí que lo llevaría con ella. Vámonos, pues.

Me volteó a ver con una tristeza inmensa en los ojos, como si hubiera tanto que quisiera decirme, pero sólo me contestó en su español entrecortado.

—Niña... yo no poder. No tengo zapatos, ni ropa. No tener nada. Ser muy pobre para regresar.

—No se preocupe, papá. Allá le compramos todo lo que usted quiera. Mis hermanos ya trabajan y le van a dar todo lo que usted quiera.

—No, niña. No poder, no poder...

—¡Pues yo sí me voy con mi hermanita!

Me sorprendió escuchar la voz de una de las niñas desde uno de los extremos de la mesa. Estaba despeinada, tenía las manos llenas de tierra, su ropa era muy chica y estaba muy sucia. No había hablado con ninguno de mis hermanos pequeños hasta ahora y me sorprendió la sonrisa cálida que

me dirigía esta niña, que al escucharme hablar con mi papá, decidió que ella sí se iría con esta nueva hermana mayor, aunque apenas la conociera.

Sonreí al escucharla y le hice una señal a mi primo para que nos levantáramos de la mesa.

—Adiós papá, pronto regreso por usted.

Nos subimos en el tren hacia Veracruz esa misma noche.

Mariana Riestra

Editada por
OMAR PABLO

Mariana Riestra

Estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literatura Modernas (Letras Inglesas) en la Universidad Autónoma de México. Se ha desenvuelto tanto en la docencia como en la traducción con un acercamiento humanista que ha llevado en su trabajo como voluntaria y activista. Sus textos se enfocan en la literatura infantil, la violencia de género, la salud mental y las disidencias políticas.

Omar Pablo

Egresado de Relaciones Internacionales. Aunque su formación es en ciencias sociales, en su tiempo libre prefiere leer y ver ficción, particularmente la especulativa. Sus experiencias como asistente de investigación en su alma máter y como colaborador en el boletín *The Edit* (*The New York Times*) lo convencieron de convertirse, algún día, en editor.

Viaje en Metro

El metro viene lleno. Son las seis de la mañana y ya viene lleno. Suena jazz *bossa nova* de fondo, los relojes tienen la hora equivocada y hay un fuerte olor a cama, a cabeza mojada, a sándwich de algo, ¿es atún o salami? Quién sabe. Algunas vienen maquillándose la cara lavada, se ponen base, sombra, rubor; con un control envidiable, se enchinan las pestañas, y tú no sabes cómo le hacen: un rizador en tu mano a esta hora y con este movimiento sería un arma mortal.

Llegamos a Parque de los Venados. Cuatro estaciones más y transbordas en Mixcoac y de ahí son siete estaciones: si el tren hace dos minutos entre cada estación, once estaciones equivalen a veintidós minutos, más ocho minutos entre el transborde de la dorada a la naranja —con la espera del tren incluida— equivale a media hora. Media hora. Estarás saliendo del metro por ahí de las seis y media. Demasiado temprano. Demasiado oscuro para caminar sola sobre Ferrocarril de Cuernavaca con una navaja en la mano derecha y el gas pimienta que todavía no sabes usar en la otra. No. Ojalá el tren se detenga; prefieres pasar quince minutos más bajo tierra que estar allá arriba sola. Pero la verdad es que tampoco quieres pasar tanto tiempo bajo tierra porque te llena de angustia la posibilidad de que tiemble y el túnel colapse y es que no te quieres morir aquí: entre dos estaciones del metro un martes de camino al trabajo. ¿Traes la tafile?, ¿traes agua para tomártela de ser necesario? No y no. Ni siquiera metiste el lonche a la mochila porque se te hizo tarde porque

tu alarma sonó y la ignoraste porque no querías venir a trabajar, pero como quiera ibas a tener que levantarte y venir a trabajar porque no hay de otra. Entonces fue una pendejada picarle «posponer» a la alarma cuando lo único que eso te dio fueron quince minutos más de sueño y la posterior corredera gracias a la cual lograste salir a tiempo, pero nada preparada. Y vas a estar afuera todo el día. Verga. Vas a tener que comprar agua y comida, gastar en agua y comida, diez pesos de una botella y treinta de algunos tacos o una torta o lo que sea que se te atraviese y usar desechables y contaminar porque eres una persona horrible que se pudo haber levantado a tiempo si tan sólo ya hubiera aceptado que esto es lo que toca todos los días por quién sabe cuántos días más. Bravo. El metro se detiene sin la decencia de desacelerar: frena con todas sus fuerzas y estás a punto de caerte porque ni siquiera con tacones alcanzas a agarrarte bien del tubo; es como si estuvieras jugando a ser adulta y vas perdiendo. Chocas con la señora de al lado y ella te sostiene suavemente del brazo y las dos sonríen intentando ocultar el fastidio y la fatiga porque de seguro está cansada y no dice nada. Te preguntas si estará casada, si tendrá hijos y hasta dónde irá a trabajar. ¿Ella también transbordará en Mixcoac y bajará en San Joaquín? Porque de ser así podrían irse juntas y quizás, en compañía, tener un poco menos de miedo.

El metro vuelve a avanzar lentamente, por las ventanas entra poco a poco más luz artificial y ves que llegan a otra estación: Hospital 20 de Noviembre. La señora de al lado pide permiso y se baja: ahí va tu compañera. Otra vez estás sola en un mar de gente. Frente a ti, sentadas, hay una fila de mujeres jóvenes y viejas; hacen contacto visual, se sonríen y bajan la mirada. Volteas a la derecha y ves en el vagón de al lado a una mujer que se parece muchísimo a tu madre: una mujer pequeña y delgada, con el pelo lacio que le cae poco abajo de los hombros, lentes de pasta gruesa y oscura. Estás

segura de que no es tu madre porque son las 6:07 y a esta hora suele estar cocinándole el desayuno a tu padre: huevos con chorizo, jamón, salchicha o nopales y salsa de tomate, sin falta, todas las mañanas. Además, tu madre no anda en metro. Piensas en ella, en la mujer que hizo todo lo que pudo con la vida que le tocó y te preguntas si te quiere, si le caes bien, si ya te habrá perdonado por irte, aunque en realidad no hayas tenido otra opción. De repente sientes que te haces pequeña y que tu tráquea se vuelve de plomo, que se te vacían y congelan las manos y que se te llenan los ojos de lágrimas. Te convences de que sólo es un bostezo contenido.

Paran la música del vagón, y el infomercial que estaba en la pantalla flotante es interrumpido por un anuncio: PRÓXIMA ESTACIÓN: INSURGENTES SUR. Un montón de mujeres acomodan las mochilas en sus piernas, guardan el maquillaje en sus bolsas, se meten los audífonos por entre la ropa, caminan a las puertas del vagón y descienden en cuanto se abren. Se desocupan un par de asientos y te sientas en uno de ellos a esperar a que avance el tren. Pones tu mochila en tus piernas y sacas el teléfono del bolsillo de la chamarra: revisas la hora y ves las notificaciones de los mensajes que no has tenido ánimos de responder. Han pasado dos minutos y todavía no se han cerrado las puertas del vagón. Esperas. Supones que el lado bueno de esto es que saldrás del metro cuando ya haya amanecido, pero también existe la posibilidad de que, si esto tarda mucho más, llegues tarde y te pongan una amonestación que comprometa tu bono, del cual dependes para comer, pagar el gas y no quedarte sin internet. Miras a tu alrededor y notas que el vagón se ha vaciado casi por completo. Quedan unas diez mujeres y tú; una de las que venían maquillándose ha terminado y se observa al espejo. Se ha pintado los labios y mejillas de rosa. Es bonita. Es joven. Trae puesto el uniforme de un banco: una falda en forma de lápiz color azul rey con un chaleco que combina y una camisa

de botones por debajo; encima de todo, una chamarra que la hace ver mucho más grande de lo que en realidad es. Te preguntas si viste esa chamarra para resguardarse del frío o de los hombres. Comienza a sonar la alarma y se cierran las puertas del vagón. El metro avanza. Bajas la mirada y vuelves a checar la hora en tu teléfono: 6:16. Notas que el último mensaje de tu bandeja de entrada es de tu madre. Guardas el teléfono sin responder.

PRÓXIMA ESTACIÓN: MIXCOAC. Revisas que todos los cierres de tu mochila estén perfectamente cerrados, no vaya a ser. Te abotonas el abrigo. Te levantas casi al mismo tiempo que las otras y juntas se dirigen hacia la puerta. Han llegado. Pones un pie en el andén y hacerlo se siente como levantar la tapa de una olla con agua hirviendo. La gente corre a las escaleras eléctricas que no funcionan y tú caminas a las normales. Se forman filas para subir y tú, tan atlética, subes los escalones de dos en dos. Un hombre viene detrás de ti, volteas y lo sorprendes mirándote fijamente las nalgas; hacen contacto visual y baja la mirada actuando como si el suelo fuera más interesante. Caminas por entre un centenar de gente y ves a la mujer que te recuerda a tu madre. La sigues. Ambas hacen el transbordo de la Línea 12 a la 7. Bajan las escaleras y caminan al vagón de mujeres. Escuchas el repicar de sus zapatos contra el piso gris y reflejante de la estación. Hacen fila detrás de la línea amarilla de precaución. Esperan el tren. La miras y te sientes menos sola, pero más agobiada.

«Ok hija, si quieres yo te acompaño al ultrasonido, me dices».

«¿Estas en tu trabajo?»

«¿Estas bien?»

«¿Oye?»

«¿Todo bien, hija?»

Escuchas movimiento y ves que se acercan las luces entre blancas y amarillas del tren en el túnel. Te volteas a mirar una de las pantallas flotantes que se encuentran a lo largo del andén: están pasando un video musical de alguna banda mexicana de música pop y en el reloj ves la hora equivocada (3:48). Confirmas con tu teléfono y ves que en realidad son las 6:20. Las ráfagas de viento y el estruendo del tren llaman tu atención y te pones firme para no dejar que nadie te gane tu lugar a codazos. Avanzas un poco más y pasas la línea amarilla. Piensas en cómo sería brincar y dejar que el tren haga el resto. Te preocupa lo recurrente que se ha vuelto ese pensamiento de unos meses para acá. Llega el tren con su velocidad usual y la corriente de aire que genera te sacude el cabello mojado. Las puertas se abren y todas se apretujan para ingresar en el vagón. Sigues aletargada y no alcanzas a sentarte, pero te pones contra la puerta cerrada y dejas tu mochila en tus pies. Observas cómo el espacio que hace dos segundos estaba vacío rápidamente asemeja un banco de peces. Suena la alarma y las mujeres que se encuentran en la puerta hacen un esfuerzo por apretujarse un poco más para dejar que las puertas cierren. Sientes cómo todas metemos el estómago tratando de hacernos pequeñas para dejar que otra quepa. Una de las mujeres que se encontraba en la puerta se da por vencida y se baja. Las puertas cierran y el metro avanza mientras el calor va llenando el espacio. El bochorno apenas logra salir por las ventanas semiabiertas que no dejan entrar el aire frío del túnel. Miras hacia arriba y ves el mapa de estaciones de la línea. Siete estaciones para San Joaquín. La mujer que se parece a tu madre va sentada a poco menos de un metro de ti. Observas su cara lavada y sus manos blancas y flacas, venosas y repletas de uñeros, con los pulgares sumidos por las cicatrices, de tanto lavar y secar y quehacer y rehacer. Quizás ella, como tu madre, también se despierta para cocinarle a alguien que no le da las gracias. Quizás ella

también tiene una hija que no le responde los mensajes porque le ganan la culpa y el resentimiento.

La luz artificial del andén en San Antonio entra de a poco por las ventanas y te parece un poco cansado y repetitivo y ojalá hubiera una manera de llenar estos tiempos muertos en este no-lugar. Bajan y suben algunas mujeres y, aunque probablemente hay el mismo número de pasajeras que antes, tú sientes que el vagón se vuelve cada vez más pequeño. Las puertas se cierran y el tren comienza a moverse. Te pones a pensar en qué está ocurriendo en la superficie, en todas las personas que van caminando sin saberlo por encima de los túneles del metro, en cómo vas atravesando casas, edificios, negocios e historias. Piensas en esas historias y en cómo preferirías intercambiar alguna de ellas por la tuya.

Llegas a San Pedro de los Pinos y ves que la mujer que se parece a tu madre se ha puesto de pie y ha bajado del vagón. Piensas en todas las cosas que te gustaría decirle, pero eres incapaz de responderle los mensajes porque te tiemblan los dedos; te parece engañoso decirle que todo está bien cuando te está cargando la chingada, pero no quieres preocuparla y a veces temes que no mentía cuando te decía que eras todo lo que tenía. Hasta eso le quitaste. Sientes que de repente ya no caben tus pulmones en tu pecho y que tus manos están a punto de tumbarte al suelo por lo pesadas que se han vuelto. Sientes que te desintegras y es como si todo tu cuerpo dejara de sostenerse por sí mismo y tus huesos quisieran irse cada uno por rumbos diferentes y hundirse profundamente en la tierra, debajo de los túneles que parece que no te llevan a ningún lado.

Tacubaya.

Constituyentes.

Auditorio.

Polanco.

San Joaquín.

Felipe Saavedra

Editado por
JESÚS TOLEDO

Felipe Saavedra

Estudio sexto semestre de Biotecnología Genómica y creo que la vida es una metaficción escrita por celular. Me gusta la ciencia, la ficción y escribir sobre ellas. Trabajo en un museo divulgando la ciencia y actualmente soy becario en el Centro de Escritura Creativa de la UANL, donde escribo un libro de ensayos híbridos ente la literatura y la ciencia. El libro se titula *Transcriptoma* y parte de la idea de que tanto ciencia como literatura son un fenómeno biológico en constante evolución y explica cómo estos dos lenguajes crean su poética y narrativa de la naturaleza. Me gusta escribir porque es donde estoy aprendiendo a conversar y a experimentar con lo que me apasiona.

Jesús Toledo

Licenciado en Letras Hispánicas, escritor, fotógrafo, docente y editor. Estudia cine documental chileno en la Maestría de Humanidades, ha sido ponente en diferentes congresos universitarios; antologado en publicaciones literarias de la BUAP, becario de PECDA Morelos y de los festivales *Interfaz* y *San Miguel Writers' Conference*. Participó en exposiciones de fotografía documental, pero fundamentalmente trabaja bodas porque necesita comer. Impartió clases y talleres en UP, UABC, Fundación Don Bosco y UAEM. Vivirá su proyecto editorial *Minificción* o morirá en el intento.

Risa felina

un día, esta página, papiro,
va a tener que ser traducida,
para el símbolo, para el sánscrito,
para todos los dialectos de la India,
tendrá que decir buen día,
y susurrar lo dicho al oído,
tendrá que ser la brusca piedra
donde alguien dejó caer el vidrio.
¿No es así que la vida es?

Paulo Leminski, «Aviso a los naufragos».

En las calles y redes lo llaman reventar el susurro. El formato es pequeño y elegante: una cápsula en forma de aceituna negra con un punto rojo, muy suave al tacto por estar hecha de cera refractaria y que en su interior guarda un nano-circuito eléctrico de cuarzo aperiódico.

Las instrucciones de usuario recomiendan lo siguiente:

1. Se requiere desconexión neurológica total de la red, Risa felina es hardware puro y autónomo.
2. Sostenga la dosis con los dedos índice y pulgar.
3. Asegúrese de que el punto rojo apunte hacia afuera.
4. Coloque la dosis a la distancia de un susurro, cierre los ojos.
5. Presione con la fuerza con la que reventaría una uva.
6. Disfrute.

Diagnóstico

El contrato era simple, mi empleador quería saber todo lo posible del kit para segmentar su software, copiarlo y revenderlo. La firma de la presa era Feral y el kit con el que rompió la escena se llamaba «Risa felina». Enganchó al sector productor, ingenieril y administrativo. Ganó tanto en tan poco tiempo que aseguró que su firma sonara divina para los consumidores y demoníaca para la competencia. Una mina in silicio para los de mi calaña. A los que son como yo los llaman topos, excavadores, carroñeros y, más profesionalmente, mineros de datos. Nuestro pico y garras son modelos matemáticos y algoritmos que amaestramos como los extintos cerdos para que busquen trufas. Esas preciosas trufas de datos y metalenguajes que le dan a toda empresa la ventaja en la indómita selva del consumo. A mí me gusta que me llamen carroñera como lo eran los buitres, me gusta porque mi especialidad es indagar en los futuros despojos de cualquier sistema. Espero, sobrevuelo en la red y pienso qué es metabolizable para mí.

Los grandes gremios productores de tecno-estética estaban cerca de quedar desconcertados y obsoletos. Los kits diseñados en grandes laboratorios con sus copias eléctricas, el desdoblamiento físico-químico, las travesías hipotalámicas y las sinfonías de feromonas se volvieron lugares tan comunes como el polvo. Los informes que he logrado sustraer de sus sistemas son extraños y novedosos. Al ser virtualmente inofensiva para el organismo y la psique del usuario, Risa felina pasa desapercibida por las regulaciones del gobierno. Además de que su tecnología es una especie de hardware para grabar micro frecuencias de sonido. No existe algún comprobable rastro virtual, más que los mitos de muchos usuarios. Su trabajo es algo que hace más de ochenta

años no ocurría, un producto muy parecido a una artesanía, algo salvaje.

El problema de la competencia de Feral era que al momento de reventar un susurro el cristal de cuarzo en su interior se reconfigura. Al igual que las antiguas grabaciones analógicas la información se resguarda en un soporte físico, en este caso, un microcristal de cuarzo ahumado. Cuando se intenta analizar con cualquier instrumento la estructura capta el cambio de atmósfera y corrompe la estructura aperiódica del cristal. Esa microfractura emite la frecuencia única de Risa felina. Una serie de colisiones moleculares irrepetibles, esto es, como una palabra al viento. De modo que es imposible copiar o registrar la microfrecuencia. El susurro (como la describen comúnmente) hace volar en una breve pero tremenda tormenta sinestésica. Una vez roto el cristal, la tormenta es perfecta y privada para el consumidor.

Hasta el momento las obras tecno-estéticas son diseñadas de acuerdo con el perfil neurotípico ensamblado con las reacciones registradas por los usuarios. Cada reacción sináptica provocada en los cuerpos es reflejada y transmitida a los servidores de las compañías. Toda obra holográfica o bioquímica está hecha a la medida del consenso que un montón de algoritmos forman cuando devoran pautas electroquímicas de miles de millones de cuerpos. Por eso y por seguridad, todo navegante neuro-estético requiere estar conectado a la red. Es como estar conectado a un encefalograma mientras se consume alguna droga, se sueña o se tiene sexo. De esto sobrevivo, de encontrar patrones en obras holográficas y correlacionarlos con las pautas del placer de los clientes. Es el sistema perfecto, ya que reduce el placer a lenguaje de programación. Gracias a esto, logramos vender un millón de veces la misma farsa hipotalámica. Incluso las drogas son diseñadas de esta manera, pues la interacción fisiológica es computable desde que se descifraron las interacciones

metabólicas del genoma humano. Hasta la carne es explotable si se conoce su código. La ciencia es pura y aislada en su propio caldo de cultivo, pero los susurros no funcionan así. Pues al estar el usuario desconectado del cordón umbilical de la red no hay forma en la que Feral se bañe en el mismo río de datos que sus adversarios. Esto vuelve locos a los de mi oficio, una y otra vez se cuestionan cómo una experiencia tan perfecta no solicita las entrañas de la persona a quien deleita. Es Risa felina una esfera perfecta y hermética para los métodos tradicionales de cualquier minero de datos. Sin embargo, yo no soy minera, soy un buitro al que no le importa planear por el desierto hasta ver cómo se debilita la presa.

Las experiencias con un susurro se describen de formas distintas por cada usuario en los sitios dedicados al culto de Feral. La única similitud aparente es la sensación temporal, descrita como una cristalización viva y a veces vertical de instantes. A los quince minutos fuera de la red, después de la dosis y de la cristalización del plano espacio temporal, le sigue el nacimiento de una cascada de libre asociación de palabras. Fonemas de lenguas que se antojan antiquísimas e incompresibles. A los recién salidos de la experiencia se les llama naufragos. Entre la verborrea y el final del viaje no se queda ningún registro digital o analógico de lo que le hizo el susurro al sistema nervioso.

No soy la única que persigo a Risa felina. Como yo hay otros miles alrededor del mundo, todos formulamos casi las mismas preguntas sobre la composición del susurro sin obtener ninguna respuesta clara. Con los meses el número de investigadores se redujo y el de sus adoradores aumentó. Yo me mantuve en la caza hasta el final, invertí en métodos antiguos como entrevistar a consumidores en persona y grabarlos con antiguas cámaras digitales durante los naufragios con susurros. Sólo mencionaron que en cada viaje tuvieron

la sensación de un sueño hermoso, pero sin recordar nada de ello. Incluso conseguí un antiguo equipo de encefalograma que trabaja fuera de línea para analizar el cerebro de los naufragos. Sus pautas son demasiado erráticas y la única constante es un patrón que concuerda con estudios del sueño de antiguos reportes científicos. Es inútil, Feral los encierra en su universo onírico y al salir sólo regresan con un extraño gesto de gratitud.

Experimento #1

Cuando ocurrió el accidente vivía aún con mis padres en un pequeño departamento ubicado en una de las miles de torres vivienda que se erguían por toda la gris ciudad. Ellos cada día salían muy temprano a su trabajo como técnicos en microalgas. Eran inmigrantes, debían trabajar el doble para mantener y ganar su estatus de ciudadanos. Me obsesionaba al ver la publicidad de la neuro-estética: ¡Coronamos tus sueños y hacemos brotar la fantasía! Así cantaban los anuncios cada media hora en las pantallas. Como hija de inmigrantes el gobierno me obligaba a estudiar en casa con pantallas didácticas. Al terminar mis lecciones salía a recolectar chatarra a las calles. A diario rodaba con un viejo carrito de supermercado por el barrio ingenieril y buscaba desechos de silicio y metal para canjearlos en el depósito comunitario. Así fue como para mi cumpleaños diecisiete logré ahorrar los créditos suficientes como para comprar una coronilla sináptica. Ésta era la sensación entre los jóvenes, la mejor forma de escapar de aquella ciudad que se desmoronaba.

Llegó mi cumpleaños y lo primero que vi al levantarme de la litera que compartía con mis padres fue una nota que decía ¡Feliz cumpleaños! A un lado, un pequeño pastel

de algas. Lo devoré y salí rápido del departamento, directo al piso comercial del edificio donde vendían coronillas sinápticas y kits neuro-estéticos. En ese tiempo ya existían coronillas de todos los colores, texturas y formas: orejas de gato, de conejo, aureolas doradas, coronas de espinas y hasta gorritos con hélices. No importaba en verdad su apariencia, porque todas hacían lo mismo, ser un millón de milimétricos pararrayos en la corteza cerebral. De entre todos los modelos el que yo elegí era de color negro mate con dos puntas chatas que sobresalían como pequeños cuernos. Me la puse sobre la cabeza y medio cerrando los ojos me miré al espejo del aparador. Siempre me pregunté cómo sería el gesto de alguien mientras sueña.

Mi coronilla venía con un código para descargar un kit llamado «Ala negra», donde se vivía en primera persona el vuelo nocturno de un cuervo. Quién diría que aquello sería un presagio. Veía algunos cuando recolectaba chatarra. Son las únicas aves que recuerdo haber visto con vida, saltaban entre el polvo de las calles, levantaban el cuello y abrían el pico para llamar a los pocos que quedaban vivos de su especie. Me encantaba la iridiscencia de sus plumas contra el gris sucio del mundo. Un día encontré uno muerto, guardé varias de sus plumas en mi almohada. De vez en cuando las sacaba para ver su pigmentación con una lupa que encontré en la chatarra. En una lección de las pantallas didácticas, leí que el brillo de las plumas no era por su color, más bien, se debía a que su estructura quiebra la luz en fragmentos de colores.

Llegué a casa y lo primero que hice fue conectarme. Apagué las luces, conecté la coronilla al nodo de red y descargué Ala negra. Todo esto según las instrucciones, siempre me gustaba leerlas y seguirlas para instalar aparatos y programas. La luz lateral de la coronilla paso de rojo a verde. Todo listo, ya sólo faltaba coronarme para sincronizar mi mente con la red y así, al fin, desplegar mis oscuras alas.

No tuve ningún vuelo, fue una tormenta sináptica. Sólo recuerdo un flashazo y un millón de agujas heladas clavadas en mi cerebro. Hasta ese momento nunca había sido consciente de la posición anatómica del cerebro dentro del cráneo, el dolor me dibujó muy claro la forma de mis pares craneales. Mis padres me encontraron en el piso, mientras me retorció como un ave de huesos fracturados. Me llevaron al hospital, estaba casi en coma y trataron de escanearme con otras coronillas sinápticas pero mi sistema las rebotaba. El problema no era el hardware, el defecto estaba en mí. Me internaron durante semanas hasta que mi sistema nervioso se recuperara del trauma. El impacto fue tan duro que tuve que reaprender a caminar y casi perdí el habla. Después de varias pruebas realizadas a la antigua con electroencefalogramas y tomografías me diagnosticaron como parte del mínimo porcentaje de neuroatípicos en el mundo. Mi ritmo neurológico estaba desfasado con el ritmo de las conexiones digitales, un reloj descompuesto.

Nunca podría conectarme directamente al canal donde todos hallaban placer. Me encuentro restringida a lo que pueden ver mis ojos y sentir mi carne, aislada. Así fue como me enamoré de la imagen de los buitres. Después del diagnóstico mis padres me obsequiaron un anticuado proyector de hologramas. Al recuperarme me enfoqué en seguir con la simpleza de las pantallas didácticas y, sin distracciones, aprendí programación. De vez en cuando aún uso el proyector que me obsequiaron. Tal vez por eso elegí este oficio, al comprender cómo se produce el placer, puedo restarle importancia. Sólo puedo analizar la neuro-estética como lo que es: un montón de pautas informáticas ejecutables y rentables. Es sólo una escaleta de código que envía órdenes de encender y apagar a las neuronas de los usuarios, tal como una serie de luces navideña.

Experimento #2

El empleador me citó en sus oficinas centrales. Siempre trabajo a distancia, pero esta vez era un caso especial, muchos de los mineros de datos se rindieron y la tecno-estética no pudo evitar la quiebra. Cuando llegué, vaciaban el lugar, sacaban cajas llenas de prototipos de coronillas, máscaras holográficas y piezas de silicio sin configurar. Este gigante de la tecno-estética era un cadáver que se enfriaba poco a poco. Me hicieron pasar a la oficina del CEO, una sala gélida y minimalista. Estaba oscuro, pero al entrar se encendió una luz amarilla, así pude ver a un hombre delgado, y quirúrgicamente intervenido para conservar su juventud, sentado en una antigua silla de madera.

—Este pequeño fractal nos jodió el negocio y nos alegró la vida —dijo mientras sostenía una dosis de Risa felina entre sus delgados dedos.

—Es una nueva forma de hardware, siempre pasan estas cosas cada cierto tiempo, supongo que habrá que adaptarse —le respondí. Se puso de pie y avanzó hacia mí riéndose.

—Esto no es nuevo, es algo tan viejo como nuestra especie. Deberías probarlo, yo lo hice y, en verdad, me limpió de los deseos suicidas que me provoca esta bancarota. Sé que tú no lo has probado por lo de tu accidente, te investigué, creo que por eso eres una leyenda en tu oficio.

—Sólo vine a finalizar el contrato. —Mostré indignación.

—Está bien, pensé que tú podrías ver algo que los demás no. Pasa con mi asistente, te dará lo que necesitas. Pero antes llévate esto, tómallo como parte de tu indemnización, vienen tiempos difíciles para nosotros. —Me dio una cajetilla con tres dosis, la metí en mi bolsillo. Salí de ahí y las luces se apagaron. A mi espalda, el hombre comenzó a silbar una canción que no logro recordar.

Si era algo viejo y sin conexión neuronal directa podría ser que no me dañe. Me decidí a probarla. Hasta ese día pude comprender el chiste del nombre del kit. Risa felina hacía referencia al ronroneo de los gatos e incluso en alguna cápsula infográfica de la red decía que los gatos ronronean a una frecuencia curativa para su organismo. Tomé un baño caliente y por curiosidad proyecté un antiguo holograma que encontré en la red. El proyector llenaba de colores neón el cuarto de baño mientras el fantasma electroestático de un felino se revolcaba ronroneando entre el vapor. Apagué el proyector y mientras el ronroneo se desvanecía, abrí la caja del kit. Seguí las instrucciones del fabricante y, frente al espejo, después de pensar en miles de formas el punto seis, reventé el primer susurro.

A los quince minutos naufragué de regreso en mi plano temporal. La habitación se enfriaba, pero sentía cómo desde el punto en mi cabeza, donde se encuentra la pituitaria, brotaba calidez que se derramaba hasta los dedos meñiques de mis pies. Era diferente y mejor que todo lo que escuché en la investigación. Era íntimo, incomunicable. Encendí la luz y en el espejo de cuerpo entero encontré escrito entre el agua condensada:

Vientres negros.

No había escrito algo sin usar una pantalla desde que era niña. Nadie escribe hoy en día, sólo se pulsa el caracter. Ni siquiera recordaba que mis manos fueran capaces de escribir de un modo diferente a digitar un comando. No comprendía la relación de una palabra con otra, mucho menos sabía si era una frase entera o un fragmento. Busqué en la red referencias a la frase. Incluso diseñé un algoritmo que encontrara algún campo semántico en el que encajara la frase o alguna de sus

palabras. Como es natural, encontré un montón de resultados, pero ninguno parecía coherente con el sentimiento que evocaba en mí. Reacomodaba el orden de las palabras de todas las formas posibles, las leía en voz alta y susurrando, pero ninguna permutación de sus caracteres tenía la fuerza de la frase original.

Al día siguiente reventé el segundo susurro. El naufragio fue diferente, pero la impresión al final fue igual de magnífica. En el espejo leí nuevas palabras que tenían la misma fuerza que las anteriores:

Nacen de cadáveres.

Apreciaba la conexión y el éxtasis que aumentó al pronunciar las dos frases, una detrás de la otra. De nuevo alimenté a mis más feroces deseos sobre la consciencia de algoritmos, fragmenté la frase en mil pedazos tanto fonéticos como gramáticos. Sin encontrar algún resultado que me hiciera sentir algo. Necesitaba más, estaba agotada por no dormir en dos días, así que tuve un sueño profundo que me ayudó a esperar el tercer susurro. He pasado años sin recordar un sueño, pero esa noche me soñé de niña, mordía una manzana, después la dejaba sobre la mesa, para ver cómo descendían pequeñas moscas. Con ellas compartía mi merienda.

Lloré y sonreí tras el tercer susurro. En mi espejo leí:

Aman el rocío.

Estaba completa, sea lo que sea que Feral haya inventado, estaba completa. Lo repetía dentro de mi cabeza y no perdía sentido alguno a pesar de no evocar alguna imagen lógica. Solo sentí en mi vida algo parecido cuando lograba desarrollar algún algoritmo extenso y complejo. Pero esto era diferente, pequeño y poderoso.

*Vientres negros.
Nacen de cadáveres.
Aman el rocío.*

No necesité de ningún algoritmo para descifrar su métrica. Ocho palabras que forman tres frases, una de cinco sílabas, otra con siete y una más con cinco. No riman, a nadie le importa, pero resuena como un nuevo presagio.

ellipsis

Volume 2 Short-story anthology

ANA LAURA BRAVO PÉREZ
JUAN CARLOS BUENROSTRO
ALEJANDRO CÁMEZ
ANDREA CAPETILLO CONTE
ÁNGEL GAMALIEL FIGÓN
GABRIEL HERNÁNDEZ
SUJAILA MIRANDA
JUMKO OGATA-AGUILAR
MARIANA RIESTRA
FELIPE SAAVEDRA

ellipsis

Volume 2 Short-story anthology



Copyright © British Council México
Lope de Vega 316
Col. Chapultepec Morales
c.p. 11560
Ciudad de México
México

<https://www.britishcouncil.org.mx/elipsis>

Copyright © Fundación Hay Festival de México
Cerro Mesontepec #75
Col. Colinas del Cimatario
c.p. 76090
Querétaro
México

www.hayfestival.org

Editorial design and Interiors layout: donDani

Texts translated by:

Robin Myers: Andrea Capetillo, Juan Carlos Buenrostro,
Mariana Riestra, Sujaila Miranda

Andrew Adair: Alejandro Cámez, Ana Laura Bravo, Gabriel Hernández

Ellen Jones: Ana Laura Bravo Pérez, Ángel Gamaliel Figón,

Jumko Ogata-Aguilar, Felipe Saavedra

Printed in Mexico

ellipsis

Volume 2

Writers

Ana Laura Bravo Pérez
Juan Carlos Buenrostro
Alejandro Cámez
Andrea Capetillo Conte
Ángel Gamaliel Figón
Gabriel Hernández
Sujaila Miranda
Jumko Ogata-Aguilar
Mariana Riestra
Felipe Saavedra

Editors

Roxana Aguilar
Irene Alvarado
Isis Hernández
Carmen Carrillo
Yosbeli Delgado
Luisa González
Valeria Guzmán
Daniela Marroquín
Omar Pablo
Jesús Toledo

Contents

Ana Laura Bravo Pérez / 11

Human Poison

Juan Carlos Buenrostro García / 23

When Scorpions Sing

Alejandro Cámez / 37

Flash Tears

Andrea Capetillo Conte / 47

Caelum

Ángel Gamaliel Figón / 55

The Howl of the Coyotes

Gabriel Hernández / 67

Our Kingdom

Sujaila Miranda / 79

Relax, Sweetie

Jumko Ogata-Aguilar / 87

The Chrysanthemum Path

Mariana Riestra / 95

A Trip on the Metro

Felipe Saavedra / 103

Feline Laughter

Elipsis, bread and books

Books! Books! It's such a magic word,
equivalent to say: "love, love".

FEDERICO GARCÍA LORCA

In one of the most famous discourses on books and the act of reading, "Half a bread and a book", Federico García Lorca states that he feels much sorer for a man who wants to gain knowledge and is unable to do so, than for a hungry man. In times like these, in which access to knowledge has been (falsely) massified and, in a certain way, become more superficial, Lorca's great piece has become urgent in countless ways: we have convinced ourselves that we have knowledge because we download information and carry it everywhere in our smartphones; we have convinced ourselves that we know how to read because we can type keywords on internet browsers, or on e-books; in general, we have mistaken portability for sensibility.

Which is the reason why projects like Ellipsis become more urgent and relevant within a world in which everything comes easy and fast, such as ours, where information is catalogued but not read, in which we include it in various taxonomies, but are unable to feel it. Within the context of the Hay Festival in the city of Querétaro, and with the enthusiastic and professional support of the British Council, as well as editors and writers, a group of young people gathered to undertake a strict –yet loving– dialogue with words.

The possibilities embodied in that dialogue have borne a fruit: the book you're holding in your hands, which gathers sensibilities, stories and texts that talk about the concerns that are important in our times and the recovery of our stories. If the contents of the books we write give name in a certain way to what we are, in this volume we find a collection of stories where we find discussions on abortion, deserts and pandemics, artificial intelligence, the rough traits of the everyday world and dystopias.

Lorca recounts that when Dostoyevsky was held prisoner in Siberia, he'd ask his family for just one thing: "Send me books, books, many books so that my soul doesn't die!". In some ways, the precept of the great Russian thinker still holds in a world dominated by commercial and utilitarian literature, in which we usually die out overwhelmed by information.

Which is why, in order not to perish, we need honest stories, that remind us that art and literature are meant to be like a tremor, a rapture, or maybe a restrained tension in which we reflect ourselves as if it were a mirror. When a reader takes a book and immerses himself in the avatars told in its pages, she can't lie to herself. And just the same as nobody plays a game in order to lose, no reader reads in order to not believe what is taking place in the pages she has in front of her. Here we have, thus, a bunch of stories in which we can believe, to learn about them and learn about us in them, to shudder; these are stories checked by experts, but written, as is stated in Lorca's epigraph, with the love that can only be held towards the tales that encompass us, the look that makes books both our own and indispensable. The look that turns every piece of writing into an act of love.

ANTONIO RAMOS REVILLAS
Director
UANL Publishing Department

Prologue

I came to Quéretaro as the Hay Festival's International Fellow to take part in a whole range of literary events, but the time I spent with the group of young writers on the Ellipsis programme, whose work is to be found in this brilliant anthology, has become one of the most enduring memories of my brief time in Mexico. You never really know what will happen when you enter a room to give a writing workshop. In Quéretaro, where I'd arrived after a very long haul flight, I really had no idea. What I found was a group of highly engaged young writers positively fizzing with talent, with important things to say, and with the passion to sustain the hard work of writing. The combination of the three things is rare, the combination of the three with the addition of access to a programme of workshops in writing and publishing, like the Ellipsis programme, is literary dynamite.

In the days when I first started writing, one of the things I most needed to learn was how to trust myself as a writer. So, when I had the huge privilege of meeting these young writers, what I wanted more than anything else was to encourage them to bring a sense of playfulness and freedom to the writing process and to trust in their own work not as something planned and managed but as something wild and free. What can a writer really achieve when given an hour or two to give a workshop with some new writers? It's not as if we could generate a finished work together in that time, is it? I aimed to at least give some sense of permission. Permission

to write, permission to say things that you don't expect to say, and that you haven't planned on expressing. I wanted to teach them to improvise, because so often writing gets overtaken in schools and colleges by the need to teach literacy, and becomes therefore something regimented and carefully managed. We are so used to trying to do it correctly that sometimes we fail to just enjoy it and allow it to set us free.

The thing is about writers, is that they look very unassuming until they start to generate words. It wasn't until we began exploring some verbal creative games—ways of generating words, and of switching off the editor to throw ideas around, that the room exploded with their energy. The place almost bubbled over. There was not a jot of fear.

This exceptional group had been chosen from all over Mexico to attend the programme, and the diversity of the group represented some of the great range and scope of young Mexican experience. For me, as a transient visitor, the impression I got from the embryonic pieces they shared that day, was an impression of absolute commitment to creativity and to writing. As we began to put pen to paper, with prompts that were generative and playful, I was surprised that many in the group produced work that was ready, even at such an early stage, to be shared. There was a tremendous vitality to those words even then, and when I was sent this anthology, and had the huge honour of reading it, that vitality was one of my primary impressions of their work again. In these pages I have found wonderfully original stories of great beauty, sadness, hilarity and extraordinary wisdom. What a pleasure to see these words take flight.

ALYS CONRAN

Ana Laura Bravo Pérez

Edited by
ROXANA AGUILAR

Ana Laura Bravo Pérez

A literature student in her last semester at the UAQ's Department of Languages and Literature. She participated in the 2017 Hay Festival as a host, and she spoke at the 2018 Conference of Students from Border Areas at the University of Tarapacá (Chile). In addition to literature, she is passionate about teaching and has worked as a counselor for students with learning disabilities. She has lived in various cities in Mexico and Chile, where she has actively participated in academic and cultural life. A lover of film, especially documentaries, she enjoys exploring "reality" from different perspectives. Along with fiction, her favorite literary genre is the *crónica*, fusing literature and journalism to create an experience more than the act of reading alone.

Roxana Aguilar

Resident of San Luis Potosí, state capital. More *potosina* than a cactus, as the saying goes. She is in her ninth semester of a BA in Spanish literature and language. She has loved literature since she was a child, but it was at the University of Granada, Spain, that she discovered her passion for editing and the publishing world. Children's and young adult literature enthusiast, she hopes to pursue an MA in publishing so she can edit children's books and create a publishing house specialized in Mexican literature for children and young adults.

Human Poison

For *them*, n^2+7 was neither dead nor alive: in their language, there is no concept to differentiate that which, from our human perspective, seems fundamental. n^2+7 was no more than a pile of carbon that they observed to obtain information from time to time. And as if manipulating her body to the point of killing her wasn't enough to satisfy their curiosity, they would continue destroying her just a little bit at a time. It didn't bother them a bit to amputate her arm, punch a hole in her cranium or rip out a kidney, as if they had cut a plant to dry it out between the pages of a book. At times, I wondered when they'd stop.

When I found her, disassembled on that cold metal table, I almost didn't recognize her. A scream was frozen on her face: her eyes seemed to escape from their sockets and something pulled from the corners of her mouth, stretching her lips into a sad curve. It was almost impossible to confuse her with the n^2+7 I'd known: her tense spine, like a violin string, raised, and her eyes squinting because she wasn't used to the artificial light. She seemed to experience a permanent state of anger. Or did I confuse rencor with nostalgia?

Would she have recognized me? Could she have distinguished me from the other lab rats? It's true that I ran into n^2+7 on more than one occasion, but we never spoke. I would have never known who she was if they hadn't killed her. Now, as I think about her while I watch the stars, the imprecision of my memory combines her final days on board with mem-

ories that I imagined of her life on Earth: that story the Terrorist told me when I helped him set her free...

Not long before n^2+7 was deleted from the halls, *they'd* published their most recent invention. It was a mind reader with which they intended to recuperate minimal expressions of the past via a complex process for the materialization of objects. *They* installed a low platform in the Feeding Zone, which also served as an auditorium, and in the center of the platform sat the experiment's first participant: a severe redhead, serious, who used to eat while staring at his reading tablet, avoiding all interaction with the real world. They wrapped his head in a metal ring that covered his eyes, clinging to his temples with two pieces, quite like screws, one on either side of his pale forehead.

I'm not sure where n^2+7 was sitting, but I try to fill in my memory and I imagine her in the seat, with her legs in a lotus flower and her expression of boredom, hoping they'll finish soon so she can leave and draw in secret, or maybe continue wandering, as if she were lost, in search of an exit. I understood her claustrophobia too late: there's no prison as interminable as the one of space. When I chose to board I thought I was escaping. From the war? From our dying planet? Maybe from fear itself.

When they triggered the mechanism, five points of light illuminated around the head of the participant: first white, then yellow and finally red. A vibration emanated from the ring and dissipated in the air. Then the redhead screamed and everyone's gaze, including n^2+7 's, belonged to him and only him for ten whole seconds.

In my mind, the memory of that scream brings me to another one, even more distant, which I never heard. I think of a watch like the ones in old times, that tries to move forward but only goes backward: its hands turn, tracing a circle with their steps, orbiting like satellites with their hands inter-

twined... The memories that I created of n^2+7 intertwined with the vague past we share. There, a group of kids sings between laughs and little suppressed yelps, and n^2+7 (who isn't yet called as such) will move around the circle with a sharp anguish and make her move when they least expect it, choosing someone to compete for her turn in the ring. The suspense captivates her attention, it slows her steps like those of animals when they suspect they're being hunted. Their hearts push them forward again. They turn right. They force their miniscule gears.

When n^2+7 runs, the screams explode and spark through the air like flares. The one who she chose runs as fast as its skeletal legs will allow. It's unacceptable to lose against a hairless little girl. His fellows yell to him that he can't let her win, but he winds up second. The bald girl triumphantly joins the group of children. She starts to feel part of the game until the child to her left refuses to take her by the hand to close the circle: "Touching you is disgusting, you could get me sick."

The other children laugh, including the emaciated ones and the one that uses a mask to breathe. The bald girl pants and nears her aggressor. She wants to hurt him, deal him a blow, but she doesn't manage to free up her right hand. She turns and discovers the girl that holds her back, whose scared eyes seem to ask her not to do it; to say that her father had done everything he could to avoid them from being thrown out of the encampment for being combative; to ask that, this time, she contain herself. But the bald girl is all fury and bloody knuckles, and she doesn't know how to forgive. With a force disproportionate to her age and her precarious diet, n^2+7 grabs the girl to her right and, in one two-handed hit, punches the cheek of the boy that made fun of her, knocking him to the ground. The girl that tried to stop her falls to the floor from the same burst. She holds her hand to her chest

and bawls: because of a miscalculation, the bald girl has broken her fingers.

The redhead's scream was similar. A scream that seemed to be drowned out by the sheer sound of his sobbing, one that no longer cried for help, but rather for the pain to subside. But the clock marched on and he couldn't free his hands from the metal handle in which they put them when the experiment began. The participant writhed and screamed but couldn't defend himself. The rest of us observed as scarlet tears stained his face. We had gotten used to the spectacle of our fragility. Like when I found the body of n^2+7 hanging from the ceiling, strung up by cables running through her wrists; or when I found an empty eye socket in her face, or an aperture in her abdomen that revealed her intestines. It hurt less each time, or each time I believed to understand it all a little better.

In their language there was no vocabulary for expressing pain. For *them*, the closest thing to human suffering is the trouble of not being able to remember something forgotten. When this happens to one of *them*, the individual isolates itself in silence until they find their lost thought; if they don't achieve this, they turn to medicine and other healing therapies which they consider a breaking of the mind. In my time aboard, this affliction has come and gone with the same frequency as a cold in a community on Earth: annoying, but routine.

If n^2+7 had wanted to tell them the story of her life, it would have defied translation. How could she tell them what she felt when they exiled her with her ill father? How to define the helplessness without the words that were missing from her vocabulary? Because any earthling knows that to live outside an encampment after the war was to expose oneself, not only to the inclement weather altered by radiation, but also to

the violence of the other nomads: those shadows that would hunt you amongst the trees and ferns, who at nightfall would make themselves visible, like ghosts. Those guns were real as well as those bodies that dropped their full weight on n^2+7 , that hurt her, that didn't cede to her little girl's blows. How many Earth years old would she be that morning when, on waking up, she found that the nightmare was real?

With her father badly hurt from having being dragged and half of her body destroyed, the little bald girl gathered the energy she had left to find water and keep herself alive. She'd never been so thirsty in her life. Somehow she'd held onto the desert of her mouth in order to not drown in the cruelty that had flooded her gut. In that moment she wanted to feel that thirst, to drag her tongue across her palate, to find it dry and in that feeling, forget everything else. However, when she heard the murmur of a stream, she could no longer contain herself. The new tears wiped away the traces of the nighttime sobs. She leaned toward the water and gave some to her father; then, n^2+7 drank, rinsed her face and filled the canteen they hadn't stolen. She thought her father had fallen asleep, but when she wanted to get back on the road, he didn't wake up...

There is no word in any language that I know to describe the point in which, after having suffered so much, one can no longer feel pain. The tears run dry and the heart gives out, but it continues beating, like a clock that doesn't recognize the end of time. Perhaps that's why n^2+7 preferred not to tell her story. She refused to let *them* teach her their language: silence was the shape of her vengeance. We'll never again hear the whistling sound that, they say, characterized the speech of the region n^2+7 inhabited on Earth.

The following seven participants of the mind reader also died without the experiment even producing their results.

Just as had happened with the redhead, their brains melted in their head and they bled through the nose and ears just before their eyes exploded. That was the end.

The bodies piled up on the floor of the laboratory, they opened their skulls and collected the pink blob to which their encephalic mass had been reduced. They proceeded to open their bodies and fragment them in various ways, as if they sought to find within them the reason why their invention would continue to fail. When they had decomposed and swelled up too much, they ejected them in a waste capsule without a funeral or goodbye. The irony of the universe is that, despite being infinite, there isn't enough room for the graves of such insignificant beings.

n^2+7 must have died in the course of the failed tests. She passed away tied to a bed while *they* moved through her body with metallic objects and let her blood drip to the floor. Few noticed her absence.

Some time after her death, I arrived at the laboratory and discovered a man trying to lift n^2+7 . She wasn't heavy, but her legs were nailed to the table and he was trying to pry her up. I told him that doing it that way would break her. He turned to me, startled. The fear distorted his face, so it took me a few moments to recognize him. With a shaky voice, he begged me to help him...

Although *they* seemed incapable of perceiving the stench of fear and burnt flesh that overwhelmed us ever since the bodies began to pile up, their repulsed reaction was identical to ours when they discovered the first trace of color that we'd all seen since we boarded. On a wall in the Feeding Zone they found a little drawing of flowers and butterflies. We looked at each other with consternation. The question wasn't who, but rather how they could have done it: we hadn't seen a pencil since Earth, much less a whole palette of colors... The painting should have gone extinct, along with civilization,

when the war exploded. But there it was, right in front of us: that of which only the historical archives stored memories.

They rejected it immediately. *They* interpreted it as an act of rebellion. For my part, it made me feel vulnerable, as if whoever could do something like this would also be capable of guessing my thoughts. It was a different fear from one of being annihilated; perhaps a fear like love, which in another time provoked the most absurd acts of our race: a dangerous error.

The Terrorist attacked once again before the results from the lab proved that the painting was not composed from any Earth elements. Outside of human blood, the rest was space material: samples taken from distinct planets that had been explored during the journey and that they used to store in the Memory Zone, which had been robbed.

They forced us to empty our dormitories and undress. They inspected our scarce few possessions with no luck: menstrual deposits, a moonrock, a piece of fabric that might be earth clothes, a book made of paper (an extremely rare specimen, confiscated for later analysis), a paperclip and a tooth. They checked our bodies with a space material detector and discovered that a Chinese person had hidden a chip with confidential information in his belly button. Without any inquiries, they shot him right there in the moment, in the very Feeding Zone where they had congregated us.

The following day, the Terrorist drew the face of the Chinese man in the space where the main hallways crossed. We'd never seen him smile like that while he lived among us, but his happy portrait provoked profound emotions in some and caused them to be indisposed for the rest of the day. The drawings continued: more flowers, more birds and other animals that had gone extinct before any of us were born on Earth. We felt assaulted, as if the Terrorist were trying to penetrate a vault hidden within us...

In my imagined memories, the bald girl takes refuge from the acid rain among the monstrous roots of the radioactive jungle trees. She uses her father's coat as a blanket: it's big enough to cover her completely. She curls up in a fetal position and lets her wail blend into the sound of the rain until she falls asleep. She dreams of her home, of the soft hands of her mother, of her hair... And every time she wakes up, it's more difficult. She's hungry. There's also no word for that in *their* language. The closest thing is the expression they use to call us to the Feeding Zone: bodily maintenance. They don't distinguish flavors and their food is based on an accumulation of nutrients and energy, never on cravings or gluttony.

The bald girl follows the squirrels and the birds to procure seeds and edible roots, occasionally insects: they don't fill her up. She risks her safety by robbing a little bread from a group of distracted hunters. She winds up vomiting this stolen treasure: too much food for a body so frail. She dreams of her mother offering her a fresh apple for breakfast and when she opens her eyes she can still taste the apple in her mouth, but only the hunger is real. After many days at her limit, one morning, she can't manage to stand up...

A man tried to lift up n^2+7 when I arrived at the laboratory that morning (or what would be morning, because aboard there is no dawn). I'd seen his face before, in the Feeding Zone and in the hallways: an Australian with Southamerican blood and almond-shaped eyes. I ask him what he proposes to do and he says he just wants to be sure that n^2+7 would rest in peace. I answer that she's already dead anyways, she can't feel anything, and he breaks down in tears.

"She doesn't deserve this." He points to the nails in her legs and the little laboratory that surrounds us. I cut off his speech because I feel footsteps approaching. I take him to a closet of utensils and ask him to wait. *They* enter. They take

their places and manipulate n^2+7 's body. They set her back upright, held up by a few cables that cut through her armpits and come out through her shoulders toward the ceiling; her legs stretched forward, still pegged to the table; her remaining eye open.

They adjust the mind reader around her bald head and it lights up white. A black woman that knows a sister language to n^2+7 's enters, followed by one of them. They make her sit next to the cadaver and the others observe with their backs to the wall. The woman pronounces a word that sounds like a whistle. The points flicker. She repeats the word and the reader begins to spin...

The bald girl awakens, incapable of moving her body and, suddenly, several sets of warm hands pick her up by her back and lift her as if she were floating on air. n^2+7 , who still isn't called as such, thinks she no longer has anything to lose. She lets herself be lulled to sleep by her captors and, on waking, finds herself in a cave full of drawings on the wall... they fill her mouth with honey and seeds. Curious eyes watch her, blinking, like stars in the darkness. A torch half lights them. As they change her clothes, someone sobs having found the scars on her little body. They clean her wounds. They blanket her and, in that whistle-like language that will silence oblivion, whisper to her that she can stay with them...

Home, is what the women next to n^2+7 repeats. *Home*, the Terrorist would later translate it. The reader rotates. Clicks. It lights up yellow and, finally, after eight failed attempts, green. A spot, like black smoke, appears in the air at head height. Thick, it condenses, turns orange and later red. It has the shape and size of a closed fist. It twirls, gathers definition, solidifies: the first apple materializes thousands of light years from Earth. *They* ask themselves what it means. They call it flower, they call it fruit, nutritious and red ellipse, without being able to grasp it with their words. The expres-

sion on their faces says what they refuse to accept: there are things that can't be understood through reason.

When they leave, the other passenger and I free n^2+7 . Her face is intact, but her remaining eye sheds a nearly dry tear. He takes her in his arms and I follow him to the waste port. He puts her small body in the hatch and takes a metal box from his suit: colors. With his fingers he paints lines, points and patterns on n^2+7 's skin. I want to know why he does this and he responds that she showed him how to make others see what was inside his head. I ask him if it works like the mind reader and he says no, but that if I want, I can learn too.

I imagine n^2+7 's hands full of pigments, tapping the walls; discovering silhouettes, traces, petals. Little plants and animals sprout from her fingers, they play in the shadows, they light up the cave. They are radioactive rock dust; the collateral miracle of the war.

On finishing his drawing, the Terrorist opens the hatch and lets the body of n^2+7 go. It floats in the darkness and only its colors distinguish themselves until it's too far away. When her spirit can no longer hear us, the Terrorist tells me, in human words, the story of that girl who barely escaped the war. He tells me how, when she had nothing left, a group of subterranean survivors found her. They taught her things that all humanity had forgotten. She thought she'd found her home, until one day, while gathering food, she stumbled on this ship, hidden in the jungle.

Juan Carlos Buenrostro García

Edited by
IRENE ALVARADO

Juan Carlos Buenrostro García

Studies art and cultural management sciences at the UAA. He is a two-time winner of the UAA's National Art Criticism Contest: in 2017 for his essay "Sobre el cuerpo velado" and in 2018 for "El dolor y la gloria." Both texts were published in the Aguascalientes edition of *La Jornada*. He was a finalist in the Miguel León Portilla Contest, organized jointly by Artes de México and the UNAM, for his text "Flechas de peste." He has taught introductory art appreciation classes at FeNaL 2016, FeNaL 2018, and the UAA's University Book Fair 2017. He has spoken at events such as El Amanecer del Arte UAA in 2018, FeNaL 2018, and FeNaL 2019. Additionally, he has been a panelist at various colloquia and conferences, most notably at the II Student Colloquium of Art and Culture (2018), held by the University of Guanajuato; at the I Nextia Festival, where he was named best speaker, in 2019; and at the I Student Colloquium on the Anthropology and History of Religion, in 2019, run by the National School of Anthropology and History. He has contributed to the preventative conservation and restoration project at the Aguascalientes Cultural Institute's (ICA) since September 2017.

Irene Alvarado

Irene Alvarado, age 27, is from Cuatla, Morelos. She is currently in her last semester of a BA in Spanish-language literature from the UAEM. She was the first-prize winner in the 2018 Las Lunas de Octubre National Short Fiction Contest. She has published a story and various illustrations in the digital magazine *Metáforas al aire*. She enjoys writing, publishing, translation, and editorial design.

When Scorpions Sing

Coins scattering, the sound of his zipper opening, the cadence rising from his ribcage—it sounds almost musical. He's as agitated as I am; I can tell by the steady hammer of his heart and by the erection I discover when I finish pulling down his pants. As I slip off his shirt, I catch a glimpse of a tattoo on his inner forearm: a woodcut-style scorpion, an old xylograph. I'm suddenly flooded by a couple of memories. As my bad luck would have it, I remember the story my aunt told me when I was nine years old. According to her, scorpions chirp like crickets to trick and then eat them. I never really took her seriously, and I had even less reason to believe her after an argument on my birthday two years ago.

A visit from my boyfriend at the time, uneasy glances, a couple shouts, muffled howls, words that showed us their hatred, knives shaped with their tongues, trust, and ways of disappointing me. There's no need to repeat what happened next. You get used to your family's ways, even if they never get used to yours. It's a shame—my aunt and I used to be great friends, or at least that's what I thought. Maybe we were never so close after all. The need for affection leads to constant cycles of self-deception. We lie to get along, to learn how to love; we even lie so we can learn to heal and let go. In the war of blood relations, I feel the weight of my aunt's falsehoods, no matter how much she smiles and flutters her lashes as she speaks them.

Life would be easier if one day I just didn't come back; if my face were to disappear from the portraits hung, with hypocritical pride, on the walls of my grandmother's house. Life got its way, and mine. I'm supposed to board a plane tomorrow. I'm traveling far: to the prefecture of Akita, Japan, as far away from them as possible, the closest place where I can learn Butoh. I shouldn't be here now, feeling the weight of his chest, but he insisted on having a drink at his place, and I'd be lying if I said I didn't expect to end up in his room. I can't remember his name, but I don't need to, and I don't think he'll miss mine, either. His insistent gaze, our conversation after the post-war Asian dance performance—he smelled of grapefruit and incense, and now he smells of my sweat and our dry saliva.

He commented on Butoh, post-war photography, some aesthete, and a baroque painter, which is what got me interested. We have weaknesses in common: painting and dance are two of them. He's arrogant because he knows he's attractive, an assertion I share. He's bald, with an angular nose and brown skin, his face defined by a dense beard. He thinks he has the features of some Bedouin relative, but his accent sounds just like mine. There's a certain self-importance in the way he talks. He tossed off monologues about his studies in some cultural field. It's so ironic, memory—I can't remember his name, but I do remember what he does when he's not trying to convince boys to join him for a glass of white wine. Usually I'd be put off by that, but I tricked myself again and we ended up drinking from empty glasses. No wine in sight.

The choreography of desire leads us to the bedroom. It's small but nicely decorated: gray paint, dim lighting, a couple paintings I don't recognize. I'm struck by the painting over the headboard. I imagine it's by one of the Caravaggisti, but I'm not sure.

“Who's that by?”

“Gentileschi. *Jael and Sisera.*”

I take a sidelong glance at him. Now I’m focused on the little circles he’s tonguing around my pink areolae. He sniffs my mouth and licks my armpit, takes hold of me hard and turns me around. He tears off my underwear and pushes me onto the mattress. He’s a little rough. He pushes me again, aggressive, pressing my back flat onto the bed. I thought we’d feel like equals, once we were naked, but I feel small beside him. He stalks me like a demon, like in a bad dream. He concentrates on exploring the cartography of my body with his fingers, presses down where he shouldn’t, and uses his strength in ways that hurt me.

He’s impatient. It’s like he’s attacking, waiting for me to do things I don’t want to do. He says he likes to dominate, but of all the prisons I inhabit, I’m not going to be a stranger’s captive. He consumes me with his teeth and poorly executed kisses. He rises to my face, traveling miles from my legs to my eyes. I realize I’m not even hard. He interrupts my thoughts, expecting me to take his dick into my mouth. He doesn’t ask, doesn’t beg: he commands.

By force of habit, I obey. Why do I do it? He’s kneeling on my chest. It’s grotesque, the pressure he’s applying onto me. My eyes tear up a bit and I feel as if my jaw were dislocating—not a rib, thankfully. An old fear of mine. A year ago, I witnessed the dangers of trauma up close. A fellow dancer botched a jump and fell onto his side instead of landing on his feet. His own weight broke his right ribcage. In a final act, his bones punctured his lung. I remember his intermittent panting until he lost consciousness.

Suddenly, I’m shaken out of my recollections and return to the present. I feel the weight of his hand. He strokes my face and I turn my teary eyes to meet his, which are dark, tyrannical, completely devoid of compassion. My gaze whispers “Stop”; his shouts “No.” We’re enemies and I hadn’t

noticed. We're ablaze, but not with pleasure—at least not mine. My body no longer belongs to me. I've submitted it consciously, and now I regret it.

He keeps going and my throat buckles, burning, overtaking me with pain. Enough. That's enough, I decide. I gather my strength and try to push him aside, but I give up after a couple attempts. He's a bull and I'm a hyacinth. Suffocation, reflexive gags, a pendulum that sways faster and faster over time, the taste of charcoal, and then it's over at last. The minotaur collapses beside me, caresses me with his claws, and travels from my abdomen to my perineum. Before the chaos can continue, I get up, grab my pants, pull on my shoes, adjust my shirt, and collect my coins.

"You leaving?" he spits, as if he didn't know what he had done.

I stutter something. My molars and my ears hurt too much to express myself coherently. I take out my cell—the battery's dead, which means I'll have to take a cab. He yanks on his clothes and says he'll come with me. No, I answer, but he repeats himself until I relent. I imagine he's starting to grasp his actions and wants to repair something. It doesn't matter now. We go down the stairs from his bedroom to the living room. There's a clock by the front door; it's around one in the morning. Next to it, there's a black and white photograph. I know it well: "Kamaitachi #2," by Hosoe. He'd mentioned it a couple of hours prior: the image of Hijikata on top of an unknown woman as she stifles a shout.

I turn toward him. He looks at the door a couple seconds longer than what seems normal; his eyes hesitate on the knob. After wavering for a moment, he moves toward me with determination. He grasps my arm and hands me a hundred-peso bill. What am I supposed to do with a hundred pesos? He ejects me from his home. My last glimpse of him is the scorpion on his arm. The idea of wanting to remedy

something vanishes from my mind. I can't say I'm surprised. He's as cowardly as he is arrogant. He must be terrified to be found with me, that my mouth would say too much, that he would be forced to explain the state I'm in. Unfounded fears. My strength is gone. All I want to do is make it home and go to sleep.

I don't know this part of the city very well. I think my aunt lives around here. I haven't visited her for a long time, and I don't even remember the name of the street or how to get there. I doubt I'm much safer inside his apartment than out here. I know there's a major road up ahead, which is the route we took from the theater. If I walk for a few minutes, it won't be hard for me to find a taxi. The road is deserted, illuminated by a couple streetlamps and the light from the bedroom I just left. The wind is strong and almost as choppy as my breath. I watch the trees sway as I try to find a cab.

I've walked a block, maybe two, when I realize someone's following me. Maybe he's lost, too, and looking for the main road. I consider stopping to ask if he knows how to get to the northern part of the city. I'm still standing, tormented by the pain in my jaw, trembling a little as I hug myself to keep warm. It's freezing. The approaching stranger doesn't do much to help me stay calm. Soon the steps behind me begin to multiply. There aren't many, but I feel as if there were a thousand. I pick up the pace, urging my feet into a near-jog, although it's impossible for me to outstrip my pack of pursuers. I start to hear the words spoken on my birthday, the same ones I heard my family say. They craft melodies with the creaking of the wind, my breath, and the singing of the crickets. The main voice rises forth and my worst fear comes true.

"Where to?" a heavy voice asks, a lightning bolt. "We saw you with the other guy. We were excited that maybe you'd both come out."

I quicken my step, but my feet are leaden. The street is endlessly long. They play with me, leave me space to run. They love being tyrants. That's why they protract my suffering as much as they can. I'd never be able to outpace them, but I try. I feel their rage drawing closer and closer. I'm between Scylla and Charybdis. As I reach the intersection, a car passes: an oldish-looking white Chevy that looks familiar to me. I spread my arms and shout. The car doesn't stop. It accelerates until its lights are snuffed, along with my cries for help.

Am I the only person on the street who can hear the monsters coming after me? A new voice joins the polyphony of my fears. A thud hits my ear. Now an inner buzz accompanies the chorus of crickets and the fury of the air. I stumble, lose my balance altogether, and pitch forward onto the pavement. Once I'm on the ground, they pry open my lips and insert some wrenches. I don't understand why until I see a rainfall of fists coming at me. The object tears the skin of my mouth from the inside. I think that this whole gallows must have been planned—it's the only conclusion I can think of to explain why my hangmen have similar styles.

The logic of their hatred doesn't stop. A black, iron-tasting liquid spurts from my wounds and trickles down until it goes crimson. The stream reaches my eyes. My vision blurs and I start to grope my way forward on all fours. I've been stripped of the ability to see my executioners. Now I can't tell up from down. Even so, I try to escape the beings around me. Are there five of them or a thousand? Maybe there are seven, and it's God speaking through the circumstances. If that's the case, it's the wrath of Yahveh showing itself as it did in the Old Testament, without mercy or compassion. When I take a kick to the ribcage, I decide to give up. I start to gasp, trying to steal a little air. I lose the very last breath I had in me, a fleeing *pneuma* of light. I turn over onto my back and feel the cold of the concrete as the light clouds over and the

night swallows it up. The noise goes quiet, the air stops roaring, the crickets aren't singing anymore.

*

My back ached when I woke up. I was exhausted, but I still had to get myself to the airport for the much-anticipated trip. That was the deal. After last night, I had every right to want to stay put. I gathered my things as best I could, smoothed my hair, and set out on my way. It didn't take long. I was still a little sleepy, but nothing that the passing of the hours wouldn't fix. I was surprised when I knocked on the door and nobody answered. It was five a.m.: he was supposed to be awake and packed by then. I knocked again, twice, five times, seven—nothing.

Something was wrong. This wasn't like Bernardo. He never spent the night elsewhere, and if he didn't, I was the first person he'd tell. I didn't know anyone his age as punctual and organized as he was. The day before, I met up with my siblings and my mom and stayed till late. When I got home, I imagined he must have been sleeping. I knew how much the trip to Japan mattered to him. After I opened his bedroom door with the keys he kept in the pantry—he was obsessive about keeping the door locked—I realized he'd never arrived. I sat down on his bed, which was perfectly made, and breathed in the scent of hyacinth and honey cologne suffusing the room. A thousand ideas started swirling around in my head. None of them was good.

I picked up my cell and called him. After countless tries, countless times hearing the damn operator tell me the number was out of coverage area, I gave up. I decided to contact one of his friends, but I didn't know any. Who could I call? I thought of checking nearby hospitals, but I didn't know if it made sense to move around alone all day. Naturally, my car

had broken down a week ago. I stared down at the phone screen again. Forty minutes had gone by since I woke up, but I felt like time was passing more slowly than usual.

I thought I could wait half an hour and call Gabriela, hoping desperately that she wouldn't be too tired from the night before. I didn't think she'd mind coming with me to look for Bernardo. He was her nephew, after all, even if they didn't really get along. I went down to the kitchen, made some coffee, and poured it into the first mug I found. The uncertainty had me trembling. I'd never dealt with this kind of situation before. I looked for my cigarettes, trying to calm down, but they weren't in the drawer where I always left them. Bernardo didn't like it when I smoked. As a dancer, he hated that I'd harm my body this way. These days your kids were the ones who did the scolding. After an entire lifetime of smoking, though, I couldn't quit. I took a sip and remembered that I'd put the cigarettes on the shelf to the left of the blender. Only ten minutes had passed. I couldn't take it anymore.

I scrolled through my contacts to find my sister's number as I lit a cigarette. I drank a little more coffee as I listened to the intermittent ring. Gabriela didn't pick up the first time or the second: it wasn't until the third that I heard a sleepy voice respond.

"Hello? Lorena, you okay? What time is it?"

"Gaby, I'm sorry to call so early," I said, stifling a sob. "But something happened and I need you to come over."

Half an hour later, I saw her into the kitchen. She must have known that something wasn't right. She lived almost on the other end of the city, in the south, but she hadn't taken long to show up.

"Aren't you supposed to be taking your kid to the airport?" she said, settling herself onto the tall kitchen stool.

"I can't find him, Gaby. I don't know where he is. I called and called and there's no ans—"

“Oh, for the love of God, Lore,” she interrupted me. “I’m sure he just went off with someone and didn’t tell you. He’ll be back soon. What time is it? You see? It’s not even six-thirty. I’m sure he’ll show up any minute now. You know what he’s like.”

“Oh, really? Please tell me what he’s like,” I retorted, raising my voice slightly.

“You know, boys like him, they’re all a little promiscuous,” she went on, gesturing in circles with her fingers. “He’ll come strolling through the door in twenty minutes, you’ll see. I wouldn’t let it worry me if I were you.”

I started wondering whether calling Gaby had been such a good idea. Still, she was the one I trusted most. My mom didn’t have a car and I wouldn’t dare bother my other siblings. I couldn’t have imagined she would say such a thing. Her words sliced into me like knives.

“Gabriela, you don’t understand. The trip to Japan—he’s been looking forward to this for months. He didn’t even come home last night,” I yelled, fluttering my hands erratically and burning my right hand with the cigarette ash.

“You see? He probably just went home with someone and lost track of time. I bet he’s still sleeping, the little twerp, and his phone died, and it’ll be his own fault when he misses his flight. Lorena, I need you to calm down and lower your voice.”

“Gabriela, Bernardo isn’t like that.”

“Of course he is, Lore. It’s just that you don’t see it. You’re always indulging him. Don’t you remember his birthday six, seven years ago? It makes me mad as soon as I say it out loud. Showing up at our mother’s house with a man. God, I was dying to take down the photos with all of us in them. I was a friend to him and he still did this. I’m telling you, I’m not surprised he isn’t here. Don’t cry. But if it makes you feel better, tell me, what can I do?” Gabriela brought a hand to her forehead with a grimace of disappointment.

“Come with me to see if he’s in the hospital somewhere. And if not, let’s go to the police, please,” I stammered in a tiny voice, on the verge of tears.

After going around in the same circles for twenty more minutes, Gabriela grudgingly agreed. She said yes at first, then no. I felt the scorn in her refusal—toward me or toward my boy, I couldn’t be sure. In that brief interval, as she yelled and I begged, I understood why Bernardo had never gone back to my mother’s house. I also understood why he hadn’t wanted to see my sister. For those twenty minutes, I felt like the loneliest woman in the world.

I was still in pajamas. I had to change. I left Gabriela a cup of coffee and a couple cookies. I pulled out the first pair of sweatpants I could find and some old sneakers, then rummaged around for a hair tie. Brushing my hair, I started to think about what would happen if Bernardo didn’t come back. We’d talked about it often, and I’d always told him that if something were to happen, I... he’d just nonchalantly touch my cheek and tell me that life goes on. But he couldn’t understand, because he isn’t a mother. And for a mother, losing a child means dying with him. Life can’t go on if he isn’t there.

I looked at myself in the mirror for a few seconds. I saw two deep bluish circles under my eyes and some locks of hair escaping from the bun I’d made. I felt anguished, my chest stifled by a heavy weight. I opened the drawer where I kept my clips, took out another pack of cigarettes, and went downstairs. I found Gabriela just as I’d left her. Seated, sipping at the mug of coffee next to mine. She looked different, strange. I realized we were strangers in a shared life. I didn’t understand how she could react this way if we were family, when all was said and done. I had no words left. I told her I was ready, set my mug in the sink, and turned toward the door.

Checking to make sure I hadn’t left anything behind, I wiped away a couple tears and turned the latch, and we

walked out the door that Bernardo was supposed to have returned through. I lit another cigarette. It was six-fifty in the morning. The street was almost completely silent. I couldn't even hear the crickets: just our own footsteps. I made a mental list of nearby hospitals and the least-faraway public prosecutor's office. Gabriela took out her keys, opened the door of the old white Chevy she'd driven for years, and we got in. I flicked some ash out the window as I settled into the passenger seat. I looked at the door for the last time. The car lurched into motion and we drove away.

Alejandro Cámez

Edited by
ISIS HERNÁNDEZ

Alejandro Cámez

Alejandro Cámez was born on May 4, 1999 in Ottawa, Canada, but he has Mexican citizenship. He grew up in Manzanillo, one of Mexico's largest ports. He studies theater at the UANL's Department of Stage Arts. He is passionate about literature, film, and theater, and he aspires to pursue and eventually master all three areas. In doing so, he hopes to lead cultural dissemination and art appreciation projects for children, raising awareness about the fun and importance of these art forms. This year, he will be part of the Ellipsis Program's Creative Writing group at the Hay Festival in Querétaro.

Isis Hernández

Fifth-semester BA student in Spanish-language literature. She has received numerous academic awards for her dedication and responsibility. Coming from a family of two architects and two engineers, she decided to follow her passion for language and literature. She wants to help those who offer us bits of their souls in the form of books, which is why she has chosen the publishing field.

Flash Tears

She doesn't move, she observes the scene her owner attempts to capture. He looks through her and falls in love with the landscape and she, through him, discovers what a sunset is and how it sometimes paints the sky in strange colors.

She turns wherever he wants. They see a tree and later, some ducks. A bench next to a flower. A cloud blowing the leaves that dance on the ground. Together they create a new world that exists only for them, without even knowing they share it.

It sounds cheesy, as if they'd begun to write the most perfect love story ever told. All that's missing is that they suddenly decide to marry, travel the world, see many beautiful landscapes together, fight, decide to have a kid to solve their problems and then live out a kind of perfectly forced matrimony for the rest of their lives.

But in this story that can't happen, not yet, because she isn't human. She's not even an animal. Lovers gaze at the same views, feel the same air, touch each other delicately and accompany each other in a tremendously passionate and voyeuristic act each and every day. But she isn't human.

They don't make love, but they feel love every afternoon that's drowned in free time, light and mirrors. Everyone knows they belong to each other, that they complement each other well. That she is the air that he breathes. But she isn't human.

She isn't exactly a robot, either. Many would be offended to hear her called a toy. She certainly isn't a ghost, but she

knows many of them and they have sleepovers from time to time.

She isn't a paperweight, either. Nor a luxury convertible. She isn't a coin, nor a book, much less a ball. She came into this world for the same reason humans did: to gossip and spend time on what doesn't matter. But she isn't human.

She cries for her *record* button, which remains perfectly intact because her owner hates the quality of the video she takes, despite loving cinema. She isn't human. She's a camera.

Between flashes and soft focuses, she feels the hands of the photographer and it's like being in heaven. When he lifts her, she feels herself soar. They travel the seas together and find thousands of things worth capturing.

At night, on the dusty, dirty, roach-infested bookshelf that houses more dead flies than books, she sleeps and watches the moon through her owner's little bedroom window. He steals her attention away for a few minutes while she talks with the moon.

He looks so lovely bathed in the light of the dark night, like a radiant angel. Oh how she wants to take a photo of him to keep to herself... but he would know and she doesn't want to scare him.

She concentrates once again on her silent chat with the moon. She asks, begs, pleads that the moon cast the spell of the reality they live and he would fall in love with her.

"I knew photographers were crazy," said the moon without words, gleaming. "But I think those of your species, little camerita, are madder still. I'll never understand artists."

The camera cries with subtle little flashes that her beloved, being fast asleep, doesn't perceive. She awes the moon with her sadness. With her desire to love. With her desire to be loved, loved in the way she wants to be loved and not how she is loved in this very moment.

The moon, upset and dismayed by so many tears, moves a little closer to the unkempt house where the lost soul of a camera rests and tries to calm her down.

“No, no, no. Don’t cry. Don’t be silly. Falling in love with a human is not a good idea. Not even slightly. Can I tell you something? I get you. Believe me that I get you completely. Let me tell you a story—when I was a little younger, I fell in love, just like you. Just as lost and illogical. July 20, 1969... Yes, I still remember the first time I saw him! I’d never seen a human so close up. He traveled all the way here, to the crater I have right beneath my belly button, just to meet me! He arrived in a strange little ship to say hello, and when he lowered down, he looked at me in a way no one had ever looked at me before. He was so different from all the other humans I’d seen. He didn’t look at all like yours. He seemed to be...from another time. He had a bubble head, it was inflated like a dwarf planet and he rode through every corner of my soul, knowing me, exploring me. I’d never felt so loved in all my life.”

The moon blinked and from those craters sprouted memories from that 20th of July, 1969, when she found love.

“I fell in love immediately, I wanted to be with him my whole life. I wanted to grow enormous cheese arms and lips of space garbage so I could hug and kiss him like humans do on TV and with that, give him hard proof of the intensity of my love. But guess what. He was a jerk. A liar, like all the rest of them. He didn’t really want to know me. He only came to throw his country’s flag in my face, take a video of himself and go back to Earth. Humans are like that. They only think of themselves and how to elevate themselves in front of everyone else. It’s not worth suffering for an animal that belongs to such a shamelessly selfish species.”

Furious and embittered by the memory, the moon lit a cigarette. She drowned the planet in smoke and global

warming began to sweat. The photographer coughed without waking. The camera? She just went back to crying, again in little flashes, while she flipped through the photos she'd taken of that man with whom she was so in love.

It was clear she was crazy for him. There was nothing she could do. She didn't want anything more than to be able to put on a dress, a little eyeshadow under the lens, slap on some nicely curled eyelashes right above the power button and be the most beautiful camera in the world.

But, even if she were to dress pretty, he wouldn't pay her any attention, because she wasn't human. She was beautiful, yes, but she was a camera.

So much photographic lamenting made the moon have a little compassion for her. The camera looked honestly and truly in love. And it seemed she was suffering but, well, for her, to be in love was synonymous with suffering.

Humans and objects. Humans and satellites. Humans and stars. Humans and polaroids. Humans and colors.

These women dreamed of one of those loves between a human and a human.

The moon defied the laws of science and spun and spun. She spun so fast she threw sparks and bathed the order of reality with moondust. Everything changed.

Destiny had spun with her. When she awoke, life would be different. Although this is true every day we wake up (this changing of things), when the moon decides to spin and spit dust, the changes tend to be more radical than normal. A scientist told me so. I swear.

The photographer realized what had happened when he woke up and saw that the camera had disappeared from the bookshelf. Now, in front of him, was a strange and almost mystical woman with eyes wide open, observing him without blinking.

It didn't seem she was trying not to blink, simply that she didn't know how. Her eyes, almost completely black,

wouldn't leave him, projecting the most beautiful and overwhelming gaze he had ever seen. She smelled of dust, oldness, and his deodorant.

"And who are you?" He asked her.

"The mirror that reflects you without ever showing your face."

With this poetic phrase, the photographer said to himself that this was an extremely illogical event, confusing and probably dangerous. So he decided to call the police so they would take this blinkless woman to some place for crazy people or something.

Crying and watching life pass by, the human camera remained completely alone in a cell even more neglected than that bookshelf on which she'd sat watching her beloved every night.

Now she watched prisoners. Delinquents. She didn't understand why they didn't believe her.

She was there for trespassing on private property. But they didn't believe that this was a lie! She'd already lived with the photographer. He simply hadn't met her human version.

There are loves that simply cannot be. Sometimes we are born as a camera and we fall in love with a human. Everything indicates that this love is impossible and even wrong, but there we go prancing about the moon and accidentally winding up in prison.

Poor camera. So conflicted and lonely. How was she to know how disastrous it could be to say no to a no that had been dictated by the universe itself?

And now, finally human, she cries flash tears every night for this fool of a man, just like the one that so thrilled the moon that 20th of July, 1969.

She didn't sleep. Nor did any other prisoner. They all knew that when 9:15 came, so did the moment she would begin to cry.

She didn't make a sound. Her sobs were silent but impossible to ignore. All through the dawn flashes rained from her tear ducts. A times the light never went out.

The flash stopped flashing and her eyes turned into sad incandescent lamps of energy, powered by a broken heart.

A broken heart that shined with pain. With abandonment. With the lack of that love between a human and a human.

"I'm sure he already bought another camera." She said to Rosie Jetson, her cellmate who was detained for robbing an electronics shop. In her testimony, she swore on her life that the reason for her crime was that she'd been possessed by the spirit of Rosie, and that she needed a new part for her lung. Since that day, she never broke character. She thinks it will help her get released early.

She knew Rosie wasn't really Rosie Jetson, the one from the old cartoon that the love of her life liked so much. It took some time for her to realize. The truth is, at the beginning she did believe her, until one day one of the officials told her Rosie was crazy. That it was a lie.

But there was no other way. Rosie was the only person who believed that she was a camera, so there was no other choice but to settle for her friendship.

Rosie didn't stop saying the same thing that she'd been telling her for weeks.

"You're so crazy, camerita."

The camera would return to her nighttime suffering from flash to flash, until the day arrived that, finally, her sentence would end. She's free again on a night in October and finds herself alone with the street and the moon.

The moon is silent, perhaps feeling guilty for having caused them to throw the poor camera in jail. Human still, without any idea of where to go, she sheds one more small flash just outside the penitentiary.

That small, ephemerate flash illuminated something far away. Something that captivated her. Something mysterious.

She couldn't quite see what it was, but it seemed to be something beautiful. She didn't understand the shape of the object, but she saw the beauty in its silhouette. She couldn't make out its color, but she knew it was something vibrant. Something that overtook her.

Something you don't see every day. Something that's worth going after.

And so, braver, and leaving behind the cage where they had shut her in for pursuing a love that was not hers to have, she becomes the human in the camera to dare to do what she'd never done before: to fall in love with something without changing a thing about herself.

From flash to flash, but this time without tears, she begins to discover the mystery we call love. She takes a photo of it and gazes at it in silence, trying to explain it despite its strange shape.

Andrea Capetillo Conte

Edited by
CARMEN CARRILLO

Andrea Capetillo Conte

Studied screenwriting at Georgetown University (2015). She was a volunteer and photographer for the Calgary Fringe Festival 2018, where she received the Westey and Marley Award for Outstanding Volunteer. Since 2016, she has kept a blog in English where she publishes her short stories and poems. Her favorite genres are horror, mystery, and science fiction. She is currently taking a certificate course in creative writing.

Carmen Carrillo

Fifth-semester student in Spanish-language literature. She is eager to learn about the publishing process and its relationship to the apparatus of thought and its many forms of expression, including the written word.

Caelum

Death is an incurable epidemic. Years ago, the average life expectancy was eighty or ninety years old. Today, turning forty is a milestone very few people can celebrate. My father always talked about how times had changed. When he was young, he could go outside unarmed and enjoy the fresh air, because it didn't smell of death, and no one ever had to kill their loved ones to save them or save themselves.

It all started with a virus that didn't get the attention it deserved. The infected went unnoticed in the news and on apps and social media. Little by little, people all around the world started bleeding from their eyes, going into convulsions, and dying...or at least that's what we thought at first. By the time the different social networks started sounding the alarm, it was already too late. Fear had invaded every corner of the planet. No one wanted to suffer the consequences of the virus. No one could be trusted.

According to the doctors, we had to watch out for the following symptoms: first, headaches that ebb and flow like the tide, along with sneezing, coughing, and a sore throat. Then, a mixture of muscle aches and bone pain, as if the body were being sliced with a small sharp knife. This could cause uncontrollable shivering. A few days later, or sometimes in a matter of hours, blood starts trickling out of the tear ducts. Finally, the body convulses until death. Those who wake up are no longer human, have no memories, lose their vocal chords, suffer from misophonia, and have a single mission: to kill everything around them. We call them Immortals.

The first time I saw an infected person die, I was very young and couldn't understand what was happening. My memories of that day are muddled: I came home to find my parents shouting, crying...my mother was trying to escape from my father...my father was a hunter pursuing his prey...my mother held me and said we were leaving, and her eyes streamed with blood...my father shoved her away from me...my mother convulsing on the floor...the sound of the four shots that made my hair stand on end...my body turning from side to side to show that I wasn't wounded...my father saying it was an act of mercy as he stared down at her motionless body.

Ten years after he killed her, my father contracted the virus and took his own life. The last thing he said to me was that he wasn't going to let the virus control him. Alone and restless, I walked through the city one last time before joining them. The clouds were so dense and gray that the sunlight couldn't seep through. The streets enveloped me in their humid warmth as the stench of decomposition suffocated me slowly. I stopped in front of a restaurant, hesitated for a few seconds, and walked in. The place wasn't very big: there were five tables with three chairs each; the wallpaper was stamped with a purple flower pattern, or maybe it was pink; to the right, a door led to the kitchen; to the left was a display case full of freshly baked bread. That was when I saw her. In a world of death, she was life. She was wearing a yellow dress and walked toward me with a smile that no one had ever offered me before. I sat down in a chair and forgot why I'd gone out on my walk.

The sound of a glass shattering on the ground returned me to the nightmare I was inhabiting. I was in Moira's restaurant, surrounded by small, dirty tables, uncomfortable chairs, graffiti-painted walls, and torn wallpaper. The first time I went in, I'd been lured by the seductive aroma of bread,

hot from the oven. Now the place smells only of death and metal. I stared at the glass shards on the floor, then lifted my eyes to Moira. The gun in my hands trembled to the rhythm of my heart, and she rushed toward me. I shot her without a second thought.

On that first day, Moira told me she'd ended up with the restaurant after the owner committed suicide. There, she had a place to live, and she devoted her free time to baking, in hopes of filling the city with a new smell. Almost in a whisper, she told me about Caelum, a city where no one was infected. Her eyes lit up as she spoke of it. In Caelum, women could get pregnant without complications; people lived without fear of the virus and only died of natural causes. A friend had told her that there were uninfected people nearing sixty years old. It wasn't the first time I'd heard of a place free of the virus, of cities that promised us life—but they were all lies in the end. Despite my reluctance to believe in Caelum, something in her voice sent shivers through my body, and the shivers turned into waves that crept toward my ears, whispering a single phrase. *Old age.*

I couldn't sleep that night. I thought incessantly about things that hadn't mattered before. First, I tried to imagine a place free of the virus; I found it impossible. Then I tried to imagine being a father, and I laughed. But what kept circling in my thoughts were the nearly sixty-year-old people. My body shook with a mix of fear, nerves and joy. If Caelum was real, it meant there was somewhere on this planet where people didn't wake up every day with the terror of becoming part of the virus. As soon as the sun went down, I left my apartment and walked toward the restaurant. No. I walked toward Moira. No. I walked toward a future without Immortals.

More glasses shattered onto the floor as Moira tried to reach me. The bullet had only grazed her arm. She hurled

herself at me and we grappled over the gun. We fell to the ground as we scuffled, the weapon landing a few meters away. My thoughts returned to my mother's death, my father's suicide. I thought of the time I'd spent with Moira: talking about our future, our past, our fears. Now we'd become strangers overnight, two people struggling for survival: we forgot what we'd been through together, as if it had all been a faraway dream. I'd never felt my heart beating so fast. Moira got to her feet. I grabbed a piece of glass and we both lurched for the gun. If I didn't kill her before the convulsions did, it would be impossible for me to make it out alive.

I spent two years going to the restaurant and planning our journey to Caelum. Her determination to leave the city motivated me to keep visiting her. We talked about what we'd do once we reached the promised land, about the kind of life that awaited for us. Sometimes we drew what we'd look like with wrinkles, laughing. Sometimes Moira talked about her dream of becoming a mother and holding a baby in her arms. Once she asked me about my greatest fear. At our age, I told her, we were racing against time: sooner or later, we were going to get infected.

Often, when I went to see Moira, she'd teach me to bake bread, leading me into the little garden behind the restaurant where she'd planted some of the ingredients. She taught me to distinguish between what was edible and what could kill me. We rehearsed our escape so many times that I knew the steps more clearly than I remembered my own parents. When the desperation gave me panic attacks, she'd console me. She'd warn me that we couldn't leave yet, that we had to wait for the number of Immortals outside the city to drop. Every morning, I grew more terrified of staying put in this city and becoming Immortal.

When the virus propagated, scientists weren't sure how it spread from person to person. At first, they thought it

was airborne. Then they decided it was transmitted through blood or saliva. They changed their minds five more times, then fell silent. They never managed to produce a cure. Many governments disputed its origins, blaming each other instead of trying to solve it. Millions of people succumbed to the virus as politicians waged wars. Little by little, every country closed its borders and killed any living being that made the mistake of approaching them. There were no more international accords: just the survival of the fittest. Unable to imagine a better future for the human race, the healthy began to commit suicide, choosing death over infection.

On the morning we were supposed to leave for Caelum, I packed just two changes of clothes so I'd have enough space in my backpack for food. Our journey would take over thirty days, and we could only travel at night, while the Immortals slept. I was aware of the obstacles awaiting us along the way, but my mind already found itself in the paradise that Moira had promised me. I couldn't wait to wake up every morning without fear of contagion. Carefully, I made my way toward the restaurant. When I walked in, a small part of myself noticed the absence of the fresh-bread smell—but my head ignored it, already imagining the life ahead of me.

I saw her sitting at the table near the empty display case, trembling, her head bowed. I took a step toward her. She lifted her eyes in my direction, and I saw the cursed streams of blood falling from her eyes. I froze. She was speaking, but her words were silent to my ears. Slowly, she rose from her chair. I grabbed my gun as if by instinct. Moira screamed, furious: we could still have a life together, she shouted. I wouldn't make it to our paradise without her, I needed her, she loved me. I lost myself in my thoughts and she started overturning tables, throwing glasses to the ground.

I ran as fast as I'd ever run in my life, but Moira reached the gun first. As soon as she picked it up, I sank the glass

shard into her left leg. She dropped the weapon and I snatched it up. She started weeping more and more blood. They'd have a cure where we were going, she cried. But we both knew that they'd never let us in, and they'd assume I had the virus, too. The only antidote was to kill the sick. The gun in my hands asked me a question: *you or her?*

The night before, she'd barely said a word. She seemed distant, tired. My conscience told me she knew I was planning to leave as soon as possible, that I was ready to face the journey alone. I couldn't accept what was really happening: she was already infected and knew she would never see Caelum with her own eyes. Before I left, she hugged me and uttered the words I'd longed to hear for years now: *it's time*. I stopped breathing. I didn't question why the moment had come. The moment that would make all her promises come true. Nothing could come between us and Caelum...that's what I believed.

Moira was sitting on the dirty floor of the restaurant, the place that had been our sanctuary until a few hours ago. She'd removed the glass shard I'd stabbed her with and was trying to stop the bleeding with her hands. I'd never seen anyone bleeding so much. The world was broken: it was dying slowly and killing us in the process. It was forcing us to make decisions that would have horrified us in other times. I thought of following my father's example and turning the gun on myself, but I saw Moira's drawing of my wrinkled face. A tear rolled down my cheek. The gun was aimed at her head. Her eyes couldn't hide her fear; she tried to drag herself toward the door. I shot her.

Still clutching the gun, I stuffed my pack with food and waited for the black veil to fall over the city. I picked up Moira's drawing and left the restaurant. Without looking back, I set out toward my new life in Caelum.

Ángel Gamaliel Figón

Edited by
YOSBELI DELGADO

Ángel Gamaliel Figón

Fifth-semester student in Spanish-language literature at the UANL. He is writing a novel as a fellowship recipient in the first class at the UANL's Creative Writing Center. For now, he (thinks he) only writes fiction, but he is interested in other genres as well. He recently had to rethink his entire life when he learned that his one-year-old cat was male.

Yosbeli Delgado

Pursuing a BA in linguistics and Spanish-language literature from the BUAP. She received an honorable mention in the XII National Historical Short Story Contest (2015) from the Ibero-American University (CDMX), titled "Los ramos de la Emperatriz." Her essay "La Libertad de México o del diablo: la industrialización de la muerte y el resguardo de la memoria" was published in the digital magazine *Página Salmón* (2019). Her primary line of research is medieval literature. She is deeply interested in publishing and translation. She has studied English, French, German, and Nahuatl. In her free time, she enjoys learning from Asian cultures and their many present-day scopes.

The Howl of the Coyotes

For Efraín, the red-black monster

Odalis draws the knife across the rabbit's throat. It startles for a couple of agonising moments and then is dead in her lap. The phrase "*Never forget the prayer, darling*", resounds in her head. She recites aloud the old words learned off by heart, the body still on her lap as her fingers traverse the soft blue feathers of her necklace and the rabbit's fur.

In the corner of the room, she strikes the flint against the stone and sparks the pile of firewood. "*Light the fire by hand, darling. You hear me? No electricity or anything like that. By ha-and.*" Those last sentences trickle over her like the echo of sand. When the wood is red hot, she places the little body on it and completes the prayer. Little by little, the house in the desert fills with a barbecued chicken smell that makes her feel less alone. She watches the smoke escaping gently towards the sky. The wind is blowing. Up above, from time to time clouds cover the immense moon. The only thing she likes about the desert is how clearly you can see the stars. And Alicia must be up there somewhere in that pattern of blue, cold as the sheet metal walls. Down here, there's only the howl of coyotes, that unceasing howl that batters and beats the house like it wants to steal it away. It blends with the scream of the grasshoppers, as though the night is repeating itself, its sounds overlapping while she endures the monotony: check her phone screen, wait for the call, the fire,

the sharpened knife, a rabbit sacrificed every Sunday... the howl of the coyotes in the night. Coyotes growling, prowling around the house like the señores' trucks used to, eager for tender young flesh. That wild engine sound that used to frighten Alicia, too, every time a car overtook her dangerously on the motorway, making her think they were coming for her.

Odalis suddenly wants to slam the window shut, but she must let the smoke out to rise up into the sky, where she imagines Alicia, impassive, watching her from the cockpit of a spaceship.

II

She can still remember her voice clearly, with its funny accent, though she never knew where it was from. It was a deep voice, made for laughing and making fun of people. She remembers—can practically feel it—her soft chest where she used to bury herself and drift off, the gentle voice and comfortable breasts lulling her to sleep. She felt a sense of ownership over them, seeing them with the calm of a fragrant, freshly-made bed free from the nastiness of the gringo actor who used to record in the house.

“You’re alright, lovey, you’re alright,” Alicia said to her one night. “Listen: do you know why the coyotes cry? It’s simple, Oda, so simple. For the same reason we used to turn the music right up when the señores came for us. The same reason your ma used to shout so loud when we wouldn’t get up to go with them. Because we were... scared, you know. We all feel scared sometimes. And what do we do? We pretend, we tell lies. Right? To put on a brave face, to survive. Even the coyotes are lying when they howl... You’re alright.”

Under the scorching heat of those words, Odalis half-closed her eyes. She remembers clearly how, when her breathing was deep, Alicia laid her carefully on the sofa and went into her mother's old room. That's where the actor waited for her. But that night, when she was pretending to be asleep, the man emerged. Odalis felt his steps approaching, slow and heavy, but they stopped when they got close. Then one hand resting on her thigh and rising, slow and deliberate, heavy. Odalis squeezed her eyes shut.

"Superstar?" She heard Alicia's voice and the hand suddenly stopped touching her. "Did you find the camera?"

"Oh, right." Said the voice nearby. "The camera."

Steps moving away. The slam of a door.

III

The door moves like someone is knocking on it, but no one can get to it from the covered patio surrounded by sheet metal walls. Odalis thinks it might be the señor that leaves her food because he feels sorry for her, even though nobody pays him any more. But that's another story; it can't be the rabbits either, because they're not that feisty. She hears a cry that fades. Burglars, maybe it's burglars. The sound of something digging. Nails on the sheet metal, scraping and scraping.

"He-hello?" she manages to say.

She looks at the pink phone. She wants to hear it ring. The tinny violin and piano music of the racing game Odalis used to distract herself whenever her mother filled the house with girls, giddy with the smell of sun cream and sweet perfume. The gabble and shouts of "the trucks are here!" The girls filing out, and among them Alicia, taking an interest in Odalis, in the racing game; weeks later, Alicia telling her

that her mother died. A car crash. Two dead. Such a loss. Alicia sitting on the sofa, serious, her hands on her thighs. The rest of the girls had been divvied up, she was lucky they didn't find her. But now they're looking for her—she owes them money. Several years of her coming every weekend to play, eat, and sacrifice animals.

The rabbits in the living room prick up their ears, attentive to the wounding of the earth; one runs to hide when there's a clang of metal. The cry again, and another animal flees. Alone in the middle of the room, she makes out another sound; a scramble of animal noises and the chewing of tender flesh. She puts a chair against the door—struggles to drag it over then sits down, tired. She closes her eyes, whether out of fear or exhaustion she doesn't know, squeezing her eyelids tight. Her hands are trembling and in that crushing darkness she sees the coyotes with their steaming mouths and red, flickering eyes. Every now and then she feels a knocking behind her and then it fades. She feels like she's made of stone, stuck to the seat, and, half-dreaming, she hears the muffled sound of something that terrifies her: human footsteps, wearing shoes, against the dirt of the patio.

IV

“Hello? You there, dear? I can't hear you, put me on speaker! Come on, girl. Don't be embarrassed. There, there we go, now I can hear the silence of that damned house.” She laughs. “How are you? *Hey, Willy, Willy Lust, say hello al teléfono. Say hello!* Agh, he's a busy guy. Can you believe he knows where I'm from? Well, only the name of the town. Some old veteran in his family went there. Ah, my colleague,” Alicia says, laughing. “I wish I had a camera so I could show you the recording studio... well, the only studio. But you can imagine: a view

of space where all can see is the Earth, two bunk beds, a couple of bars separating us from the hold where they keep the food... but anyway, how are things, Odo? Are you making the sacrifices? You better be, child, because otherwise..."

"Yes, yes I'm doing them. B-but something awful happened... really awful."

"Something awful? You haven't done the cleaning, have you child? You can smell from all the way out there how dirty the house is. Imagine! You can smell the dirt from outer space."

"I'll clean up now, I'm sorry Ali. But it's not that..."

"What then? Come on, child. I've got plenty of other things to be worrying about. I struggle being all cooped up, and the noise the studio makes is unbearable," she says, sighing.

"I'm sorry," Odalis answers, though she can't make out any annoying noise.

"Anyways, what was so awful?"

"Almost all the rabbits have died on me, Ali. I don't know what to do any more. If they run out, what am I going to..."

"Are any of them pregnant?" she interrupts.

"Yes..."

"Great then! There you go, darling", she says, while the echo of the shout gives her, for a moment, a double voice. 'But listen, I wanted to tell you what the moon looks like. It makes me forget all about being cooped up.'

V

The sound of the aerosol reminds her of those times. The can of sun cream spray Alicia used to use when she went out with the señoras, the ones she said protected her. She'd tidy her hair, her sunglasses, ask how she looked, then go over and pick up the feathered necklace and bless it.

The rabbit got a fright the first time he heard the sound of the can, but now he's still.

"Come on now, out you come," Odalis says to the rabbit. "Come on little one, you've got to come out... naughty girl. What is it? You don't want to? You don't want to come out with us? Come on, child, shoes on and out you come. Where are you going? Tell me, come on, tell me, why have you broken my cameras? And with the sacrifice knife and all! It's me, I'm asking you to come out!" The rabbit shakes the liquid sun cream off and gives a couple of hops away from Odalis. She stands up, picks up another rabbit and murmurs, "Don't you want to come with us? Naughty, naughty, naughty! What would your ma do? She'd put you to work like she did with me, of course, Oda! Of course she would. It's the only thing you're good for."

Then she pulls a face at the rabbit, telling her off, and strokes the one she has in her arms.

"Let's go, my love, to the cinema, to the United States, this little girl doesn't want to come with us. Wh-what? What? What did you say? That he makes you what? Him? Don't talk nonsense, girl, there's no need for jealousy."

In the house there's nothing to be heard other than the sound of Odalis putting on an accent she never did know how to imitate. The sounds split apart if she's not careful, her voice and Alicia's.

"Well I'm going into space! The guys from that grin-go company snapped me up. What about you? You're a whore too, darling. What do you mean it's a lie? I'm there, for fuck's sake!"

She lets the rabbit go and starts to feel her throat stiffen, like she's bound and rolled up in herself.

"What is it now, why all the backchat, girl?" She says as she goes over to the rabbit covered in sun cream, her

reflection. "Come, my little whore, come here. You think Alicia doesn't look after you? Me? What do you mean, I *am* Alicia!"

The rabbit scratches and shakes off the liquid that's solidifying in his fur, not noticing Odalis come over and put her thin hands on him: "Let me cuddle you."

Her hands reach for the animal's neck and squeeze, squeeze hard. The rabbit shakes, scratches her with his back legs, his claws struggling to find tender flesh. Odalis keeps squeezing and air escapes from the rabbit. A line of blood runs down her forearms. Little by little the yanking weakens, melting like sun cream in the hot palms of her hands.

"Dammit," she says, and now feels the sting of her tears on her pimply cheeks. "Damn you Alicia, damn, damn."

VI

That night she can't sleep. The wind brings the howl of the coyotes even closer, crashing against the window and entering the house. Above her, the sheet metal roof moves. The surviving rabbits are asleep, two balled up between her feet and another a bit further off. For a moment she thinks that these three animals are the only things she has left in the world. They've been with her all this time, through the long nights and strong winds... Roxana, Ramón, and Regina, there's no one else, not even Alicia; just them.

"Don't even think about naming them, darling, because you'll start getting attached."

The three 'r's, three white rabbits, identical but different. Roxana, pregnant again, following her wherever she goes around the house; Ramón who will only sleep on her red pillow; and Regina, the shyest of the three, lifts her head and looks into Odalis's bulging eyes. Odalis meets her gaze,

a little scared, because it makes her feel like she has human company.

Then the phone plays its little tune, waking up, and the room is slightly illuminated. Odalis carefully lifts the blanket, moving it slowly so as not to wake up the rabbits. The sound continues like the desperate screech of an orchestra whose members all remember, desperate, those Sunday afternoons sitting with their Alicias, punching the air and shouting when they win for the first time at the racing game: "it was the mosquito sacrifice that did it for me!" A sad orchestra that uses its violins to launch terrible screams into the air, that beats its drums angrily and spits them into the sky, trying to break them.

Missed call. It rings again. On and on for ten minutes; it's not normal for Alicia to insist so much, Odalis thinks. Before, she'd have to run to pick up because if she got there a bit late she knew Alicia would hang up, then she'd have to wait a week or two before receiving another call. On other occasions she'd just hang up anyway, without warning or saying anything beforehand.

"Hello?"

"My child! Thanks to the Holy Spirit," says a broken, rung out voice, in a whisper. "How are you? Hello, hello... I need your help, please. I don't know what I've got myself into, oh my God. I don't know how to placate them; those brutes don't like me anymore. Forgive me. I guess they've already been round to scare you by killing some of the animals... He told me. No, no, no. I wasn't able to warn you, they're watching me. Forgive me all this... forgive me."

"Wh-what's happening, Ali? Are you...?"

"Listen to me!" she says, raising her voice, but then returns to a whisper. "Listen to me. I need you to do two things. How many animals are left?"

"I've got three, Ali. But don't..."

“Oh my God... Kill them all, the way you know how.”

“No! I won’t kill them!”

“What do you mean no? Listen to me, girl, I need you to help me. It’s only three; you’ve killed more. Right? Do it, please, I’m not asking.”

“But why? Why, why?”

“Just do it and don’t ask why, don’t talk too much. The sacrifice will help. Now; I need you to grab anything you think is valuable and leave it outside, to one side of the house, where the pickups used to stop. Do you understand me? Anything valuable.”

“No, Ali. They can’t do anything to you out there, you know they can’t do anything to you.”

“Out there?” she asks, as a little laugh escapes her. ‘Just do it, girl. I’m scared, really scared. Is that what you wanted to hear?’

“No, but you’re far away from them, really far, Ali.”

“Oh child. Did you really think someone like me could go into space? Look, child...”

“No! I won’t do anything to them!”

“My girl, listen to me...”

“No, no, no. You’re all the way out there! They can’t do anything to you...”

“Just do it, please, don’t argue; do it.”

“Shut up! Dammit, Alicia! Damn you!” shouts Odalis, surprised at herself, and scared, and hangs up the phone.

Silence returns to the house. She dries the sweat running down her face, despite the cold of the desert night. Her cheeks are burning. Her phone rings again. In the kitchen, in the dark, she takes the sacrifice knife, walks toward the window and sees the starry sky, gigantic and overwhelming. She can’t imagine anyone up there anymore; it’s been a while since she could. Now the sky is just a blue monster with a thousand eyes, keeping her under lock and key. Her hand

trembles when, as she goes back to the rabbits, one of them looks at her fixedly while the violins and the drums butcher each other alive behind her back. She drops the knife.

She returns to the warmth of her loyal companions in the bed. The music plays for another two hours of wasted memories. When it stops, a heavy silence returns to the house, so Odalis squeezes her eyelids, the lump in her throat melting as she lets out a long, dry moan that makes her tremble and clutch at the old blankets with nails bitten to the quick.

Gabriel Hernández

Edited by
LUISA GONZÁLEZ

Gabriel Hernández

He has aspired to enter the writing world since childhood. Specifically, he hopes to write plays, stories, and novels, as well as screenplays for short and feature-length films. As for his current work, he occasionally writes short stories while exploring many different topics and genres.

He recently volunteered at the UANL's University Book Fair. He is also a member of a film club called Cinemaphilos, organized by the Department of Philosophy and Literature, which offers philosophical analyses of the films they screen. He doesn't yet have other credits from programs or institutions specialized in writing and reading; this one—the Ellipsis Program—is the first.

Luisa González

Dedicated student. She is in her third semester of a BA in Spanish-language literature. Avid reader. She has enjoyed making corrections in books since childhood. She has a long road ahead of her before becoming a professional editor.

Our Kingdom

Antonio stared into the cold darkness that embraced the walls of the room. His mind was confused and fragile. It was impossible for him to erase the image of that little girl, slowly wilting in the arms of her mother as a red puddle appeared on the ground. His bed urged him to sleep in it, as if it promised that the guilt and shame wouldn't be there upon waking. It was three in the morning when last he looked at the clock on the wall. After that, he wasn't sure of the hour. He was staring at the ceiling when another memory —this time of his brother— came to mind. Héctor was an ethnographer on a grant who found himself in Tabasco carrying out important work on the Chol community; he was a man well known in the town for having opposed the violence of his onetime friend Don Sergio and for being one of the more noble people to have inhabited the place. Héctor always told the boy Antonio stories of nations that had managed to eradicate poverty and injustice; he told of revolutions led by brave men whose names would fill the eyes of the people with light and their souls with hope; of how back then, the kings ruled their kingdoms in justice and peace. It was Antonio who abruptly decided they stop speaking; he was incapable of hearing the voice or reading the words of this man, who had been such a great mentor. He knew he'd failed the moment he accepted becoming part of his "new family." To avoid disappointing his brother, he chose to remove him from his life and to hope that his memory would fade away, but with the recent events,

it was impossible. He remembered the day he left and his last words:

“Toño, I know things aren’t great here. It pains me to leave you in this place with so much left to teach you, but I trust that you’ll resist the temptation. Remember the great revolutionary heroes, remember the kings that brought peace to their kingdoms.”

Antonio closed his eyes and for a long time thought about Hector’s words. Then a few words—like whispers—escaped his lips. “Forgive me.” Then sleep came over him and he gave in. Unfortunately, a new day wouldn’t dissolve what was tormenting him.

It was late and the shadows had begun to consume the streets. Antonio was in Alexis’s house. The host, who was close to 25 years old, smoked marijuana while watching tv.

It was three summers ago that they’d been drawn to the cartel like moths to the flame: Alexis was seduced by the luxurious lifestyle and the money. For Antonio, it was the sense of belonging. The presence of that organization was absolute in every city and town in the region, all lead by lieutenants; in this case, Don Sergio.

The reason for the visit was regret. Alexis was an old acquaintance of the brothers, but since everything happened, Antonio wasn’t comfortable with him. Even so, he preferred his company to finding himself alone with his thoughts.

“So what are you gonna do with your life, pendejo? What happened was an accident. Yes, it’s sad, but people know not to go outside when there’s a scuffle. It wasn’t our fault, and I’m sure that staying in the business will not only get you more money, but it’ll also keep us watching each other’s backs” Alexis said, then laughed hard. His own comment seemed absurdly funny to him: the effects of the marijuana were doing their thing. Antonio didn’t stop inspecting

Alexis's house: posters of bands peeling off the wall, broken windows covered with dirty sheets and ripe with the smell of weed; next to the bed one could see a small dresser with a broken door that gave sight to assault rifles and a bag of drugs. It was evident that drugs had replaced luxury goods.

"What we did is unforgivable, cabrón. Why am I the only one who gets it?" His tears showed his desperation. "And look, you have all this money but you're in this fucked up place. Fuck money! Fuck Don Sergio! I don't know how many times Héctor told me to stay away from that guy but I didn't give a shit!"

"It is what it is, compadre. I know things get ugly sometimes but honestly, I love living like this. Shit is rough in this town; I don't understand why you're whining about a lost life. You know sooner or later it happens."

"I'm whining because I'm scared. Yesterday, I felt like I died with her." he continued, frustrated. "Everything is fucked, wey: you either work in Mr. Rubén's factory or you go to the cartel. It seems to me we're totally fucked and nobody does anything about it. It's true, the work the factory has brought people isn't that bad; but, how stupid is it that the fucking owner buys guns from the US just to hustle 'em. The same guns we're using! That old man isn't helping anything get better, he just keeps it the same or worse." He looked at the ground, shaking with rage.

"Alright, chill, wey. The fact is, you're the only person that thinks this." Alexis cracked up. "Stop thinking about stuff nobody cares about" and now pensive he said, "It's funny, but, that's the same reason Don Checo loves you, cause you don't think like everyone else. He thinks you've got a lot of your brother in you, and you remind him of when they used to play when they were kids."

"Alexis, look: we're up to our asses in sin, just like that guy. These miserable assholes poisoned the town and, non-

estly, I don't like Mr. Rubén all that much either...he's keeping something from us."

"Those guys that you don't like all that much put money in the pockets of almost everybody in this town" answered Alexis between little giggles. "And I'm not tryin to be talkin bad about my boss. May God watch over him cause when he goes, who knows who we'll be dealing with." He spoke of him as he would be a saint. And after throwing out that statement, he went back to watching TV.

Antonio's gaze was stuck, lost for a moment and he made a comment to no one:

"I finally get where we're at. I guess the day when this place gets better is far off... or maybe it'll never arrive." His expression completely decayed. "I'm out." he said as he stood up, slowly.

Alexis laughed to himself as Antonio moved to the door, but he stopped him to remind him of something just as he opened it:

"Don't forget to go to Don Sergio's hacienda tomorrow; I'm gonna introduce him to two kids I brought from Sonora and after, he's gonna throw a badass party to thank us for our loyalty."

Antonio looked at him and saw the lapdog his friend had become. He simply said, very seriously:

"I'll go, so he lets me leave. I know he'll do it, for Héctor, for having been his friend."

He left without saying goodbye and headed to his apartment.

He walked under the darkened sky, which was showing off its calm, but the ground didn't have such luxury. Now he saw the traces of a damaged town that expressed its own tragic reality: graffiti painted by cartel members marking their territory, dramatic billboards doing publicity for Mr. Rubén's auto part factory, puddles of dirty water in the un-

paved streets, mangy dogs fighting for bones leftover from cookouts—which ended in fighting when alcohol won out over reason—even children in rags without shoes playing narco with toy guns. When he stopped at Don Sergio's hacienda, he took a moment to bitterly admire all his property's nice touches. The yard and the house's facade were the opposite of what one saw all around. Afterward, he continued on with silence as his companion.

A few streets from his apartment he stopped a moment to observe more of his surroundings when someone yelled at him:

"What are you lookin at, you nosy motherfucker?" It was a man who had noticed the cold gaze Antonio aimed at the facade of his house. On seeing him, it was easy to get an idea of the kind of people who lived in such a dejected town. The man was quite obese and seemed easily provoked. He was enjoying a soccer match on TV with his friends while they drank beer and smoked tobacco.

"Nothing... I'm just admiring our kingdom."

Hearing this, the man turned back to his friends; they all had a confused frown on their faces which they followed with a boisterous, grotesque laughter.

"Idiot kid, just saying shit." he said to them. He turned and snorted at Antonio. "Best get outta here before I bust your ass."

Antonio kept walking and said to himself:

"I don't know what to do," he said as he rubbed his face. This town was damaged after so many years living in this shit. He felt suffocated by a need to run far away. To flee and never come back to such a horrible life. Finally, he arrived at his apartment; he fell asleep right away.

When he woke up the next day, he could only think of talking with Don Sergio and of the girl with her mother. He took his

time getting ready and left for the meeting. When he arrived at the hacienda, he was received by Don Sergio himself, who expressed his happiness:

“You son of a bitch!” he yelled euphorically while he forcefully squeezed into his belly. “I knew you’d come, I was already wondering where you were.”

Antonio just looked in silence at his fat, ostentatious boss.

“I wanted to speak with you, Don Sergio. I have something important to say.”

When Antonio shared his request, a sarcastic expression appeared on the man’s face.

“No, my boy, it doesn’t matter who you are; here, once you’re in, you don’t leave unless I want you to. Dead or alive, I decide.”

“Please, I’m begging you.”

“I already told you, son. Now don’t get stupid. Go have fun like the rest of ’em and, if you get any dumb ideas, out of respect for your brother,” he got close to his ear and continued in a mocking tone, “I’ll kill you. But quickly. Not everyone gets that honor.” He walked away to welcome more guests. Such strong words were stuck in his mind. Alexis managed to watch the scene and, when it was over, came close with two individuals to cheer him up:

“This is my maannn! Look at him, cabrones,” he said to the guys from Sonora as they got close Antonio. “Here, this is Victor and Mario; they’re the guys I mentioned to you yesterday.” They were just kids, even younger than him. He said hi to both of them with a forced smile.

The party didn’t look cheap: live music, a band from the north, the highest quality beers, women in skimpy dresses that came up to their thighs. It didn’t matter what position you had in the cartel’s pyramid —at least, not today it didn’t— because today the boss treated everyone equal. For

a few hours the party continued, but the euphoria and inebriation had reached the point where no one present could have guessed what the afternoon would bring...

It turned out that Mr. Rubén had been detained a few months back with an arms trafficking charge brought by the Navy and, to bring his sentence down, he'd agreed to give information for the catching of a fish bigger than him: Don Sergio. At first, the operation had been just a sketch, but with the arrival of Mr. Rubén came a better alternative for catching the second tier lieutenant: the factory owner would disclose the hacienda party as the most opportune moment. With said statement, the Marines would handle the preparations: A squad of fifteen Marines would flood in to carry out the arrest, ready to open fire if necessary. Finally, the day of the operation arrived: The mobilization of the squad was swift. A "falcon" sent the message, but it was already too late. The narcos at the party had just grabbed their guns when the officers had entered the place. What would follow such an immediate situation was a confrontation that stained in blood the luxurious facade of that house. The Marines pursued the inept narcos, who barely managed to defend themselves. There were close to forty five guests at the party, but fifteen Marines were enough to balance it out. Because he hadn't exposed himself to such an inebriated state, Antonio had managed to hide himself in one of the many closets in the main house. All he had to do now was wait.

It seemed to be over. The guards that were watching the gate and three uniformed men lay lifeless on the ground with their fingers still gripping the triggers. The floor of the main house of the hacienda was painted red with glimmers of gold. It seemed opening fire was necessary after all. There was no sign of survivors. Antonio left his hiding place on the watch for any other attacker (the rest of the Marines could be found investigating the hacienda). He was surprised to find Don

Sergio under the dining table: he was riddled. His body had been deformed and his clothes were no longer worth what they had cost him. Next to him laid two lifeless Marines. It seemed the boss didn't accept death without a fight.

"So you're already dead." Antonio said with a slight smile and a mocking look in his eyes. Suddenly, he heard a noise close by. He decided to grab a pistol from the ground that still had a few bullets in the cartridge.

"I'm armed, cabrón!" he heard in a cracking voice from the kitchen located in the back part of the house. It was the voice of Alexis. Once he'd seen there was no chance of Don Sergio surviving the confrontation, he abandoned him to seek refuge.

"Don't shoot. It's me, Antonio." He moved closer to see what was happening in the back of the kitchen. Alexis was lying in a small food pantry, leaning against the wall, under several shelves full of condiments and with a bullet wound in his stomach. He was joined by the two young guys from Sonora whose lives were leaving their bodies with each breath they took, next to the sacks of rice and beans. They'd taken some kitchen towels from one of the shelves to try and stop the bleeding; one had been shot in the chest and the other in the neck. If they didn't get medical attention soon, all three would die.

"I'm so happy to see you, compadre." He started to smile as he pointed to his wound. "I need to get this looked at, it hurts like hell."

Antonio looked at them seriously, in silence. A revelation came to his mind.

"Alexis... look, I don't wanna do this to you, but every last trace of those who have damaged the town should be forgotten. For the good of everyone..."

Alexis expressed an ingenuous look as Antonio pointed the gun at him:

“What the fuck are you doing? Put the gun down, you son of a bitch.”

He could see the truth reflected in Antonio's eyes. Alexis got the Colt revolver that he'd taken from a man's belt and pointed it at Antonio. The tension swallowed the tiny section of the house. “You can't do this, cabrón. I've known you and your brother since we were kids. Jesus, we're friends!”

“This kingdom... deserves a better king. Maybe it's me... I know my brother would want that.” He didn't direct these words at Alexis; he was talking to himself, as if he had fallen into a deep trance, as if he were convincing himself of something.

And so, gritting his teeth tight, he shot Alexis in the head, but not without Alexis landing a bullet in his stomach. Antonio screamed from the pain, stumbled, but managed to stay upright. He brought his hand to the wound and when he recovered his balance, he fired at point blank range at the other two guys who were lacking enough force to be able to defend themselves. After this, an absolute silence fell on the kitchen.

As he worked to abandon the hacienda, he left a red trace on the floor which combined with those which the Marines and the sicarios had left. Each step he took was a step his soul took from his body. He thought of Héctor; in everything his brother had taught him.

“Looks like my reign will be a short one, Héctor.” He said with a smile. The words left his mouth like whispers that the loud wind swept away. “Thank you, brother.” He collapsed on the lawn and, before closing his eyes and letting this heavy sleep take him forever, he managed to see once again how a red puddle was drawn on the ground, but this time there was no one without blame on it. Meanwhile, the rest of the uniformed men saw the man fall and die slowly. “One less.” they thought.

The blood watered the lawn, the heat of the earth burned his dead skin, the flies landed on his pale forehead after flying for a moment around his body. The sky, a beautiful reddish tone, was stained by scavenger birds which any moment now would feast on the flesh of a dead king.

What was left was an empty throne that would be occupied not long from now.

Sujaila Miranda

Edited by
VALERIA GUZMÁN

Sujaila Miranda

A feminist writer, she works at the Gender Unit of Cultura UNAM. She directed and produced the first protocol for cases of gender-based violence at the same university. She wrote the story “Ojos de avellana,” published in the cultural supplement of the magazine *Siempre!*

Valeria Guzmán

Pursuing an MA in Spanish literature at the UNAM. She has taken various certificate courses, seminars, and classes in publishing. She has worked at the CISAN-UNAM Publications Department and at presses such as Editorial Jus, Editorial Tintable, and Editorial Artes de México, and she currently works at the IIBI-UNAM’s publications department. She is a co-founder of Ahuehuate, an editorial services agency. In 2019, she won the UNAM’s Young Poetry Award.

Relax, Sweetie

I felt sick to my stomach as soon as I took even a tiny sip of the drink he'd brought me. I didn't know what the liquid was, but I had a bad feeling about it as soon as I saw him come in with it. He handed it to me almost carefully, as if it were the Holy Grail full of holy water. "Drink the whole thing, okay? You promise? I'll see you soon—gotta go finish a job with El Chepo and I'll be right back." But come on, how was I supposed to drink the whole thing? Even when I brought it closer to my mouth, the smell was unbearable, and I did take a little drink of it, okay? But shiiiiit, it tasted awful. It was thick, really thick, like one of those green smoothie things, the kind we drink sometimes when we're on a diet and throw in lots of celery and nopales. But this one wasn't green: it was a different color, really dark, almost black, and it didn't look or smell like the ones we drink to diet, to get all skinny and look like a goddess. It made me suspicious at first, but then I thought, like, why would he ever give me something bad, especially now, in my condition. That's why I figured it must be something like those green smoothies, you know, something really healthy, right?, so that I'd get stronger or something, and when he left I tried to drink it. It was crazy bitter, and it churned up my insides; I'd never tasted anything like it before. I realized what it was right away, and I heard his words loud, really loud in my head: "Drink the whole thing." I lay down for a minute, just for a little while, and I was nervous that he was going to come back and see that I

hadn't drunk it and would force me to. It tasted so bad that I felt nauseous, but I thought, "I have to be strong, very strong," and then I was filled with this strength that came from who knows where and I managed to stand up. I grabbed the disgusting stuff and went to the patio and poured it down the drain in the ground. I dumped it all down, all of it, and so it was the drain that drank the whole thing, and it smelled horrible. Poor drain. Then I poured down some water, too, so that the stench would sort of disappear and he wouldn't notice anything. He came back and asked if I drank what he brought me, and I said yeah, smiling, because I was proud, almost happy that I'd won this time, you know? He stared at me, curious, and looked at my belly. I told him I was fine, just a little dizzy, and I lay back down again. Winning that battle, the first of many battles, helped me sleep through the night. Even so, I'm telling you that it was easy that time, beginner's luck. The real battle, the really hard one, came the next weekend. He'd been mad since the day he'd brought me the bitter smoothie and was constantly asking how I was feeling, if my stomach hurt, if I'd gone to the bathroom, stuff like that. Since he could see that nothing had changed, he started getting nervous, like insane-nervous, out of control, furious, and that must have been when he thought of going to the clinic. I swear, life doesn't prepare you for this shit, for these crazy wars that who knows how it's even possible to survive. So as I was saying, the next weekend he said we were going to the doctor to see how everything was going. We went to a clinic really far away—it took us over an hour to drive, and when we got there the nurse looked at me and examined me, like right away, without giving me any forms to fill out or anything like that. She just told me to take off my clothes and gave me a robe to put on, so that the doctor could get a better look at me. I thought that was really weird, but whatever, I'm just a stupid girl and I didn't say anything. She asked me how

old I was as I changed into the robe. “Fifteen. Why?” “You look younger. You’re very thin.” And yeah, just look at me, I’m still really skinny, which is why nobody’s realized what’s happening to me, thank God. Anyway, I was telling you, she gave me one of those little paper cone cups and a pill. I didn’t get why I had to take anything if I was just there for a check-up, but I kept my mouth shut again—you know, that’s what girls are good at. I took the pill and after like two minutes I started feeling really sleepy, and my eyes were closing all by themselves and I kept telling them, stay open, stay open, stay awake! Help me out, eyes. Because that’s when I started having a bad feeling about it all again, like I felt the day of the bitter drink, but way worse, because I was scared and what worried me most was that I’d fall asleep and they’d do whatever they wanted to me. No, no, he was right there with me the whole time, but he didn’t talk to me, and then a doctor came in and asked me to lie down and I didn’t want to and I yelled, “Antonio, get me out of here, I don’t feel good!” But he only said, “Relax, relax, sweetie,” and picked me up and lay me down on a white examining table with brown stains on it and a rusty-looking cover. He kept talking with the doctor, who touched my poor still-squashed belly with his cold hands, and I couldn’t understand anything they were saying because they talked with their backs to me and said things about money and risk, as if it were all a fucking bet, a fucking raffle. And then they said the word, the word that made me wake up with a jolt, even with that drug they’d given me: abortion. “Yes, there’s still time for an abortion.” And that’s when I screamed with all my strength, the kind of strength that, like I said, who knows where it even comes from in the middle of a war like this one, and I yanked my hands away from the doctor and Antonio gripped them and told me to relax, everything was going to be fine, and I yelled at the fucker that he was a murderer and I wasn’t going to let

him take away my baby, which was mine, only mine, if he didn't want it. And I used that magical strength to shake off his huge hands and he kept trying to hold me down, but I wriggled away from him like spaghetti and then I grabbed him by the face and with all of my strength, all of it, I scratched that son of a bitch across the cheek and blood came out, the blood he wanted to see trickling out from between my legs in that clinic, or the blood that had stopped coming out of the same little hole that asshole had used for the first time over three months ago. And after a little while, which felt to me like hours, hours, I'm telling you, of fighting my way through the desert in the sun, the doctor got fed up and said they wouldn't be able to treat me there. The nurse came in and helped me get up and change back into my clothes. Once I was dressed, I shot out of that hidden hell like lightning. In the car, he cried with his face all scratched and he kept saying "I'm sorry, forgive me..." And I didn't even answer him anymore, I was so exhausted. But like the day of the weird drink, I felt proud, really proud, because I'd won again, because I'd defended my baby with my claws, like a lioness. But now I was fucking mad, because—know what made the maddest? That the motherfucker tried to trick me into having an abortion and probably didn't even think about what would happen to me after. What if I drank the potion-thing and started bleeding the next day at school and everyone noticed? Or what if the police showed up at that dump of a clinic right when they were taking out the little person I have in my belly? I bet it didn't even cross his mind. He just wanted to get rid of what's growing inside me and that's it—and if he ended up getting rid of me while he was at it, well, even better, right? Fucking scumbag. No, no, I don't even answer his texts anymore. What a dick. I already told him to go fuck himself. The other day he came looking for me after school and cried and begged me to take him

back, and when I ignored the fucker he got mad and later he texted me a shitload of threats about how he was going to tell my parents I was pregnant. I don't give a fuck, though. I mean, my parents are going to find out sooner or later. It doesn't matter now. Who knows what's going to happen. But yeah, all I know is he's nothing to me, I wouldn't give him the time of day anymore.

Jumko Ogata-Aguilar

Edited by
DANIELA MARROQUÍN

Jumko Ogata-Aguilar

Currently in the ninth semester of a BA in Latin American studies at the UNAM. A fellowship recipient in the fourth class (2018-2019) of the Fernando Solana Chairship at the UNAM's Department of Political and Social Sciences, her research encompasses race, racism, identity, and memory in Mexico, specifically focusing on African ancestry and Japanese immigration to Veracruz in the early twentieth century. She is currently writing her thesis on these topics and contributing to research and dissemination projects through the use of digital information technologies at the Center for Tropical Research at the University of Veracruz.

Daniela Marroquín

Interested in publishing processes and research. She is working on a linguistics thesis. She has worked as an editor for various scientific and cultural outreach publications at the UANL Department of Medicine. She is currently in the fifth semester of a BA in Spanish-language literature at the UANL.

The Chrysanthemum Path

We heard nothing from my dad anymore, and I had to watch my mum shrivel up from sadness and disappointment. She sat every night at the sewing machine, the low light barely illuminating fingers hardened by years of work, huge tears rolling down her cheeks. When the river was high you could hear the train announcing its arrival in Papaloapan with a nostalgic whistle that was to etch itself forever in my memory. The whistle would break my mother's concentration. She'd turn the machine off for a moment and whisper quietly:

'Selfish train, you took him away and never brought him back...'

When I was very young, your grandfather went to Tabasco, to manage a ranch in a cacao plantation, because there was no work going in town.

At first things went well for him—he used to send money and provisions with a paisano who came and went with his wagon every month. He'd bring these huge cheeses of the size of my head and lengths of fabric so my mum could make dresses for my sisters and me.

Months went by and the presents slowly stopped coming... The money too.

I hated so much to see my mum crying over him that I promised I'd bring him back, so that she wouldn't have to suffer anymore because of my dad. She believed he'd gone back to Japan, his home country, and laughed sadly at the impossibility of my promise:

“Oh my girl, it’s so far... as if you could bring him back...”

“I promise, Mum, I’ll go and get him, when I grow up I’ll go and get him.”

So time went by, every year I grew up a bit more, and I still thought about fulfilling the promise I’d made to my mum. I knew the ranch was in Huimanguillo, so I planned to go and ask for him there, to see if anyone knew him, if he really had gone back to his country.

When I turned sixteen, I decided to go and look for him. My brothers gave me money for the journey and before I left, my mum blessed me and said:

“Be very careful, we’ll be here waiting for you. God be with you, hija.”

I took a train to Isla, where my uncle Ramón lived. I’d never been out of town, but I wasn’t scared about what might happen to me. I’d always had my older brothers, looking after me and telling me off for every little thing, but this time, on this trip to look for my dad, I was free. I was going to find him myself.

My uncle met me at the station and hugged me warmly:

“So lovely to see you, hija! I heard you want to look for Mariano. I’ll tell your cousin Genaro to go with you, he’ll be free once his training’s over.”

Genaro was a baseball player for a famous team in Coatzacoalcos, and I kept him company for the training season. The whole team was staying in a lovely hotel in the centre, but my cousin told me I couldn’t stay with them because they were all men:

“Listen, I’ve spoken to my girlfriend and she said you can stay with her. You’ll like her, you’ll see, and when I’m done with the training, the two of us can head off”

Two weeks I stayed with that girl’s family! Can you believe it? I was so embarrassed. I don’t even remember the girlfriend’s name, but she was very kind to me and I went

with her to see Genaro whenever he had free time after training. He'd take the two of us out walking and even introduced me to his teammates, but I didn't want to talk much to any of them, given what my mum had said. Anyway, when he finished the training we really did set off for Tabasco and I saw the meeting with my dad grow closer and closer.

We took a train to Huimanguillo, arriving one hot and humid morning. It reminded me a bit of town because it was on the bank of a river too and just as suffocatingly hot at eight in the morning. We asked where the main shop was and as we walked down the street I paid close attention to everyone we passed. I kept having this feeling I might bump into my dad on the next street corner, and I felt my heart beating faster just imagining it. I broke out in a cold, cold sweat... What would I do when we found him? I didn't know, but I knew I had to take him back with me no matter what.

We went into the shop and I approached the man working there. I started to describe my dad, asking if he knew him and whether he still lived around there.

"Oh yeah, the Japanese guy's ranch."

They didn't know him as Mariano, nor as Jimpei. To them he was just 'the Japanese guy'. They told me that this was where he bought his supplies, and that the ranch where he lived, called La Otra Banda, was on the other side of the river... It would only take us a couple of hours to get there.

We walked in silence to the bank of the river to wait for a boat to take us across, and I sat down to watch the current go by. I imagined that here, too, the river was growing and that the sounds came from far away, that the murmurs floating on the water were travelling, same as people do, like rivers joining and separating from the sea. I could almost hear my mum's voice:

"Selfish train, you took him away and never brought him back..."

The boat trip was short and it wasn't long before we arrived at the other side. We waited for some kind of transport to pass, but none came, so we headed into the jungle along an unpaved road that would take us to the ranch. We didn't meet anyone on the way, but we were accompanied by birds singing and the sound of the wind dancing among the trees.

We walked that path for about two hours, until we arrived at a sign pointing us to the right.

LA OTRA BANDA 1KM

We headed uphill in that direction and before long, I began to hear the hustle and bustle of domestic chores. Hens and pigs snooping around in the grass, children shouting, dogs fighting over scraps of food.

When we arrived at the house, my dad came out and greeted us, puzzled by the visit from strangers.

"Yes? What I do for you?"

My dad didn't recognize me. My own father didn't know I was his daughter that had come to look for him! So Genaro began to talk:

"Tío Mariano! It's Genaro, your nephew, Raúl's son, remember?"

"Ah... yes yes... And the girl? She from other ranch?"

"No, uncle, she's your daughter, Namiko. She's sixteen now, she's come to see you."

"Ah, hija! Come in, come in."

In the kitchen a woman I didn't know was bathing a girl of about three years old in a basin. She gave me a disdainful look when she noted our presence. I began to notice the other children in the house and as soon as I saw their slanted eyes, I understood they were my half-siblings.

My dad decided we would stay for lunch, and only then was I able to study him up close for the first time. He was very thin, as though he barely ate, and the black hair I re-

membered from when I was very small was streaked with grey. He was old now, but still had seven small children to look after. Seven children, like the seven others waiting for him back in town.

The woman served joints of chicken in the same basin where she'd just bathed her daughter, and I suddenly felt an overwhelming disgust for everything I saw in that house.

"Eat, child, eat."

"No thanks, Dad. I still feel sick from the journey, I'm not hungry."

I drank a pozol, though, to keep me going on the way back, and that was when I decided to tell my dad why I'd come.

"Dad, I came here for you, to bring you back home with us. Mum misses you so much, and I promised I'd take you to her. So, let's go".

He turned to look at me with immense sadness in his eyes, like there was so much he wanted to say to me, but he just replied, in his faltering Spanish:

"Hija... I cannot. I not have shoes, not clothes. Not nothing. I very poor to return."

"Don't worry, Dad. We'll buy you everything you need when we get there. My brothers are working now, and they'll give you everything you need."

"No, child. I cannot, I cannot."

"I'll go, I'll go with my sister!"

I was surprised to hear one of the children speak from down the end of the table. She was messy-haired with dirt-encrusted hands. Her clothes were far too small for her and filthy. I hadn't spoken at all to my little brothers and sisters until now and I was surprised at the warm smile this girl gave me, surprised that after hearing me talk to my dad she decided she would accompany her new older sister, even though she'd only just met me.

I smiled to hear her and gestured to my cousin that we should get up from the table.

“Bye, Dad, I’ll be back for you soon.”

We took the train back to Veracruz that same night.

Mariana Riestra

Edited by
OMAR PABLO

Mariana Riestra

BA student in modern language and literature (English literature) at the UNAM. She has pursued both teaching and translation, taking a humanistic approach that has led her to work as a volunteer and activist. Her writing focuses on children's literature, gender-based violence, mental health, and political dissidence.

Omar Pablo

Studied international relations. Although his training is in the social sciences, he prefers to read and watch works of fiction, particularly speculative fiction, in his spare time. His experience as a research assistant at his alma mater and as a contributor to the bulletin *The Edit* (*The New York Times*) convinced him to become an editor someday.

A Trip on the Metro

The subway's packed. It's six in the morning and it's already packed. Bossa nova plays in the background, the clocks on the platform are all wrong, and there's a strong smell of bed, of damp hair, of a something-sandwich—tuna, salami? Who knows. Some women are applying makeup on their clean faces: liquid foundation, eyeshadow, blush. They plump their lashes with enviable precision, and you don't know how they do it: an eyelash curler in your hand at this hour, in a lurching train, would be a lethal weapon.

We reach the Parque de los Venados station. Four more, and then you'll transfer at Mixcoac, and it's seven more stations from there. If the train takes two minutes between stations and eleven stops equal twenty-two minutes, plus the eight-minute switch from the gold line to the orange, waiting included, it all adds up to half an hour. Half an hour. You'll be leaving the subway around 6:30. Too early. Too dark to walk alone along Ferrocarril de Cuernavaca Avenue with a pocket knife in your right hand and a can of pepper spray you still don't know how to use in your left. No. Hopefully the train will stop; you'd rather spend fifteen minutes underground than alone up above. Although it's not like you really want to spend a whole lot of time underground, because you're terrified that there could be an earthquake and the tunnel could collapse and this isn't where you want to die: between two subway stops on your way to work on a Tuesday. Did you bring Xanax? Did you bring a water bottle, just in case? No and no. You didn't even pack your lunch

because you were running late because your alarm went off and you ignored it because you didn't want to go to work, but of course you were going to have to get up and go to work anyway because you don't really have a choice. So it was idiotic to hit the snooze button when all it earned you was fifteen more minutes of sleep followed by a manic race to get ready, thanks to which you did end up leaving home on time, if woefully unprepared. And you're going to be out all day. Fuck. You're going to have to buy water and food, to spend money on water and food, ten pesos for a bottle and thirty for some tacos or a torta or whatever crosses your path, and to use plastic cutlery and produce litter because you're a terrible person who could have gotten up on time if she could only accept that this is her lot in life every single day for who knows how long. Bravo. The subway halts without deigning to slow down: it brakes with all its strength and you nearly topple over because you're not tall enough to grip the handrail, not even in heels; it's like you're playing at adulthood and losing the game. You crash into the woman next to you and she keeps you upright, placing a gentle hand on your arm, and you smile at each other, trying to conceal your fatigue and frustration because she's probably tired and stays quiet. You wonder if she's tired, if she has children, how far she has to commute to work. Does she too have to transfer at Mixcoac and get off at San Joaquín? Because if so, you could get off together and maybe, in each other's company, be a little less afraid.

The train grinds slowly back into motion. Little by little, more artificial light seeps in through the windows, and you see that you're reaching another stop: Hospital 20 de Noviembre. The woman next to you says excuse me as she gets off: there goes your partner. You're alone again in a sea of people. In front of you, seated, is a row of young and old women; they make eye contact, smile, lower their

gaze. You turn to your right and, in the next car, you see a woman who looks enormously like your mother in the next car: a small, thin woman with straight hair falling just below her shoulders, wearing dark, thick-framed glasses. You're positive it's not your mother because it's 6:07 and at this hour she's usually making breakfast for your father: eggs with chorizo, ham, sausage, or nopales in tomato salsa, every morning without exception. Besides, your mother doesn't use the subway. You think of her, the woman who did everything she could with the life she got, and you wonder if she loves you, if she likes you, if she's forgiven you for leaving, although you really didn't have any choice. You suddenly feel yourself shrink and your windpipe turns to lead, and your hands empty and freeze and your eyes fill with tears. You tell yourself it's just a yawn you're holding back.

The background music stops, and the infomercial on the floating screen is replaced by an announcement: NEXT STATION: INSURGENTES SUR. Scores of women adjust their backpacks on their laps, store their makeup in their handbags, tuck their headphones into their clothes, make their way toward the doors and get off as soon as they open. A couple seats are freed up and you sit down and wait for the train to move. You pull your backpack onto your knees and extract your phone from your jacket's pocket: you check the time and see the notifications of the texts you haven't felt like answering. Two minutes have passed and the doors still haven't shut. You wait. You suppose that the silver lining to all this is that you'll leave the subway once the sun's already out, but it's also possible that, if things take much longer, you'll be late to work and you'll get a warning that will jeopardize your bonus, on which you depend to eat and pay the gas and internet bills. You look around and notice that the car is almost entirely empty. There are maybe ten women left besides you, one of them, who'd been applying makeup on

her face, has finished and is now scanning herself in the mirror. She's colored her lips and cheeks pink. She's pretty. She's young. She's wearing some bank's uniform: a navy blue pencil skirt with a matching jacket and a buttoned shirt underneath; on top everything, a puffy coat that makes her look much larger than she actually is. You wonder if she wears the coat to shield her from the cold or from men. A shrill beep sounds and the doors snap shut. The train starts to move. You lower your eyes and check the time on your phone again: 6:16. You see that the most recent text is from your mother. You put your cell away without answering.

NEXT STATION: MIXCOAC. You make sure all the zippers on your backpack are completely shut. You never know. You button your jacket. You get up almost at the same time as everyone else and you all move toward the doors together. You've arrived. You take a step onto the platform and it feels like removing the lid from a pot of boiling water. People run toward the escalators, which aren't working, and you walk toward the stairs. The crowds line up to ascend and you, ever the athlete, take the steps two at a time. There's a man behind you. You turn around and catch him staring fixedly at your ass. Your eyes meet and he lowers his gaze, as if the ground were more interesting anyway. You walk among hundreds of people and see the woman who reminds you of your mother. You follow her. You both transfer from line 12 to 7. You both go down the stairs and make your way to the women's car. You hear her shoes peal against the glossy gray floor of the station. You both take your place behind the yellow line. You both wait for the train. You look at her and feel less lonely, but more overwhelmed.

"OK, honey, let me know if you want me to go with you for the ultrasound."

"Are you at work?"

“Are you all right?”

“Hello?”

“Everything OK?”

You hear movement and see the yellow-white lights of the train approaching from the tunnel. You turn to look at one of the floating screens along the platform: it's playing a music video of some Mexican pop band and time on the clock is wrong (3:48). You check your phone and confirm that it's actually 6:20. You're distracted by the gusts of air and the racket of the train and you steel yourself, preparing to protect your spot from anyone trying to elbow you out of it. You move a little farther forward, passing the yellow line. You think about what it would be like to jump and let the train do the rest. You worry about how often this thought has come over you in recent months. The train pulls in at its usual speed with a rush of wind that dishevels your hair. The doors open and all the women jostle their way into the car. You feel lethargic, too slow to get a seat, but you stand with your back against the closed door and set down your backpack at your feet. You observe how the space that had been completely empty two seconds ago now looks like a school of fish. You hear the beeping alert and the women by the doors squeeze closer together to let them shut. You feel how everyone sucks in their bellies, trying to shrink, to make room for the others. One of the women by the doors gives up and steps out. The doors close and the train starts to move as the car fills with heat. The stuffiness is barely relieved by the half-open windows, which don't bring in the cold air from the tunnel. You glance up at the station map. Seven stops to San Joaquín. The woman who looks like your mother is sitting about a yard away. You study her clean face, her pale, bony hands, dense with veins and raw around the nails, thumbs scarred from all their years of washing and drying and doing and redoing.

Maybe she, like your mother, also gets up to cook for someone who never thanks her. Maybe she too has a daughter who ignores her texts out of shame and resentment.

The artificial light from the platform at San Antonio trickles in through the windows and you find it a little wearying and repetitive and if only there were a way to fill these idle minutes in this non-place. Some women get off and others get on, and, although there are probably just as many passengers as before, you feel that the car is getting smaller and smaller. The doors shut and the train starts to move. You think about what's happening up above, all the people unknowingly walking over the subway tunnels, how you end up cutting through houses, buildings, businesses, stories. You think about those stories and how you'd rather swap one for your own.

You reach San Pedro de los Pinos and see that the woman who looks like your mother has stood up and gotten off. You think of everything you'd like to tell her, but you're unable to answer her texts because your fingers tremble; it feels dishonest to tell her that everything's fine when you're fucking falling apart, but you don't want her to worry, and sometimes you fear that she wasn't lying when she said you were everything she had. You took even that away from her. You suddenly feel like your lungs don't fit in your chest and your hands are about to drag you down to the floor, that's how heavy they've gotten. You feel like you're dissolving, like your whole body has stopped holding itself up, and your bones all want to leave you and set off in different directions and sink deep into the earth, below the tunnels that seem to be leading you nowhere.

Tacubaya.

Constituyentes.

Auditorio.

Polanco.

San Joaquín.

Felipe Saavedra

Edited by
JESÚS TOLEDO

Felipe Saavedra

In his sixth semester of genomic biotechnology, he believes that life is a meta-fiction written on a cell phone. He likes science, fiction, and writing about both. He works in a museum, promoting science, and currently has a fellowship from the UANL's Creative Writing Center, where he is writing a book of hybrid essays combining science and literature. The book, titled *Transcriptoma*, is based on the idea that both literature and science are constantly evolving biological phenomena, and it discusses how both of these languages create their own poetics and narratives of nature. He enjoys writing as a space where he can learn to converse and experiment with what inspires him.

Jesús Toledo

BA in Spanish-language literature, writer, photographer, teacher and editor. He is pursuing an MA in humanities with a focus on Chilean film. He has spoken at various university conferences and his work has been anthologized in literary publications at the BUAP. He has received fellowships from PECDA Morelos, the Interfaz cultural festival, and the San Miguel Writers' Conference. He has participated in documentary photography exhibitions, but primarily makes his living as a wedding photographer. He has taught classes and workshops at the UP, UABC, Don Bosco Foundation, and UAEM. His publishing project, *Minifcción*, is determined to live or die trying.

Feline Laughter

one day, this page, papyrus,
will have to be translated,
into symbols, into Sanskrit,
into every Indian dialect,
will have to say good day
to what is only whispered in the ear
will have to be the rough stone
where someone dropped the glass.
Isn't that what life is like?

Paulo Leminski, "Danger: Shipwreck Ahead"

In the street and on social media they call it "bursting the whisper". Its shape is small and elegant: a capsule, like a black olive with a red dot, made of fireproof wax that's soft to the touch, with a nano-electric circuit of aperiodic quartz inside.

The user instructions recommend the following:

1. Ensure total neurological disconnection from the internet; Feline Laughter is pure, autonomous hardware.
2. Hold the dose between your thumb and index finger.
3. Make sure the red dot is facing outwards.
4. Place the dose a whisper's distance away, and close your eyes.
5. Press down with the same pressure you would use to burst a grape.
6. Enjoy.

Diagnosis

The contract was simple: my client wanted to know everything possible about the kit so he could segment, copy and resell its software. The company was Feral and the kit with which they broke onto the scene was called Feline Laughter. It had the production, engineering, and administration sectors hooked. It made so much money in such a short space of time that its name was music to consumers' ears, but it meant hell for its competitors. For people like me it was a silicon mine. They call us moles, excavators, scavengers or, more professionally, data miners.

Our hammer and chisel are mathematical models and algorithms that we train to look for truffles, like those extinct pigs used to do. Beautiful truffles of data and metalanguage that can give any company an advantage in the untamed jungle of consumption. I like that they call me a scavenger, like vultures were, I like it because my specialty is investigating the future spoils of a given system. I wait, flying over the internet, figuring out what I might be able to metabolise.

The great techno-aesthetic production labour unions were close to falling apart and becoming obsolete. The kits, designed in big laboratories with electric copies, physical-chemical unfolding, hypothalamic journeys and symphonies of pheromones, were soon a dime a dozen. The reports I've managed to extract from their systems are strange and novel. Feline Laughter escapes government regulation because it does virtually zero damage to the user's organism or psyche. What's more, its technology is a form of hardware for recording micro sound frequencies. It leaves no demonstrable virtual trace, other than the myths circulated by its many users. It achieves something that couldn't have happened eighty years ago; as a product, it's very like a piece of craftsmanship, something wild.

The problem facing Feral's competition was that the moment it bursts, the quartz crystal inside a whisper reconfigures itself. Just like in old analogue recordings, information is backed up in physical form—in this case, in a microcrystal of smoky quartz. If you try to analyse it, using any instrument at all, the structure detects a change in the atmosphere and corrupts the aperiodic structure of the crystal. That microfracture emits a frequency that's unique to Feline Laughter. It's a series of one-off molecular collisions, yes, like a word on the wind. Which means it's impossible to copy or register the micro-frequency. The whisper (as it is commonly known) takes flight in a brief but powerful synaesthetic storm. Once the crystal is broken, the storm is a perfect, private experience for the consumer.

Until now techno-aesthetic work has been designed in accordance with the neurotypical profile assembled from the reactions registered by users. Each synaptic reaction provoked in a body is reflected back and transmitted to the company servers. All holographic and biochemical works are tailored to the consensus reached by a huge number of algorithms when they devour the electrochemical patterns of thousands of millions of bodies. For this reason, and for the sake of safety, every neuro-aesthetic navigator must be connected to the internet. It's like being connected to an EEG while taking drugs, or dreaming, or having sex. This is how I make my living—from finding sequences in holographic works and correlating them with patterns of pleasure reported by clients. It's the perfect system, because it reduces pleasure to the language of programming. It's thanks to this that we managed to sell the same hypothalamic farce a million times over. Even drugs are designed in this way, because physiological interactions have been computable ever since they cracked the metabolic interactions of the human genome. Even flesh is exploitable if you know its code. Science

is pure and isolated in its own culture liquid. But whispers don't work like that. Because the user is disconnected from the umbilical cord of the internet, there's no need for Feral to swim in the same data river as its adversaries. This drives people in my line of work insane—over and over they ask themselves how it can be that such a perfect experience doesn't demand the inner workings the person deriving pleasure from it. Feline Laughter is a perfect, hermetic sphere, impervious to traditional methods of data mining. But I'm no miner—I'm a vulture, content to glide through the desert sky until it sees its prey weakening.

Each user describes their experiences with whispers differently, in forums dedicated to the cult of Feral. The only seeming similarity is the way time is experienced—it's described as a live, sometimes vertical crystallisation of moments. In those fifteen minutes off-grid, after the dose and the crystallisation of the space-time plane, a cascade of free word association begins. Phonemes from seemingly ancient, incomprehensible languages. People who have recently emerged from the experience are known as “the shipwrecked”. Between that initial verbal diarrhoea and the end of the trip, no digital or analogue trace is left of what the whisper does to their nervous system.

I'm not the only one going after Feline Laughter. There are thousands of others like me around the world, all asking pretty much the same questions about the composition of a whisper, without obtaining any clear answers. As the months went by, the number of researchers shrank and the number of adoring fans increased. I kept hunting right to the end, investing in old-fashioned methods like interviewing consumers in person and filming them using old digital cameras during their whisper shipwrecks. All they said was that each trip left them feeling like they'd had a beautiful dream, though they didn't remember anything about it. I even got

hold of an old EEG machine that works offline and used it to analyse the brains of the shipwrecked. The patterns are too erratic—the only constant is a sequence that correlates with old scientific dream studies reports. It's useless—Feral traps them in its dream universe and all they come out with is a strange sense of gratitude.

Experiment #1

When the accident happened, I was still living with my parents in a small apartment in one of the thousands of housing blocks that towered over the grey city. They left very early every morning to go to work as microalgae technicians. They were immigrants, so had to work double to make a living and meet the citizenship requirements. When I saw the advert for neuro-aesthetics, I became obsessed: We'll crown your dreams and bring your fantasies to life! That's what the adverts sung every half hour on screen. As the daughter of immigrants, the government obliged me to study at home using a learning tablet, and when I finished reading I'd go and collect scrap metal in the streets. I'd tour the engineering district every day with an old shopping trolley, looking for discarded silicon and metals to exchange in the local scrapyard. That was how, by my seventeenth birthday, I managed to save up enough credits to buy a synaptic crown. They were the latest sensation among the younger generation, the best way of escaping a city that was coming apart at the seams.

When my birthday came the first thing I saw after getting up from the bunk I shared with my parents was a note saying "Happy Birthday!" Next to it was a small algae cake. I devoured it and left the apartment quickly, going straight to the commercial floor of the building where they sold synaptic crowns and neuro-aesthetic kits. Back then crowns already

existed in all different colours, textures, and shapes: cat ears, rabbit ears, golden halos, crowns of thorns, even little hats with helixes on them. It didn't really matter what they looked like because they all did basically the same thing: create a million millimetre-length lightning conductors in the cerebral cortex. From among the different models I chose a matt black one with two flattish nubs rising up like little horns. I placed it on my head and squinted. I looked in the mirror on the counter. I've always wondered what people look like when they dream.

My crown came with a code that allowed me to download a kit called "Black Wing," where you could experience for yourself the nocturnal flight of a crow. Who knew it would turn out to be an omen. I had seen some crows while collecting rubbish. They're the only birds I remember having seen alive, jumping through the dust of the streets, lifting their necks and opening their beaks to call out to the few among their species still alive. I loved the iridescence of their feathers against the dirty grey of the world. One day I found a dead one and kept a couple of its feathers in my pillow. Every now and then I'd take them out to look at their pigmentation with a magnifying glass I'd found in the rubbish. On my learning tablet I read that the shine on their feathers isn't caused by their own colour, but rather because their structure refracts light into fragments of colours.

When I got home the first thing I did was log on. I turned off the lights, hooked the crown up to the network node and downloaded Black Wing. I did everything according to the instructions—I always liked reading and following them when installing devices and programmes. The light on the side of the crown went from red to green. All ready, now the only thing left to do was put the crown on, thus synchronising my mind with the internet and, finally, spreading my dark wings.

What happened was no flight—it was a synaptic storm. All I remember is a huge flash and a million frozen needles stabbing my brain. Until that moment I had never been conscious of the anatomical position of the brain inside the skull, but the pain illustrated to me very clearly the shape of my cranial nerves. My parents found me on the floor, writhing like a bird with broken bones. They took me to hospital—I was practically comatose—and tried to scan me with other synaptic crowns but my system rejected them. The problem wasn't the hardware—the defect was in me. I was hospitalised for weeks until my nervous system recovered from the trauma. It hit me so hard I had to relearn to walk, and almost lost my capacity for speech. After various tests carried out the old way, with EEGs and tomographies, I was diagnosed as one of the world's tiny percentage of neuro-atypical people. My neurological rhythm was out of sync with the rhythm of digital connections—a broken clock.

I would never be able to connect myself directly to the channel where everyone else derived their pleasure. I find myself isolated, restricted to what I can see with my eyes and feel with my flesh. That's how I fell in love with the image of the vultures. After the diagnosis my parents presented me with an old hologram projector. When I recovered I went back to concentrating on those stupid learning tablets and, free from distractions, I learned to programme. Every now and then I still use the projector they gave me. Perhaps that's why I chose this profession—understanding how pleasure is produced diminishes its importance. All I can do is analyse neuro-aesthetics for what they are: a whole load of practical, profitable information patterns. It's nothing more than a running order of code that commands users' neurons to turn on and off, like a string of Christmas lights.

Experiment #2

The client invited me to meet at their central offices. I always work remotely, but this was a special case: many data miners had given up and, for the world of techno-aesthetics, bankruptcy was inevitable. When I arrived, they were emptying the place, carrying out boxes full of crown prototypes, holographic masks and bits of unconfigured silicon. This giant of techno-aesthetics was a gradually cooling corpse. They led me to the CEO's office, a freezing, minimalist room. It was dark, but when I went in a yellow light came on allowing me to see a thin man, his youth preserved through surgical intervention, sitting in an old wooden chair.

"This little fractal fucked over our business and filled us with joy", he said, holding a dose of Feline Laughter between his thin fingers.

"It's a new kind of hardware—these things are bound to happen from time to time. I suppose you'll have to adapt," I replied. He stood up and came over to me, laughing.

"This isn't new, it's as old as our species. You should try it—I did and, honest to god, it cured me of the suicidal thoughts I was having because of this whole bankruptcy business. I know you haven't tried it, because of your accident. I did my research. I suppose that's why you're a legend in the industry."

"I just came to finalise the contract." I looked indignant.

"It's ok, I thought you'd be able to see something nobody else can. Go with my assistant, he'll give you what you need. But first take this—consider it part of your compensation. There are difficult times ahead for us." He gave me a packet containing three doses, which I put in my pocket. I left and the lights turned off. Behind me, the man started whistling a song I can no longer quite remember.

If it really was old, and had no direct neuronal connection, it might not do me any harm. I decided to try it. Until that day that I hadn't understood the joke in the name of the kit: Feline Laughter. It referred to a cat's purr. I even found an infographic on the internet said that the frequency of a cat's purr has healing capacities for them. I took a hot bath and, curious, projected an old hologram I found on the internet. The projector filled the bathroom with neon colours while the electrostatic ghost of a cat rolled around purring in the steam. I turned off the projector and, as the cat's purr was fading, opened the box containing the kit. I followed the manufacturer's instructions and, in front of the mirror, after thinking of thousands of possible manifestations of number six, I burst the first whisper.

After fifteen minutes I was shipwrecked back on my temporal plane. The bedroom was getting chilly, but I felt like warmth was flowing from the place inside my head where the pituitary gland is, spilling all the way down to my little toes. It was different from and better than anything I had heard during my research. It was intimate, indescribable. I turned on the light and discovered, written in the steamed up full-length mirror:

Black stomachs.

I hadn't written anything without using a screen since I was a child. No one writes these days, they just type characters. I didn't even know my hands were capable of writing in a way that didn't involve pressing a command. I didn't understand the relation between the two words, nor did I know whether they constituted a whole phrase or a fragment. I looked for references to the phrase online. I even designed an algorithm that would find any semantic field in which the phrase or either of its words appeared. As expected, I found

a huge number of results, but none of them seemed coherent with the feeling they evoked in me. I rearranged the order of the words in every possible way, read them aloud and whispered them, but no permutation of their characters had the same strength as the original.

The next day I burst the second whisper. The shipwreck was different, but the sensation it left me with was just as magnificent. In the mirror I read new words with the same power as before:

Born of corpses.

I appreciated the sense of connection and growing ecstasy when I spoke the two phrases one after the other. Again I fed my most powerful algorithms, breaking the phrase into a million pieces, both phonetic and grammatical. I found nothing that made sense to me. I needed more, but I was exhausted after being up for two days straight, and fell into a deep sleep that helped prepare me for the third whisper. It's been years since I remembered a dream, but that night I dreamed I was a little girl. I bit into an apple, then left it on the table to watch the little flies descend on it. I shared my snack with them.

After the third whisper, I cried and smiled. In my mirror I read:

They love the dew.

I was complete, whatever it was that Feral had invented, I was complete. I repeated the words to myself and they made total sense, despite not evoking any logical image. The only time in my life I've ever felt something similar is when I've succeeded in developing an extended, complex algorithm. But this was different, small and powerful.

*Black stomachs.
Born of corpses.
They love the dew.*

I didn't need an algorithm to decipher its metre. Nine words making up three phrases, one with three syllables, followed by two with four syllables. They don't rhyme, they're not important to anyone, but they resound like a fresh omen.